

Litoral

Rafael Alberti  
*El amor y los ángeles*



# **litoral**

*Revista de la Poesía,  
el Arte y el Pensamiento*

Fundada por Emilio Prados y Manuel Altolaguirre

Presidente  
José María Amado

Dirige  
Lorenzo Saval

Adjunta a la dirección  
María José Amado

MAQUETACIÓN Y DISEÑO  
Lorenzo Saval y  
Miguel Gómez Peña

EDITA  
Revista Litoral, S. A.

#### REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Carmen Saval Prados  
Urb. La Roca, 107 C  
29630 Torremolinos. Málaga  
Tel. 95 238 82 57  
Fax. 95 238 07 58  
e-mail [litoral@apex.es.com](mailto:litoral@apex.es.com)  
página web <http://www.apex-es.com/litoral>

#### DISTRIBUCIÓN

Les Punxes  
Sardenya, 75-81. 08018 Barcelona  
Tel. 93 485 63 80  
Fax 93 300 90 91

Distriforma  
(Comunidad de Madrid)  
Abtao, 25  
28007 Madrid  
Tel. 91 501 47 49  
Fax 91 501 48 99

#### IMPRIME

Graficas San Pancraccio, S. L.  
Orotava, 17. 29006 Málaga  
Tel 95 234 24 00/04

#### COMPOSICIÓN

MGP, S. L.  
Paseo de Reding, 45, 1ª 4B  
29016 Málaga  
Tel./fax. 95 260 28 73

D. L.: MA-128-1968  
ISSN: 0212-4378  
CIF: A-29183050  
ISBN: 84-923510-1

TORRAL

LITORAL

TORRAL

LITORAL

TORRAL

LITORAL

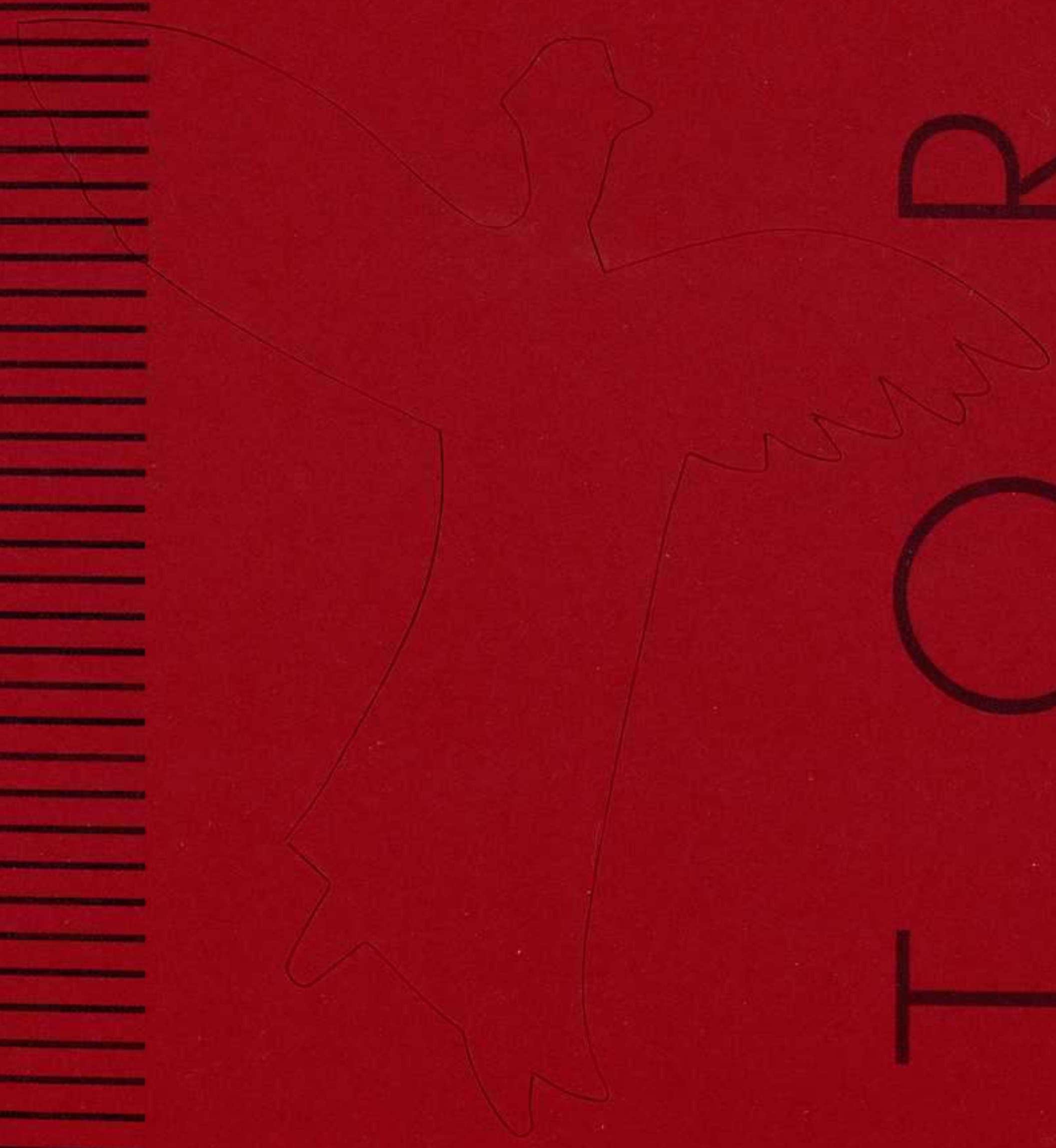
TORRAL

LITORAL

TORRAL

LITORAL

219-220



# LITTORAL

REVISTA DE LA POESÍA, EL ARTE Y EL PENSAMIENTO



R A F A E L A L B E R T I

E L A M O R Y L O S Á N G E L E S

E L Á N G E L D E L A L B A

E L Á N G E L G O N G O R I N O

E L Á N G E L D E L A S N I E B L A S

L O S Á N G E L E S T O N T O S

L O S Á N G E L E S C R U E L E S

E L Á N G E L N O S T Á L G I C O

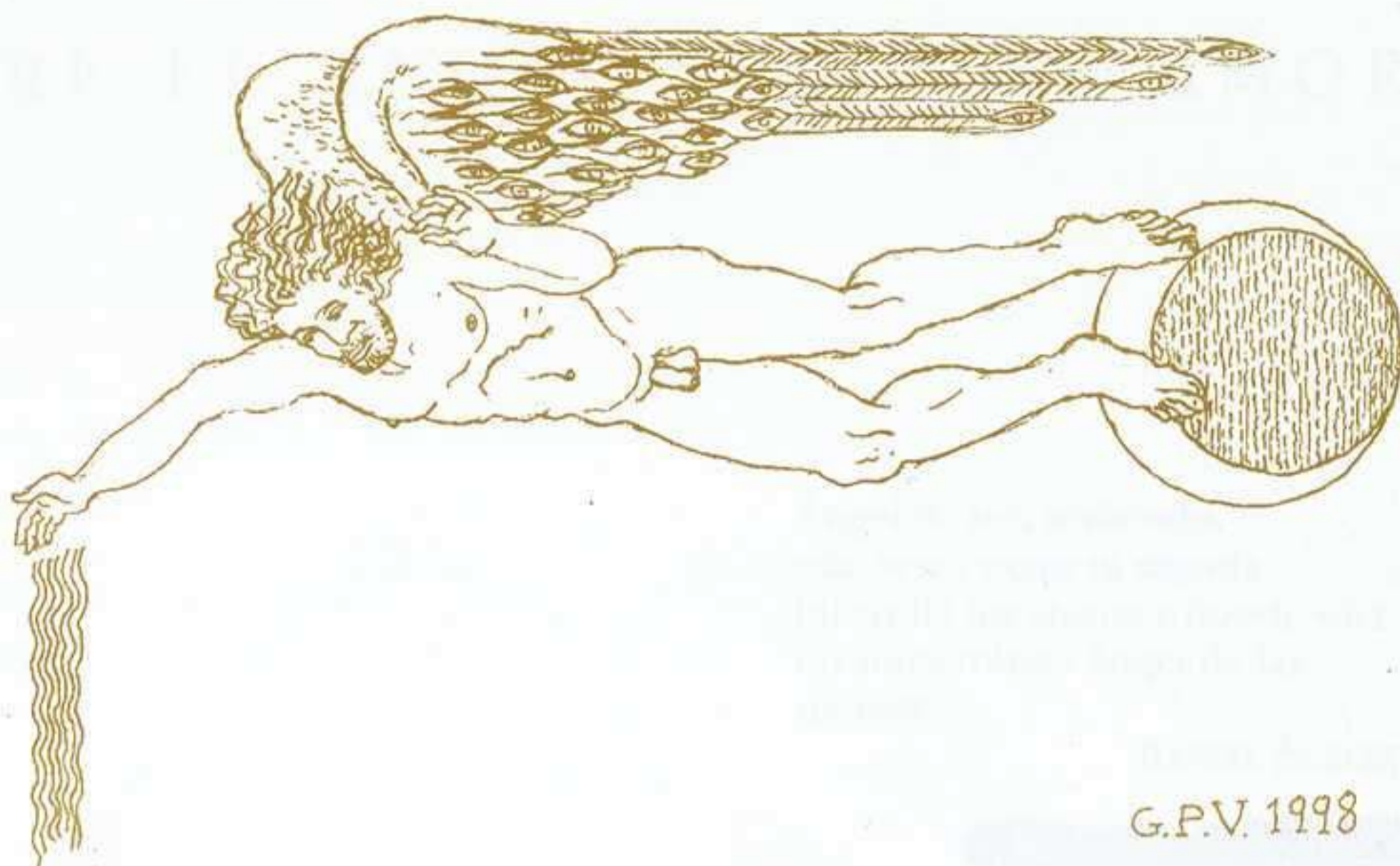
E L Á N G E L E N V I L O

E L Á N G E L E R Ó T I C O

E L Á N G E L P R O F A N O

E L Á N G E L B I Ó G R A F O

*Litoral desea expresar su más profundo  
agradecimiento a don Manuel Chaves, Presidente de  
la Junta de Andalucía, por hacer posible que estos  
ángeles se elevaran*



G.P.V. 1998

# Rafael Alberti

## *El amor y los ángeles*

Presentación y selección

Aitana Alberti

Prólogo

Luis García Montero

Litoral

MCMXCVIII



*Para mi madre  
a los diez años de su muerte*  
Aitana Alberti



# SOBRE EL ÁNGEL SUBIÓ EL AMOR

Ángel de luz, ardiendo,  
¡oh, ven!, y con tu espada  
incendia los abismos donde yace  
mi subterráneo ángel de las  
nieblas

RAFAEL ALBERTI

Según Lezama Lima, «los aciertos de la imagen transformados en poesía, resisten los tránsitos de la necrópolis y las esquinelas de las vestiduras, se deslizan aporéticos y danzantes, pernoctan escandalosamente sobre el mármol. La imagen es el triunfo sobre la carne y el metal, la eternidad posible llegando por el latido de la mano».

El ángel, imagen d'Epinal de una religión que atropelló al niño Rafael como al Bautista la azotadora arena del desierto, no aporta densidad de camposanto o azucarillo de altar monjil a los albertianos; ellos son incesantes y contaminadas transmutaciones de fuerzas espirituales claramente humanas. Si acaso, a veces pudieran parecer hijos verbales de aquellos agrestes antepasados angélicos pintados por los beatos en los siglos oscuros.

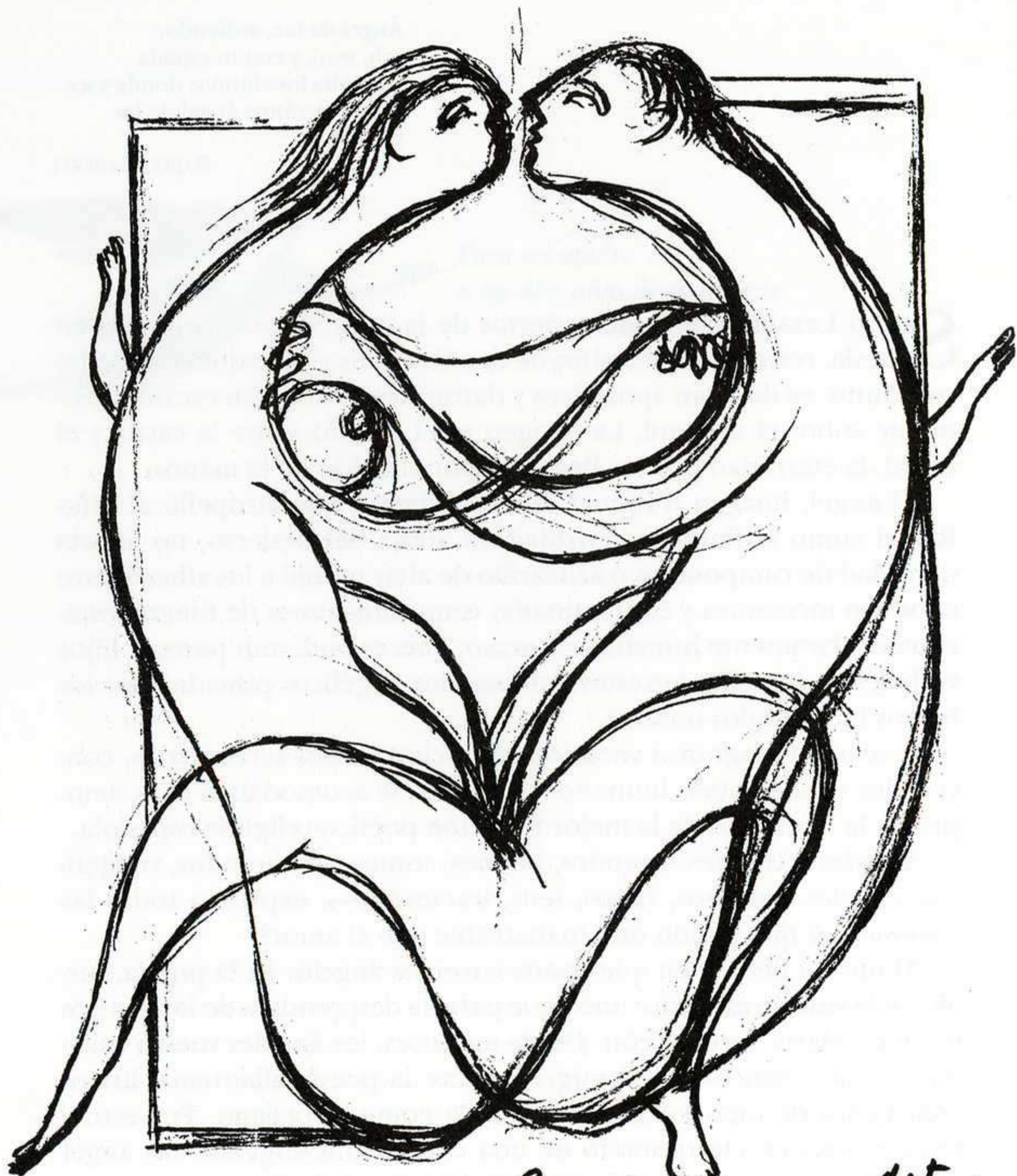
Pese a tan magnífica vocación iconoclasta, estos seres alados, convocados «por el latido humano» del poeta, se acomodaban para siempre en la eternidad de la mejor tradición poético-religiosa española.

Ángeles terrestres —mudos, buenos, tontos, sonámbulos, vengativos, crueles, rabiosos, falsos, feos, iracundos—, expresan todas las pasiones. ¿Y que pasión más inabarcable que el amor?

Al mismo tiempo en que aparecieron los ángeles en la poesía, surgió en la vida de mi padre uno «que parecía desprendida de los centros del sol»: María Teresa León. Desde entonces, los ángeles vuelan callados, tiernos, belicosos o flamígeros sobre la poesía albertiana, líricos guardianes de una poética desbordada como el océano. Por eso, y porque nací en cierto modo de una conjunción angélica, un ángel custodia con su espada cada estancia de esta antología.

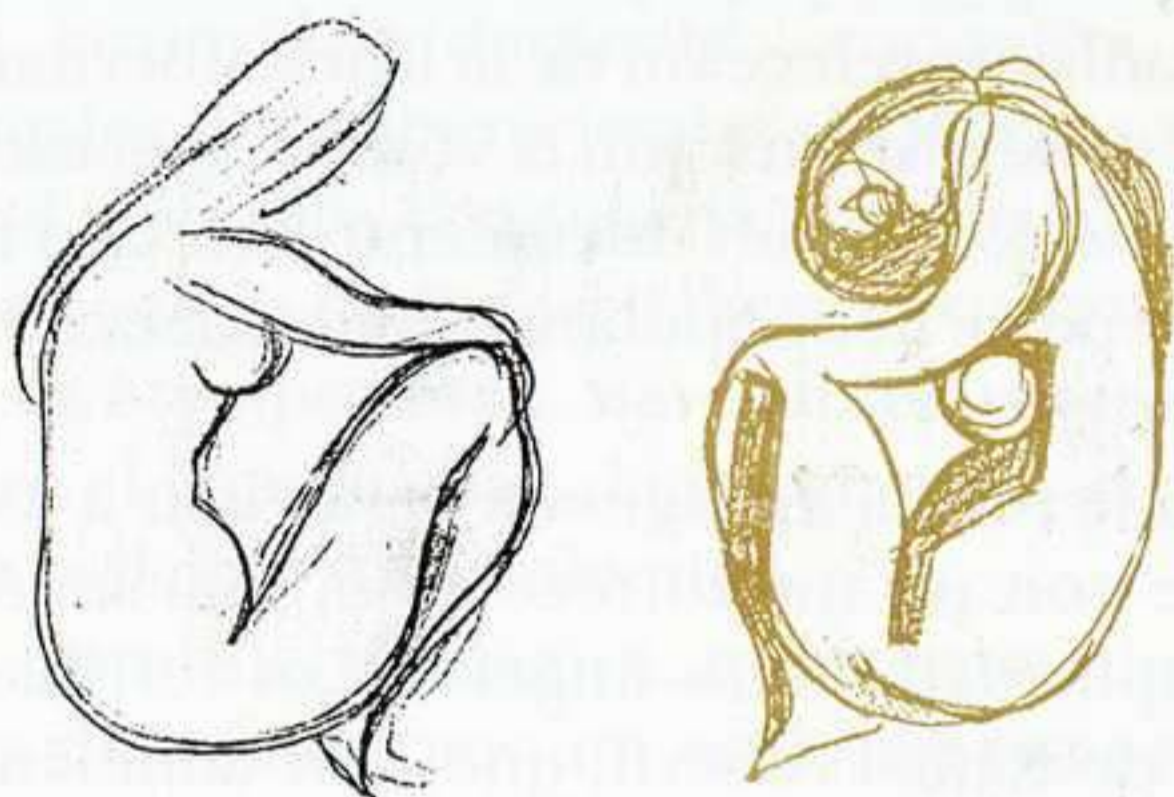
*31 de octubre de 1998  
Frente a la Corriente del Golfo*

AITANA ALBERTI



Para la virreina Arizaca  
El sus pedale Raical -66 .

# LOS ÁNGELES DEL POETA



Dibujo: Rafael Alberti

**E**n los años más duros del exilio, con la Guerra Civil abierta como una herida, una raya de frontera personal y colectiva en la memoria, Rafael Alberti sintió vivamente el desarraigo de su palabra. La nostalgia vino a sustituir el aire vitalista del poeta combativo, el pasado se convirtió en un lugar de reconocimiento y de búsqueda, porque cualquier esperanza estaba, por necesidad, unida al regreso. Esta es la ley del desterrado: seguir avanzando para conquistar los orígenes. El primer capítulo del libro *Pleamar* (1944) se tituló «Aitana», el nombre de la hija nacida en Buenos Aires, en 1941:

Para ti, niña Aitana,  
en estos años tristes,  
mi más bella esperanza.

El nombre de la hija de María Teresa León y Rafael Alberti guardó para siempre la imagen de la sierra alicantina que sobrevolaron los escritores, en un avión del ejército republicano, antes de salir al exilio. Aitana, Sierra de Aitana, el futuro familiar y la última visión de España. La vida que empieza es, en el deseo del poeta, un puente hacia el regreso. Alberti escribe un «Ofrecimiento dulce a las aguas amargas» para llevar a su hija hasta los litorales perdidos y bautizarla con las olas de la bahía gaditana, el mar de sus raíces, el sereno mar propicio a las faenas tranquilas y los versos juveniles. Aitana fue desde entonces un símbolo en la poesía de su padre.

Corriendo el tiempo, con el privilegio de los símbolos que viven en carne y hueso, Aitana amplió su papel metafórico y regresó también a los versos de su padre pero esta vez desde fuera, como antóloga,

como estudiosa y divulgadora. Para ella la búsqueda literaria fue otra vuelta a los orígenes, un diálogo con la sismología de su nombre. En este camino de perpetua ida y vuelta son ya muchas las contribuciones de Aitana en la bibliografía de Rafael Alberti. Recordemos el *Libro del mar* (Lumen, Barcelona, 1968), con fotografías de Catalá Roca, o la *Poesía escogida 1924-1982* (Arte y Literatura, La Habana, 1990), una acertadísima selección de la lírica albertiana. Recordemos también, porque es de justicia aquí, la «Carta» que escribió como prólogo en el *Cuaderno de Rute*, un documento literario muy interesante para conocer la época neopopularista del poeta, publicado por la revista *Litoral* en 1977.

Aitana vuelve a la revista malagueña para guiar a los lectores por la obra de su padre con un nuevo recorrido, una senda nueva que se traza con la complicidad de los ángeles. Los terribles, nostálgicos y vitalistas ángeles de Rafael Alberti, que son también los mensajeros envenenados de la poesía contemporánea. Rilke lo señaló en sus *Elegías de Duino*:

Todo ángel es terrible. Y, no obstante, ¡ay de mí!,  
os invoco, pájaros casi letales del alma,  
sabiendo lo que sois.

El ángel es pureza, realidad virginal, metáfora de la inocencia en la apuesta instintiva de la palabra poética. Pero la poesía es también inteligencia, búsqueda de la objetividad por mandato inevitable de la lucidez. Cuando los ojos alcanzan por fin el paraíso soñado, cuando la mirada roza las alas de los ángeles, el poeta comprende la mentira de sus símbolos y las imaginaciones del deseo, condenado al humo, a la inexistencia y a la fugacidad. La pureza es sólo una invención, que vive con la complicidad de la nostalgia o de los buenos propósitos del futuro. Nunca en el presente, deshojado por la lucidez como una margarita de pétalos artificiales. Todo ángel es terrible, porque acaba por herirnos con la espada venenosa de los engaños. En la curiosidad, en las ganas de saber, en el árbol humano del conocimiento, están escondidos los peligros del poeta que quiere apropiarse de la realidad con la mirada consoladora del deseo. Fue la lección aprendida por Alberti en *Sobre los ángeles*:

¡Paraíso perdido!  
perdido por buscarte,  
yo, sin luz para siempre.

La figura del Ángel permite así una visión de la poesía de Rafael Alberti desde el centro mismo de sus ambiciones estéticas. Caminamos al mismo tiempo por la superficie y la profundidad, disfrutando

de un privilegio que sólo alcanzan las aguas marinas. Los distintos capítulos que establece Aitana ofrecen al lector una guía temporal, imprescindible para conocer la voz que quiso definirse en los cambios de estilo, en el movimiento perpetuo, en la inestabilidad del nómada. Cuando alguien comprende que los ángeles son terribles y que todo paraíso se pierde por el hecho de buscarlo, la palabra es transformación, curiosidad, despedida, conquista, perpetua insatisfacción. Los ángeles, los pájaros letales de Rilke, son la encarnación de una intimidad inestable, condenada al exilio, al viaje por los estilos y los deseos. Los poemas de Rafael Alberti recorren la evolución de la lírica española contemporánea, navegando sucesivamente por el neopopularismo, el gongorismo, la vanguardia, el compromiso político y la palabra reflexiva, casi coloquial.

Junto a esta lectura cronológica, que respeta los cambios de un autor que quiso definirse como un estilo de estar ante los estilos, la ordenación que ofrece Aitana Alberti permite destacar las claves fundamentales de la poesía de su padre: el vitalismo y el destierro ideológico. La atención que se presta a la nostalgia y al erotismo, con el contrapunto de las nieblas, los tontos y la crueldad, resalta el carácter de una poesía agitada precisamente en las fronteras íntimas del ángel, entre la pureza vital y el desengaño trágico. Antes de perder la Guerra Civil, Alberti era ya un poeta desterrado, porque había escrito sobre la descomposición de la vida urbana. El niño que recuerda la bahía gaditana desde Madrid y el ángel que añora el paraíso en medio de una calle sucia, vestido de ser humano, cumplen el mismo juego estremecedor que el derrotado político, el perseguido que huye de su país para salvar la vida. El exilio político alcanza un valor tan significativo en la obra de Alberti porque se sostiene en un exilio anterior: el del poeta, la voz del deseo que busca una nostalgia para sobrevivir, el yo condenado al perpetuo movimiento, Lucifer, el ángel caído. Como nunca nos es dado vivir durante mucho tiempo entre los ángeles tontos, que fundan su felicidad en el no saber, resulta necesario moverse, asumir la condena romántica de la sabiduría.

Después de aceptar la falta de raíces estables, sólo es posible encontrar una raíz en el ejercicio voluntarioso de la búsqueda, en la exaltación vitalista. El ángel gongorino, que canta los himnos de la gran ciudad para equilibrar la herida nostálgica de los amaneceres gaditanos, parece el cómplice perfecto de los ángeles eróticos, de las alas paganas que levantan vuelo sobre la belleza y la sensualidad. Alberti utiliza el erotismo, igual que la nostalgia, como una bandera contra las hostilidades de la realidad. Después de la Guerra, al escribir *Entre el clavel y la espada* y *A la pintura* la belleza del arte y la sexualidad fueron una respuesta a la muerte, una toma de postura vital ante la destrucción:

¿Dinamita a la luna también? Vamos.  
Muerte a la muerte por la muerte: guerra.  
En verdad, piensa el toro, el mundo es bello.

Encendidos están, amor, los ramos.  
Abre la boca. (El mar. El monte.) Cierra  
los ojos y desátate el cabello.

Los lectores de Alberti podrán comprobar en esta selección que el erotismo sigue afirmándose como un ángel en vilo, como un ámbito de defensa personal, en la medida en que la vejez y el final de la vida se acercan a la voz del poeta. Engaño y desengaño, ángel terrible, batalla resuelta en palabras ante una lucidez impacable y definitiva. El no saber amplía sus abrazos consoladores conforme se acerca la noche verdadera. Las palabras son ceniza, afirmación y ceniza, señales de humo, la voluntad de una hoguera que se apaga.

La tarea de Aitana Alberti en este volumen se completa con la presencia de los pintores, compañeros imprescindibles en el viaje del poeta, y con el buen hacer estético de Lorenzo Saval y del equipo de la revista *Litoral*. Un nuevo homenaje, por tanto, a Rafael Alberti, en una publicación que se identifica íntimamente con la historia de su generación literaria. Al llegar a las manos de Aitana y de *Litoral*, Rafael Alberti cumple su regreso y encuentra el descanso amable de los viajeros que consiguen retornar al punto de partida. Su poesía fue siempre un intento de búsqueda y nostalgia, un esfuerzo por regresar a los orígenes, por conquistar su propio pasado. Es la ley de los buenos futuros.

LUIS GARCÍA MONTERO

*Y* en el azul era el agua  
y en el agua era la nube  
y en la nube era el mar

*y en el mar era la arena  
y en la arena era el viento*

*y sobre el viento subió el ángel  
y sobre el ángel subió el hombre  
y sobre el hombre subió el amor*

**RAFAEL ALBERTI**

# *El ángel del alba*

Poesías anteriores a *Marinero en tierra*, 1920-1923

*Marinero en tierra*, 1924

*La amante*, 1925

*El alba del alhelí*, 1925-1926

*Cuaderno de Rute*, 1925-1926





*El ángel del alba, 1998*

L I T A M O R A

# I

Sobre la arena tendido  
como despojo del mar  
se encuentra un niño dormido.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

## NIÑA

APARECISTE un día en el vallado  
de una luna de agosto tempranita,  
verde y azul, como una florecita  
para el ojal del monte enamorado.

Jugabas, sí, con vuelo acelerado,  
de sol en sol, ¡tan grácil, tan bonita!,  
amapola de luz, Caperucita  
encarnada, perdida por el prado.

Cielo de paz, pradera de frescura,  
donde mi corazón halló ventura  
y olvidó, con tu encanto, sus dolores...

Cielo de paz, colina junto al río,  
amapola de luz, pinar sombrío,  
¿volveré a revivir vuestros colores?

## BALCONES

### 1

TE saludan los ángeles Sofía  
luciérnaga del valle

La estrella del Señor  
vuela de su cabaña  
a tu alquería

Ora por el lucero perdido

linterna de los llanos  
 Porque lo libre el sol  
 de la manzana picada  
 de los erizos del castaño

Mariposa en el túnel  
 sirenita del mar Sofía

Para que el cofrecillo de una nuez  
 sea siempre en sueños nuestro barco

## 2

El suelo está patinando  
 y la nieve te va cantando:

Un ángel lleva tu trineo  
 el sol se ha ido de veraneo

Yo traigo el árbol de Noel  
 sobre mi lomo de papel

Mira Sofía dice el cielo:  
 la ciudad para ti es un caramelo  
 de albaricoque  
 de frambuesa  
 o de limón

## 3

En tu dedal bebía esta plegaria  
 esta plegaria de tres alas:

Deja la aguja Sofía  
 En el telón de estrellas  
 Tú eres la Virgen María  
 y Caperucita Encarnada

Todos los pueblos te cantan de tú

De tú  
     que eres la luz  
     que emerge de la luz

## II

Muy serena está la mar,  
¡a los remos, remadores!  
¡Esta es la nave de amores!

GIL VICENTE

### SUEÑO DEL MARINERO

*(fragmento)*

Mi sueño, por el mar condecorado,  
va sobre su bajel, firme, seguro,  
de una verde sirena enamorado,  
concha del agua allá en su seno oscuro.  
¡Arrójame a las ondas, marinero:  
—Sirenita del mar, yo te conjuro!

Sal de tu gruta, que adorarte quiero;  
sal de tu gruta, virgen sembradora,  
a sembrarme en el pecho tu lucero.

Ya está flotando el cuerpo de la aurora  
en la bandeja azul del oceano  
y la cara del cielo se colora  
de carmín. Deja el vidrio de tu mano  
disuelto en la alba urna de mi frente,  
algo de nácar, cantadora en vano

bajo el vergel añil de la corriente,  
¡Gélidos desposorios submarinos  
con el ángel barquero del relente

y la luna del agua por padrinos!  
El mar, la tierra, el aire, mi sirena,  
surcaré atado a los cabellos finos

y verdes de tu álgida melena.  
 Mis gallardetes blancos enarbola,  
 ¡oh marinero!, ante la aurora llena  
 ¡y rueda por el mar tu caracola!

## ROSA-FRÍA, PATINADORA DE LA LUNA

HA nevado en la luna, Rosa-fría.  
 Los abetos patinan por el yelo;  
 tu bufanda rizada sube al cielo,  
 como un adiós que el aire claro estría.

¡Adiós, patinadora, novia mía!  
 De vellorí tu falda, da un revuelo  
 de campana de lino, en el pañuelo  
 tirante y nieve de la nevería.

Un silencio escarchado te rodea,  
 destejido en la luz de sus fanales,  
 mientras vas el cristal resquebrajando...

¡Adiós, patinadora!

El sol albea  
 las heladas terrazas siderales,  
 tras de ti, Malva-luna, patinando.

## MALVA-LUNA-DE-YELO

LAS floridas espaldas ya en la nieve,  
 y los cabellos de marfil al viento.  
 Agua muerta en la sien, el pensamiento  
 color halo de luna cuando llueve.

¡Oh, qué clamor bajo del seno breve!  
 ¡Qué palma al aire solitario aliento!

¡Qué témpano, cogido al firmamento,  
el pie descalzo, que a morir se atreve!

¡Brazos de mar, en cruz, sobre la helada  
bandeja de la noche! ¡Senos fríos,  
de donde surte yerta la alborada!

¡Oh piernas como dos celestes ríos,  
Malva-luna-de-yelo, amortajada  
bajo las mares de los ojos míos!

## BALCÓN DEL GUADARRAMA

(DE 3 A 4)

HOTEL de azules perdidos,  
de párpados entornados,  
custodiado por los grillos,

débilmente  
conmovido por los ayes  
de los trenes.

El tren de la una...,  
el tren de las dos...  
El que va para las playas  
se lleva mi corazón.

Con la nostalgia del mar,  
mi novia bebe cerveza  
en el coche-restorán.

La luna va resbalando,  
sola, por el ventisquero.  
La luciérnaga del tren  
horada el desfiladero.

De mí olvidada, mi novia  
va soñando con la playa  
gris perla del Sardinero.

*MI AMANTE LLEVA GRABADO...*

MI amante lleva grabado,  
 en el empeine del pie,  
 el nombre de su adorado.

—Descálzate, amante mía,  
 deja tus piernas al viento  
 y echa a nadar tus zapatos  
 por el agua dulce y fría.

*DIALOGUILLO DE OTOÑO*

¡OH, qué tarde  
 para irse en avión,  
 en volandas,  
 por el aire!

Anda,  
 amor.

—Pero ¿qué sabes tú  
 de volar, corazón?

—Nada,  
 amor.

El viento fue  
 quien movió los faraloes  
 de tu traje,  
 silbándome la canción:

¡Oh, qué tarde  
 para irse en avión,  
 en volandas,  
 por el aire!

## ELEGÍA

LA niña rosa, sentada.  
Sobre su falda,  
como una flor,  
abierto, un atlas.

¡Cómo la miraba yo  
viajar, desde mi balcón!

Su dedo, blanco velero,  
desde las islas Canarias  
iba a morir al mar Negro.

¡Cómo lo miraba yo  
morir, desde mi balcón!

La niña rosa, sentada.  
Sobre su falda,  
como una flor,  
cerrado, un atlas.

Por el mar de la tarde  
van las nubes llorando  
rojas islas de sangre.

## MADRIGAL DRAMÁTICO DE ARDIENTE-Y-FRÍA

ARDIENTE-Y-FRÍA—clavel  
herido del mediodía—,  
desnuda, en la sastrería.

El niño, aprendiz de sastre,  
¡cómo la deshojaría!

Ardiente-y-fría un corpiño  
de ondas calientes y frías



quisiera para sus senos  
—algas flotantes del mar  
blanco y quieto del espejo—.

El niño, aprendiz de sastre,  
le ofrece una begonía.

Ardiente-y-fría una falda  
de lunas en agonía  
quisiera para su cuerpo  
—delfín moreno del mar  
verde y quieto del espejo—.

El niño, aprendiz de sastre,  
le ofrece una peonía.

Ardiente-y-fría una cofia  
de luz hirviente y sombría  
quisiera para su sueño.

El niño, aprendiz de sastre,  
le da una manzana, muerto.

### *BRANQUIAS QUISIERA TENER...*

BRANQUIAS quisiera tener,  
porque me quiero casar.  
Mi novia vive en el mar  
y nunca la puedo ver.

Madruguera, plantadora,  
allá en los valles salinos.  
¡Novia mía, labradora  
de los huertos submarinos!

¡Yo nunca te podré ver  
jardinera en tus jardines  
albos del amanecer!

## PREGÓN SUBMARINO

¡TAN bien como yo estaría  
en una huerta del mar,  
contigo, hortelana mía!

En un carrito tirado  
por un salmón, ¡qué alegría  
vender bajo el mar salado,  
amor, tu mercadería!

—¡Algas frescas de la mar,  
algas, algas!

## DIME QUE SÍ

DIME que sí,  
compañera,  
marinera,  
dime que sí.

Dime que he de ver la mar,  
que en la mar he de quererte.  
Compañera,  
dime que sí.

Dime que he de ver el viento,  
que en el viento he de quererte.  
Marinera,  
dime que sí.

Dime que sí,  
compañera,  
dime,  
dime que sí.

*RECUÉRDAME EN ALTA MAR...*

RECUÉRDAME en alta mar,  
amiga, cuando te vayas  
y no vuelvas.

Cuando la tormenta, amiga,  
clave un rejón en la vela.

Cuando alerta el capitán  
ni se mueva.

Cuando la telegrafía  
sin hilos ya no se entienda.

Cuando ya al palo-trinquete  
se lo trague la marea.

Cuando en el fondo del mar  
seas sirena.

**RIBERA**

OJOS míos ¿quién habría  
detrás de la celosía?

¿Alguna niña bordando  
amores de contrabando  
para la marinería?

¡Ojitos que estáis mirando,  
abrid vuestra celosía,  
que estoy de amores penando!

Ojos míos, ¿quién habría  
detrás de la celosía?

*SIN NADIE, EN LAS BALAUSTRADAS...*

SIN nadie, en las balaustradas,  
mi niña virgen del mar  
borda las velas nevadas.

¡Ay que vengo, que yo vengo  
herido, en una fragata,  
sin nadie, mi vida, huyendo  
de tu corazón pirata!

¡De prisa, mi marinera!  
Que un jirón de tu bordado  
haga que yo no me muera.

### III

Todo amor es fantasía;  
él inventa el año, el día,  
la hora y su melodía;  
inventa el amante y, más,  
la amada. No prueba nada  
contra el amor, que la amada  
no haya existido jamás.

ANTONIO MACHADO

#### *POR AMIGA, POR AMIGA...*

Madrid

POR amiga, por amiga.  
Sólo por amiga.

Por amante, por querida.  
Sólo por querida.

Por esposa, no.  
Sólo por amiga.

#### *ZARZA FLORIDA...*

San Rafael  
(Sierra de Guadarrama)

ZARZA florida.  
Rosal sin vida.

Salí de mi casa, amante,  
por ir al campo a buscarte.

Y en una zarza florida  
hallé la cinta prendida,

de tu delantal, mi vida.

Hallé tu cinta prendida,  
y más allá, mi querida,  
te encontré muy malherida  
bajo del rosal, mi vida.

Zarza florida.  
Rosal sin vida.  
Bajo del rosal sin vida.

### *MADRUGA, LA AMANTE MÍA...*

Aranda de Duero

MADRUGA, la amante mía,  
madruga, que yo lo quiero.

En las barandas del Duero,  
viendo pasar la alba fría,  
yo te espero.

No esperes que zarpe el día,  
que yo te espero.

### *DEBAJO DEL CHOPO, AMANTE...*

De Gumiel de Hizán  
a Gumiel del Mercado

DEBAJO del chopo, amante,  
debajo del chopo, no.

Al pie del álamo, sí,  
del álamo blanco y verde.

Hoja blanca tú,  
esmeralda yo.

*OTRA VEZ EL RÍO, AMANTE...*

Roa de Duero

OTRA vez el río, amante,  
y otra puente sobre el río.

Y otra puente con dos ojos  
tan grandes como los míos.

Tan grandes como los míos,  
mi amante.

¡Mis ojos, cuando te miro!

**MADRIGAL DEL PEINE PERDIDO**

(NANA)

I

Noche

¡EA, mi amante, ea,  
ea la ea!  
¡El peinecillo tuyo,  
que verde era!

Perdiste el peinecillo,  
ea la ea,  
mi amante,  
que era de vidrio.

El peinecillo tuyo,  
ea la ea,  
que era de vidrio verde,  
mi amante,  
ea.

II

Entresueño

MAÑANITA, despeinada,  
mañanita.

¿Y cómo iré yo a la misa  
despeinada?

Dirá la Virgen María:  
«¿Cómo vienes a la misa  
despeinada? «

III

Vuelta

DUERME,  
que en el mar, huerto perdido,  
va y viene, amante, tu peine,  
por los cabellos, mi vida,  
de una sirenita verde.

De una verde sirenita,  
que se los peina a la orilla,  
mientras la orilla va y viene.

Duerme, mi amante,  
porque va y viene.

*DORMIDO QUEDÉ, MI AMANTE...*

DORMIDO quedé, mi amante,  
al norte de tus cabellos,  
bogando, amante, y soñando  
que dos piratillas negros  
me estaban asesinando.



## DESPEDIDA

¡AL SUR,  
de donde soy yo,  
donde nací yo,  
no tú!

—¡Adiós, mi buen andaluz!

—Niña del pecho de España,  
¡mis ojos! ¡Adiós, mi vida!

—¡Adiós, mi gloria del Sur!

—¡Mi amante, hermana y amiga!

—¡Mi buen amante andaluz!

# IV

¡Amor adolescente! ¡Aún el alma está tierna,  
como la flor de almendro, como la mejorana,  
y ya el placer presente le prepara esa interna  
campaña de dolor que ha de tornar mañana!

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

## PRÓLOGO

TODO lo que por ti vi  
—la estrella sobre el aprisco,  
el carro estival del heno  
y el alba del alhelí—,  
si me miras, para ti.

Lo que gustaste por mí  
—la azúcar del malvavisco,  
la menta del mar sereno  
y el humo azul del benjuí—,  
si me miras, para ti.

## LA HÚNGARA

1

QUISIERA vivir, morir,  
por las vereditas, siempre.  
¡Déjame morir, vivir,  
deja que mi sueño ruede  
contigo, al sol, a la luna,  
dentro de tu carro verde!

## 2

—VAS vestida de percal...

—Sí, pero en las grandes fiestas  
visto una falda de raso  
y unos zapatos de seda.

—Vas sucia, vas despeinada...

—Sí, pero en las grandes fiestas  
me lava el agua del río  
y el aire puro me peina.

## 3

...YYO, mi niña, teniendo  
abrigo contra el relente,  
mientras va el sueño viniendo.  
Y tú, mi niña, durmiendo...  
en los ojitos del puente,  
mientras va el agua corriendo.

## 4

¡POR toda España, contigo!

¡Por las ferias de ganados,  
por las plazas de los pueblos,  
vendiendo caballos malos,  
vida, por caballos buenos!

¡Por todo el mundo, contigo!

## 5

TAN limpia tú, tan peinada,  
con esos dos peinecillos  
que te asesinan las sienes,  
dime, di, ¿de dónde vienes?

Con esa falda encarnada  
y esas dos rosas de lino  
en tus zapatitos verdes,  
dime, di, ¿de dónde vienes?

6

ME voy quedando sin sueño.  
¡No puedo dormir, miradme!  
Nunca más podré dormir,  
que se me ha muerto mi dueño.

Me estoy quedando sin sangre.  
¡No puedo vivir, miradme!  
Nunca más podré vivir,  
que se me ha muerto mi amante.

7

NO puedo, hasta la verbena,  
pregonar mi mercancía,  
que el alcalde me condena.

Pero ¡qué me importa a mí,  
si en estos campos, a solas,  
puedo cantártela a ti!

—¡Caballitos, banderolas,  
alfileres, redecillas,  
peines de tres mil colores!

¡Para los enamorados,  
en papeles perfumados,  
las dulces cartas de amores!

¡Alerta, los compradores!

8

—POR una noche, a mi casa.  
¡Vente a dormir a mi cuarto!

—Mire, señor,  
tengo mi carro.

—Por una noche, en tu casa.  
¡Quiero dormir en tu carro!

—Mire, señor,  
tiene su casa.

## 9

YO, por el campo, a las eras,  
pensando en tu vida errante  
por todas las carreteras.

Tú, en la ventana del carro,  
mirándote a un espejito  
y con un peine en la mano.

## 10

¿POR qué vereda se fue?  
¡Ay, aire, que no lo sé!

¿Por la de Benamejí?  
¿Por la de Lucena o Priego?  
¿Por la de Loja se fue?  
¡Ay, aire, que no lo sé!

Ahora recuerdo: me dijo  
que caminaba a Sevilla.  
¿A Sevilla? ¡No lo sé!

¿Por qué vereda se fue?  
¡Ay, aire, que no lo sé!

## LA NOVIA

TOCA la campana  
de la catedral.  
¡Y yo sin zapatos,  
yéndome a casar!

¿Dónde está mi velo,  
mi vestido blanco,  
mi flor de azahar?

¿Dónde mi sortija,  
mi alfiler dorado,  
mi lindo collar?

¡Date prisa , madre!

Toca la campana  
de la catedral.

¿Dónde está mi amante?  
Mi amante querido,  
¿en dónde estará?

Toca la campana  
de la catedral.  
¡Y yo sin mi amante,  
yéndome a casar!

## LA MALDECIDA

### 1

DE negro, siempre enlutada,  
muerta entre cuatro paredes  
y con un velo en la cara.

—¡No pases tú por su puerta,  
no pongas el pie en su casa!

Naranjos y limoneros,  
al alcance, tras las tapias,  
sombras frías, de su huerto.

—¡Nunca pongas tú, mis ojos,  
en esas ramas tus dedos!

### 2

¿PARA qué tanto misterio,  
ese vivir engañándome,  
si todo el mundo lo sabe?

—¿Qué sabe?

—Que tu amiga, más que amiga,  
mala culebra, es tu amante.

—¡Pero no lo digas!

## 3

¿PARA qué tanta mentira,  
ese engañar a tu madre,  
si todo el mundo lo sabe?

—¿Qué más sabe?

—Que tú, por la puerta falsa,  
abres de noche a tu amiga,  
que, mal amor, es tu amante.

—¡Pero no lo digas!

## 4

NO quiero, no, que te rías,  
ni que te pintes de azul los ojos,  
ni que te empolves de arroz la cara,  
ni que te pongas la blusa verde,  
ni que te pongas la falda grana.  
Que quiero verte muy seria,  
que quiero verte siempre muy pálida,  
que quiero verte siempre llorando,  
que quiero verte siempre enlutada.

## 5

PORQUE me robas los ojos  
y me asesinas los labios,  
¡vuélvete lagarto negro  
y que te escupan los sapos!

Porque me pisas el pecho,  
porque me sorbes la sangre,  
¡vuélvete culebra roja  
o cuervo negro del aire!

Porque toda tú eres clavo,  
porque eres martillo y daga,  
¡vuélvete cangrejo negro  
y que te traguen las aguas!

## LA ENCERRADA

### 1

TU padre  
es el que, dicen, te encierra.  
Tu madre  
es la que guarda la llave.  
Ninguno quiere  
que yo te vea,  
que yo te hable,  
que yo te diga que estoy  
muriéndome por casarme.

### 2

SÉ que montas a caballo...  
¡Que te dé el sol!  
¡Al campo, a caballo, amor!

¡Descorre las persianas,  
rompe ya las celosías,  
que estás muy pálida!

¡Que te dé el sol!  
¡Al campo, a caballo, amor!

¡Ay, mal hayan los morillos  
que en esta gloria de España  
te han amortajado viva  
detrás de las persianas!

¡Rompe, amor, las persianas!  
¡Abajo, amor, las cortinas,  
que estás muy pálida!

¡Que te dé el sol!  
¡Al campo, a caballo, amor!

### 3

UNA mano, sólo una,  
por entre los terciopelos,  
para regar los claveles



¿Por qué no quieres  
que yo te vea la cara?

¿Para qué tanto esconderte  
y siempre esa mano sola,  
como una mano cortada,  
para regar los claveles?

¿Por qué no quieres  
que yo te vea la cara?

## 4

SIN que te sienta tu madre,  
salte por la puerta falsa  
y vente a los olivares.

Tu calle va recta al campo.  
Escondido, en la cuneta,  
te espero con mi caballo.

Te enseñaré los caminos  
que van rodando a los mares,  
amor, si vienes conmigo.

Si vienes, amor, si vienes  
sin que lo sepa tu madre,  
sin que tu padre se entere.

## 5

PORQUE tienes olivares  
y toros de lidia fieros,  
murmuran los ganaderos  
que yo no vengo por ti,  
que vengo por tus dineros.

## 6

TODAS las piedras del pueblo  
las traigo en los pies clavadas.

Vengo  
de allá arriba, de tu barrio,  
de rondar tu calle,

de guardar tu casa.  
¡Y nadie!  
(¿En dónde te escondes tú?)  
¡Y nada!

7

SOLITO, en este escalón,  
me paso la noche entera.  
¡Yo sé que estás prisionera!

De la calle suben sombras,  
ya sin habla, la escalera  
verde de tu enredadera.

Yo sé que estás prisionera  
y que intentan libertarte  
gentes que yo no quisiera.

Por eso, en este escalón,  
solito, para guardarte,  
me paso la noche entera.

8

LO sabe ya todo el pueblo.

Lo canta el sillero.  
Lo aumenta  
el barbero.  
Y el yegüero  
lo comenta  
en las esquinas con el mulero.  
Lo cuenta  
el carpintero al sepulturero.  
¡Lo saben ya hasta los muertos!

¡Y tú, sin saberlo!

9

SONÁMBULO entré yo anoche  
en tu jardín. Nadie había.  
¿Nadie?  
—Sí.

Sobre el limonar lunero,  
 la luna. Debajo, tú.  
 ¿Sola?  
 —Sí.  
 —¿Qué haces tú?  
                                   —Soñando estoy  
 un traje para mi boda.  
 —¿Conmigo?  
 —No.

10  
 NOCTURNO

DEJA ese sueño.  
 Envuélvete,  
 desnuda y blanca, en tu sábana.  
 Te esperan en el jardín  
 tras las tapias.

Tus padres mueren, dormidos.  
 Deja ese sueño.  
 Anda.  
 Tras las tapias,  
 te esperan con un cuchillo.

Vuelve de prisa a tu casa.  
 Deja ese sueño.  
 Anda.  
 En la alcoba de tus padres  
 entra, desnuda, en silencio.

Corre de prisa a las tapias.  
 Deja ese sueño.  
 Sáltalas.  
 Vente.

¿Qué rubí yerve en tus manos  
 y quema, negro, tu sábana?  
 Deja ese sueño.  
 Anda.  
 ...Duérmete.

—¡Saber que tengo que irme  
y que tengo que dejarte  
tan sola aquí, sin morirme!

¡Ay, quién pudiera llevarte!

¿Te quieres venir conmigo?

—¡Contigo, yo a cualquier parte,  
con tal de ser yo tu amigo!

¡Ay, quién pudiera llevarte!

En esta cárcel metida  
—¡qué lástima!—, prisionera,  
ya, para toda la vida.

¡Ay, quién llevarte pudiera!

¡Adiós, que me voy llorando,  
para siempre, de tu vera!

### *POR NADIE ME CAMBIO YO...*

POR nadie me cambio yo,  
sabiendo que allá en el mar,  
que allá en el fondo del mar  
me aguardas tú.

Por nadie te cambies tú,  
sabiendo que allá en la tierra,  
que allá clavado en la tierra  
te aguardo yo.

## LA SIRENILLA CRISTIANA

## I

TENIENDO voz de mujer  
 y cola azul de pescado,  
 y viéndote siempre a nado,  
 sola, por la mar zafira,  
 ¿quién querrá hacerme a mí ver  
 que estoy viviendo engañado  
 no creyéndote mentira?

## II

¡CONFESAR!  
 ¡Que anoche robé un lucero,  
 para ti, que cayó al mar!

¡No me quiero condenar!

¡Busca al cura, marinero!

## III

HUYE por la mar y llora.  
 ¡Sálvala, Nuestra Señora!

Que un marinerillo inglés  
 la sigue desde la aurora.  
 ¡Sálvala, Nuestra Señora!

¡Que te alcanzan, novia mía!  
 ¡Sálvala, Virgen María!

## IV

CAPAZ soy yo de matarme.

Si en vida no puedo verte,  
 quizás después de la muerte  
 pueda contigo casarme.

Capaz soy yo de matarme,  
 sirenilla, por tenerte.

# V

...Mejor es penar  
sufriendo dolores,  
que estar sin amores.

JUAN DEL ENCINA

## *PERSIANAS, CELOSÍAS...*

PERSIANAS, celosías,  
cortinas, puertas cerradas...  
No quiero mirarlas más.  
—¿Por qué no?  
—¡Porque no quiero,  
que esas cortinitas son  
las que a mí me dejan muerto!

¿A qué viene ese espiarme  
detrás de los terciopelos,  
si estás ya comprometida?

—¡Un cuchillo, que me muero  
por rasgar esas cortinas,  
ya que mirarte no puedo!

## *¡CIERRAS LOS OJOS, LOS ABRO!...*

¡CIERRAS los ojos, los abro!  
¡Mueves los hombros, los muevo!  
Y como un caño se sangre  
salta la voz de tu pecho.

¡Mueve las piernas, mi vida!  
¡Cierra los brazos, que muero!  
Tu voz, como una culebra,  
se me enrosca por el cuerpo.

¡Muerte, que te lleva el aire!  
¡Vida, que te lleva el viento,  
hacia la cumbre guardada,  
de la pena, por el cuervo!

—¡Pico del cuervo gritando,  
piquito carabinero,  
piquito negro, escarbando,  
y, loco, desenterrando,  
los ojos que yo más quiero!

¡Cierra las piernas, mi vida!  
¡Para, por Dios, ese cuerpo!  
¡Quédate muerta a mi lado,  
que estoy ya del todo muerto!

# *El ángel gongorino*

*Cal y canto, 1926-1927*





F E R O D R Í G U E Z  
*El ángel gongorino, 1998.*

Ella llevaba por vestido combo  
un proyecto de arcángel, un relieve  
Del hombro al pie su línea exacta un rombo  
que a armonizar con el clavel se atreve  
A su paso en dos lunas o en dos frutos  
se abrían los espacios absolutos

GERARDO DIEGO

## AMARANTA

...calzó de viento...  
GÓNGORA

RUBIOS, pulidos senos de Amaranta,  
por una lengua de lebrel limados.  
Pórticos de limones desviados  
por el canal que asciende a tu garganta.

Rojo, un puente de rizos se adelanta  
e incendia tus marfiles ondulados.  
Muerde, heridor, tus dientes desangrados,  
y corvo, en vilo, al viento te levanta.

La soledad, dormida en la espesura,  
calza su pie de céfiro y desciende  
del olmo alto al mar de la llanura.

Su cuerpo en sombra, oscuro, se le enciende,  
y gladiadora, como un ascua impura,  
entre Amaranta y su amador se tiende.

## ROMEO Y JULIETA

1

(BAÑO)

TU forma: ¡qué indolente, qué tranquilo  
témpano puro, azul, sueño parado  
del agua inmóvil y ovalada —tumba—!

Llaves áureas, los grifos templadores,  
que igualaron su sangre con tu cuerpo,  
sin habla ya, sobre tu frente y muslos.

Siempre fija, que yo, de pie, mis ojos,  
por ese dócil viso que te vela,  
darlos quiero al viaje de tu forma.

¡Oh mar adolescente, mar desnudo,  
con quince lunas cándidas, camino  
de los cielos y tierras ignorados!

(FUGA. X. 99. 999)

PRECIPITADA rosa, limpia, abriendo  
con tus hombros el aire... *Las aceras,*  
*saltando atrás, en fila, comprimiendo,*  
*tumulto y colorín, multiplicadas,*  
*árboles, transeúntes, vidrieras,*  
*en una doble fuga de fachadas.*

Raudo amor, más ligero que los cisnes,  
que el volar de la azul telegrafía,  
pero estático en sí... *De los confines*

*de las tierras fugaces, desbocados,*  
*entran los montes y la hidrografía*  
*abrevada de troncos y ganados.*

Ahora que es inminente el atropello  
del sol y que la estrella inevitable  
a lo garzón se corte ya el cabello,

deja a la lengua de los faros, muda,  
que entre las sombras se prolongue y hable,  
mientras que a ti mi sueño te desnuda.

## 3

## (SUEÑO. FRACASO)

ESQUELETO de níquel. Dos gramófonos  
de plata, sin aguja, por pulmones.  
¡Oh cuerpo de madera, sin latido!

¿Cómo olvidarte a ti, rosa mecánica,  
impasible, de pie, bajo el eléctrico  
verdor frío, cerrada como un mueble?

¿Cómo olvidar, ¡oh, di!, que tu melena,  
cuervo sin sabia y vida, rodó, triste,  
de mi caricia igual, al desengaño?

Sin cabeza, a tus pies, sangra mi sueño.  
¿Cómo hacerle subir hasta mi frente,  
retornar, flor mecánica, mentira?

¡Abrid las claraboyas! ¡Rompe, luna,  
daga adversa del viento, que me ahogo,  
romped, herid, matad ese retrato!

Y dadle cuerda al sol, que se ha fundido.

# *El ángel de las nieblas*

*Sobre los ángeles, 1927-1928*



V A R G A S  
*El ángel de las nieblas, 1998*

Este cuerpo que Dios pone en mis brazos  
para enseñar a andar por el olvido,  
no sé ni de quién es.

Al encontrarlo,  
un ángel negro, una gigante sombra,  
se me acercó a los ojos y entró en ellos  
silencioso y tenaz igual que un río.  
Todo lo destruyó con su corriente.

EMILIO PRADOS

## PARAÍSO PERDIDO

A TRAVÉS de los siglos,  
por la nada del mundo,  
yo, sin sueño, buscándote.

Tras de mí, imperceptible,  
sin rozarme los hombros,  
mi ángel muerto, vigía.

¿Adónde el Paraíso,  
sombra, tú que has estado?  
Pregunta con silencio.

Ciudades sin respuesta,  
ríos sin habla, cumbres  
sin ecos, mares mudos.

Nadie lo sabe. Hombres  
fijos, de pie, a la orilla  
parada de las tumbas,

me ignoran. Aves tristes,  
cantos petrificados,  
en éxtasis el rumbo,

ciegas. No saben nada.  
Sin sol, vientos antiguos,  
inertes, en las leguas

por andar, levantándose  
calcinados, cayéndose  
de espaldas, poco dicen.



Diluidos, sin forma,  
la verdad que en sí ocultan,  
huyen de mí los cielos.

Ya en el fin de la Tierra,  
sobre el último filo,  
resbalando los ojos,

muerta en mí la esperanza,  
ese pórtico verde  
busco en las negras simas.

¡Oh boquete de sombras!  
¡Hervidero del mundo!  
¡Qué confusión de siglos!

¡Atrás, atrás! ¡Qué espanto  
de tinieblas sin voces!  
¡Qué pérdida mi alma!

—Ángel muerto, despierta.  
¿Dónde estás? Ilumina  
con tu rayo el retorno.

Silencio. Más silencio.  
Inmóviles los pulsos  
del sinfín de la noche.

¡Paraíso perdido!  
Perdido por buscarte,  
yo, sin luz para siempre.

## EL CUERPO DESHABITADO

### I

YO te arrojé de mi cuerpo,  
yo, con un carbón ardiendo.

—Vete.

Madrugada.  
La luz, muerta en las esquinas  
y en las casas.  
Los hombres y las mujeres  
ya no estaban.

—Vete.

Quedó mi cuerpo vacío,  
negro saco, a la ventana.

Se fue.

Se fue, doblando las calles.  
Mi cuerpo anduvo, sin nadie.

2

QUE cuatro sombras malas  
te sacaron en hombros,  
muerta.

De mi corazón, muerta,  
perforando tus ojos  
largas púas de encono  
y olvido.

De olvido,  
sin posible retorno.  
Muerta.

Y entraste tú de pie,  
bella.  
Entraste tú, y ahora,  
por los cielos peores,  
tendida,  
fea,  
sola.

Tú.

Sola entre cuatro sombras.  
Muerta.

## 3

¿QUIÉN sacude en mi almohada  
 reinados de yel y sangre,  
 cielos de azufre,  
 mares de vinagre?

¿Qué voz difunta los manda?  
 Contra mí, mundos enteros,  
 contra mí, dormido,  
 maniatado,  
 indefenso.

Nieblas de a pie y a caballo,  
 nieblas regidas  
 por humos que yo conozco  
 en mí enterrados,  
 van a borrarne.

Y se derrumban murallas,  
 los fuertes de las ciudades  
 que me velaban.

Y se derrumban las torres,  
 las empinadas  
 centinelas de mi sueño.

Y el viento,  
 la tierra,  
 la noche.

## 4

TÚ. Yo. (Luna.) Al estanque.  
 Brazos verdes y sombras  
 te apretaban el talle.

Recuerdo. No recuerdo.  
 ¡Ah, sí! Pasaba un traje  
 deshabitado, hueco,  
 cal muerta, entre los árboles.

Yo seguía... Dos voces  
 me dijeron que a nadie.

5

DÁNDOSE contra los quicios,  
contra los árboles.

La luz no le ve, ni el viento,  
ni los cristales.  
Ya, ni los cristales.

No conoce las ciudades.  
No las recuerda.  
Va muerto.  
Muerto, de pie, por las calles.

No le preguntéis. ¡Prendedle!  
No, dejadle.

Sin ojos, sin voz, sin sombra.  
Ya, sin sombra.  
Invisible para el mundo,  
para nadie.

6

I

LLEVABA una ciudad dentro.  
La perdió.  
Le perdieron.

Solo, en el filo del mundo,  
clavado ya, de yeso.  
No es un hombre, es un boquete  
de humedad, negro,  
por el que no se ve nada.

Grito.  
¡Nada!

Un boquete, sin eco.

## 7

## II

LLEVABA una ciudad dentro.  
Y la perdió sin combate.  
Y le perdieron.

Sombras vienen a llorarla,  
a llorarle.

—Tú, caída,  
tú, derribada,  
tú,  
la mejor de las ciudades.

Y tú, muerto,  
tú, una cueva,  
un pozo tú, seco.

Te dormiste.  
Y ángeles turbios, coléricos,  
la carbonizaron.  
Te carbonizaron tu sueño.

Y ángeles turbios, coléricos,  
carbonizaron tu alma,  
tu cuerpo.

## 8

## (VISITA)

HUMO. Niebla. Sin forma,  
saliste de mi cuerpo,  
funda vacía, sola.

Sin herir los fanales  
nocturnos de la alcoba,  
por la ciudad del aire.

De la mano del yelo,  
las deslumbradas calles,  
humo, niebla, te vieron.

Y hundirte en la velada,  
fría luz en silencio  
de una oculta ventana.

## EL ÁNGEL MENTIROSO

Y FUI derrotada  
yo, sin violencia,  
con miel y palabras.

Y, sola, en provincias  
de arena y de viento,  
sin hombre, cautiva.

Y, sombra de alguien,  
cien puertas de siglos  
tapiaron mi sangre.

¡Ay luces! ¡Conmigo!

Que fui derrotada  
yo, sin violencia,  
con miel y palabras.

## LOS DOS ÁNGELES

ÁNGEL de luz, ardiendo,  
¡oh, ven!, y con tu espada  
incendia los abismos donde yace  
mi subterráneo ángel de las nieblas.

¡Oh espadazo en las sombras!  
Chispas múltiples,  
clavándose en mi cuerpo,

en mis alas sin plumas,  
 en lo que nadie ve,  
 vida.

Me estás quemando vivo.  
 Vuela ya de mí, oscuro  
 Luzbel de las canteras sin auroras,  
 de los pozos sin agua,  
 de las simas sin sueño,  
 ya carbón del espíritu,  
 sol, luna.

Me duelen los cabellos  
 y las ansias. ¡Oh, quémame!  
 ¡Más, más, sí, sí, más! ¡Quémame!

¡Quémallo, ángel de luz, custodio mío,  
 tu que andabas llorando por las nubes,  
 tú, sin mí, tú, por mí,  
 ángel frío de polvo, ya sin gloria,  
 volcado en las tinieblas!

¡Quémallo, ángel de luz,  
 quémame y huye!

## ENGAÑO

ALGUIEN detrás, a tu espalda,  
 tapándote los ojos con palabras.

Detrás de ti, sin cuerpo,  
 sin alma.  
 Ahumada voz de sueño  
 cortado.  
 Ahumada voz  
 cortada.

Con palabras, vidrios falsos.

Ciega, por un túnel de oro,  
 de espejos malos,

con la muerte  
darás en un subterráneo.

Tú allí sola, con la muerte,  
en un subterráneo.

Y alguien detrás, a tu espalda,  
siempre.

### EL ÁNGEL DE CARBÓN

FEO, de hollín y fango.  
¡No verte!

Antes, de nieve, áureo,  
en trineo por mi alma.  
Cuajados pinos. Pendientes.

Y ahora por las cocheras,  
de carbón, sucio.  
¡Te lleven!

Por los desvanes de los sueños rotos.  
Telarañas. Polillas. Polvo.  
¡Te condenen !

Tiznados por tus manos,  
mis muebles, mis paredes.

En todo,  
tu estampado recuerdo  
de tinta negra y barro.  
¡Te quemen!

Amor, pulpo de sombra,  
malo.



## TRES RECUERDOS DEL CIELO

*Homenaje a Gustavo Adolfo Bécquer*

### PRÓLOGO

NO habían cumplido años ni la rosa ni el arcángel.  
Todo, anterior al balido y al llanto.  
Cuando la luz ignoraba todavía  
si el mar nacería niño o niña.  
Cuando el viento soñaba melenas que peinar,  
y claveles el fuego que encender, y mejillas,  
y el agua unos labios parados donde beber.  
Todo, anterior al cuerpo, al nombre y el tiempo.

Entonces, yo recuerdo que, una vez, en el cielo...

### PRIMER RECUERDO

...una azucena tronchada...  
G. A. BÉCQUER

PASEABA con un dejo de azucena que piensa,  
casi de pájaro que sabe ha de nacer.  
Mirándose sin verse a una luna que le hacía espejo el sueño  
y a un silencio de nieve, que le elevaba los pies.  
A un silencio asomada.  
Era anterior al arpa, a la lluvia y a las palabras.  
No sabía.  
Blanca alumna del aire,  
temblaba con las estrellas, con la flor y los árboles.  
Su tallo, su verde talle.  
Con las estrellas mías  
que, ignorantes de todo,  
por cavar dos lagunas en sus ojos  
la ahogaron en dos mares.

Y recuerdo...

Nada más: muerta, alejarse.

SEGUNDO RECUERDO

...rumor de besos y batir de alas...  
G. A. BÉCQUER

TAMBIÉN antes,  
mucho antes de la rebelión de las sombras,  
de que al mundo cayeran plumas incendiadas  
y un pájaro pudiera ser muerto por un lirio.  
Antes, antes que tú me preguntaras  
el número y el sitio de mi cuerpo.  
Mucho antes del cuerpo.  
En la época del alma.  
Cuando tú abriste en la frente sin corona, del cielo,  
la primera dinastía del sueño.  
Cuando tú, al mirarme en la nada,  
inventaste la primera palabra.  
Entonces, nuestro encuentro.

TERCER RECUERDO

..detrás del abanico  
de plumas de oro...  
G. A. BÉCQUER

AÚN los vales del cielo no habían desposado al jazmín y  
la nieve,  
ni los aires pensado en la posible música de tus cabellos,  
ni decretado el rey que la violeta se enterrara en un libro.  
No.  
Era la era en que la golondrina viajaba  
sin nuestras iniciales en el pico.  
En que las campanillas y las enredaderas  
morían sin balcones que escalar y estrellas.  
La era  
en que al hombro de un ave no había flor que apoyara  
la cabeza.  
  
Entonces, detrás de tu abanico, nuestra luna primera.

# *Los ángeles tontos*

*Yo era un tonto y lo que visto me ha hecho dos tontos, 1929*



P E P E C A N O

Los ángeles tontos, 1998

## HAROLD LLOYD, ESTUDIANTE

(POEMA REPRESENTABLE)

¿TIENE usted el paraguas?  
Avez-vous le parapluie?

No, señor, no tengo el paraguas.  
Non, monsieur, je n'ai pas le parapluie.

Alicia, tengo el hipopótamo,  
l'hippopotame para ti.  
Avez-vous le parapluie?

Oui.  
Yes.  
Sí.

Que, cual, quien, cuyo.  
Si la lagarta es amiga mía,  
evidentemente el escarabajo es amigo tuyo.  
¿Fuiste tú la que tuvo la culpa de la lluvia?  
Tú no tuviste nunca la culpa de la lluvia.  
Alicia, Alicia, yo fui,  
yo que estudio por ti  
y por esta mosca inconsciente, ruiseñor de mis gafas en  
flor.

29, 28, 27, 26, 25, 24, 23, 22.  
 $2\pi r, \pi r^2$

y se convirtió en mulo Nabucodonosor,  
y tu alma y la mía, en un ave real del Paraíso.

Ya los peces no cantan en el Nilo,  
ni la luna se pone para las dalias del Ganges.

Alicia,  
¿por qué me amas con ese aire tan triste de cocodrilo  
y esa pena profunda de ecuación de segundo grado?

Le printemps pleut sur Les Anges.

La primavera llueve sobre Los Ángeles  
en esa triste hora en que la Policía  
ignora el suicidio de los triángulos isósceles  
más la melancolía de un logaritmo neperiano  
y el unibusquibusque facial.

En esa triste hora en que la luna viene a ser casi igual  
a la desgracia integral  
de este amor mío multiplicado por X  
y a las alas de la tarde que se dobla sobre una flor de  
acetileno  
o una golondrina de gas.

De este puro amor mío tan delicadamente idiota.  
Quousque tandem abutere Catilina patientia nostra?

Tan dulce y deliberadamente idiota,  
capaz de hacer llorar a la cuadratura del círculo  
y obligar a ese tonto de D. Nequaqua Schmit a subastar  
públicamente esas estrellas propiedad de los ríos  
y esos ojos azules que me abren los rascacielos.

¡Alicia, Alicia, amor mío!  
¡Alicia, Alicia, cabra mía!  
Sígueme por el aire en bicicleta,  
aunque la Policía no sepa astronomía,  
la Policía secreta.

Aunque la Policía ignore que un soneto  
consta de dos cuartetos  
y dos tercetos.

BUSTER KEATON BUSCAPOR EL BOSQUE A SU NOVIA,  
QUE ES UNA VERDADERA VACA

(POEMA REPRESENTABLE)

1, 2, 3 y 4.

En estas cuatro huellas no caben mis zapatos.

Si en estas cuatro huellas no caben mis zapatos,

¿de quién son estas cuatro huellas?

¿De un tiburón,

de un elefante recién nacido o de un pato?

¿De una pulga o de una codorniz?

(Pi, pi, pi.)

¡Georginaaaaaaaaa!

¿Dónde estás?

¡Que no te oigo, Georgina!

¿Qué pensarán de mí los bigotes de tu papá?

(Paapáááá.)

¡Georginaaaaaaaaa!

¿Estás o no estás?

Abeto, ¿dónde está?

Alisio, ¿dónde está?

Pinsapo, ¿dónde está?

¿Georgina pasó por aquí?

(Pi, pi, pi, pi.)

Ha pasado a la una comiendo yerbas.

Cucú,

el cuervo la iba engañando con una flor de reseda.

Cuacuá,

la lechuza, con una rata muerta.

¡Señores, perdonadme, pero me urge llorar!

(Guá, guá, guá.)



¡Georgina!  
 Ahora que te faltaba un solo cuerno  
 para doctorarte en la verdaderamente útil carrera de ciclista  
 y adquirir una gorra de cartero.

(Cri, cri, cri, cri.)

Hasta los grillos se apiadan de mí  
 y me acompaña en mi dolor la garrapata.  
 Compadécete del *smoking* que te busca y te llora entre los  
 aguaceros  
 y del sombrero hongo que tiernamente  
 te presiente de mata en mata.

¡Georginaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

(Maaaaaaa.)

¿Eres una dulce niña o eres una verdadera vaca?  
 Mi corazón siempre me dijo que eras una verdadera vaca.  
 Tu papá, que eras una dulce niña.  
 Mi corazón, que eras una verdadera vaca.  
 Una dulce niña.  
 Una verdadera vaca.  
 Una niña.  
 Una vaca.  
 ¿Una niña o una vaca?  
 O ¿una niña y una vaca?  
 Yo nunca supe nada.

Adiós, Georgina.

(¡Pum!)

# *Los ángeles crueles*

*Santa casilda, 1930*

*El trébol florido, 1936...- 1941*

*El adefesio, 1944*

*Noche de guerra en el museo del prado, 1955-1956*



CHEMA COBOS

*Los ángeles crueles, 1998*

# I

Conde Niño por amores  
es niño y pasó la mar...  
¡Quién le pudiese valer  
en su tan triste penar!

ROMANCE ANÓNIMO

## EL MILAGRO DEL PAN VUELTO FLORES <sup>1</sup>

*Época del misterio, siglo XI. La acción, en Toledo. Muro almenado del palacio del REY. A la derecha, oscura, la mazmorra.*

EL REY                   ¿Casilda, tú en la mazmorra?  
                              ¿Cómo tú entre los cristianos?

CASILDA                Padre, de estas piedras  
                              subían sus llantos  
                              hasta las almenas  
                              y los miradores.

EL REY                   Casilda, mírame fijo.  
                              ¿Cómo tú entre los cristianos?

CASILDA                Yo andaba cantando  
                              por las altas torres  
                              cuando el aire claro  
                              subió sus clamores.

EL REY                   Casilda, no tiembles, mírame.  
                              ¿Cómo tú entre los cristianos?

CASILDA                Por no oír sus ayes  
                              me bajé a mi cuarto  
                              corriendo del aire  
                              por los corredores.

EL REY                   Casilda, no llores, mírame.  
                              ¿Cómo tú entre los cristianos?

<sup>1</sup> Los subtítulos asignados a las escenas son de la presente antología.

- CASILDA  
Sus gritos herían  
todo tu palacio  
mientras yo corría  
llena de temblores.
- EL REY  
*(Desenvainándola.)*  
Casilda, mira esta espada.  
¿Cómo tú entre los cristianos?
- CASILDA  
Bajé al jardín, padre,  
triste y con desmayo,  
y me empujó el aire  
hacia sus dolores.
- EL REY  
¡Casilda, mientes, Casilda!  
¿Qué llevas ahí?
- CAUTIVO 1  
¡Señora!
- CAUTIVO 3  
¡Madre de los pecadores!
- EL CONDE  
¡Sálvala, Jesús!
- LA ESCLAVA  
¡Señor!
- CASILDA  
*(Abriendo el halda y descubriendo rosas y jazmines blancos.)*  
Flores, padre, llevo flores,  
padre mío, llevo flores.  
  
*(Asombrada.)*  
Rosas blancas y jazmines  
que en el vergel he cogido.
- EL CONDE  
*(A media voz.)*  
Rosas que los serafines  
han sembrado en tu vestido.
- CASILDA  
*(Derramándolas sobre los pies de su padre.)*  
Tenlas, son de tus jardines.  
  
*(Los tres CAUTIVOS, sorprendidos del milagro, temerosos, se arrodillan. CASILDA queda como en éxtasis. EL REY guarda la espada... EL REY y ALÍ salen por la puerta que da al jardín y entran en Palacio. En la mazmorra, los CAUTIVOS intentan besar el traje de CASILDA.)*

CASILDA *(Tomando y besando algunas de las flores esparcidas por el suelo.)*  
¡Oh pan de Dios vuelto flores!  
Mis dolores,  
mis dolores se han vuelto flores.  
Cuando mi sangre temblaba  
cerca ya de la agonía,  
¿quién en flores te volvía,  
quién en flores te trocaba,  
oh pan de Dios vuelto flores?  
¡Alegría,  
que mis dolores,  
que mis dolores se han vuelto flores!  
Rosas blancas y jazmines,  
pan antes, flores ahora,  
¿quién de ti no se enamora  
si ángeles y serafines  
han vuelto tu harina flores?  
¡Quién no llora,  
que mis dolores,  
que mis dolores se han vuelto flores!  
¡Oh flores angelicales,  
pan que quitas el sentido!  
¿Cómo si me has suspendido  
a los centros celestiales,  
no he de fundirme en tus flores?  
¡Quién me ha herido,  
que mis dolores,  
que mis dolores se han vuelto flores!  
Sólo de ti, pan, espero  
saber lo que no supiere.  
¿Cómo, si mi sangre quiere  
fluir de lo verdadero,  
no esperar que un pan dé flores?  
¡Quién no muere,  
que mis dolores,  
que mis dolores se han vuelto flores!

EL CONDE Casilda, reina escogida,  
dame a comer de ese pan  
que me volverá la vida.

*(CASILDA se levanta y da algunas flores a EL CONDE.)*

¡Oh alimento de los cielos,  
flores de Dios, maná puro,  
maná de los prisioneros!

(*Saboreándolas, mientras CASILDA reparte otras flores a los tres CAUTIVOS.*)

Saben a nubes, a lunas,  
arcángeles y a luceros,  
a Espíritu Santo, a vírgenes,  
a soles, a oros e inciensos.

(CASILDA *se sienta junto a EL CONDE.*)

Pronto el agua del bautismo  
correrá por tus cabellos,  
y la estrella de la gracia  
pondrá su ermita en tu pecho.  
Casilda, ya estás más cerca  
de Dios y de sus misterios,  
que de estos pobres morillos,  
que lo son porque no vieron.  
Casilda, tú has visto un ángel;  
el pan en flor se te ha vuelto.  
Dios te ha escogido, Casilda,  
para Infanta de su reino,  
no para mujer de un Conde  
que ya está del mundo lejos...

CASILDA

¿Qué dices, Conde? ¿Tú dudas  
de las palabras del cielo?  
Fue un ángel el que me dijo  
que fueras mi compañero.  
Yo sin ti no quiero nada,  
yo por ti todo lo entrego.  
Niño, el ángel manda: tú  
y yo le obedeceremos.

## II

Trebolé de la doncella  
cuando casarse desea,  
que es cogollo de azucena  
y flor del primer amor.  
Trebolé, ¡ay, Jesús, cómo huele!  
Trebolé, ¡ay, Jesús, qué olor!

LOPE DE VEGA

### AITANA Y ALCIÓN EN LA PLAYA

*Playa y mar. Cortando la raya azul de éste, palos con redes recogidas. Tras un pequeño malecón, casi en el centro, se asoma el barco de ALCIÓN, plegadas las lonas y colgado de banderas. Cielo cegador, rutilante, hiriente.*

- ALCIÓN            ¿Ves ese barco, Aitana?  
                      Tiene aún recogidas las velas.  
                      ¿Sabes qué representa ahí,  
                      anclado, lleno de banderines?
- AITANA            Alción, amor.
- ALCIÓN            Para algunos significa alegría,  
                      tranquilidad, respiro;  
                      pero para mí...
- AITANA            No me lo digas, niño.  
                      Cállate.
- ALCIÓN            ... la muerte.  
                      Y yo no quiero morirme, Aitana.  
                      Yo no quiero ir a juntarme  
                      tan pronto con los míos,  
                      ahí abajo...  
                      Me dará mucho miedo  
                      andar rondando solo,  
                      noche y día,  
                      con tanto mar sobre los hombros,  
                      lejos de ti, sin ti,  
                      buscando inútilmente,



AITANA un rotito en el agua  
para poder mirarte.  
Mucho temí a esta hora,  
a ese velero nuevo,  
todas esas banderas  
que le ha puesto tu madre  
para festejar tu marcha,  
nuestra separación.

ALCIÓN ... Pero ella no sabe que vientos enemigos  
puede encubrir de negro todos esos colores.  
Día de luto para mí...  
que sólo tú, mi Aitana,  
deberías cambiar.

AITANA Bien sabes tú que yo soy valiente,  
como hombre;  
que por ti vengo engañando a mi padre  
aprovechándome de su ceguera,  
de su odio a una boda que nunca  
consentirá mientras viva;  
que tan sólo por ti vengo  
burlando y desesperando a tu hermano,  
dándole largas a sus ansias,  
para que con el tiempo y el cansancio  
vaya entendiendo  
lo que todavía  
no puedo decirle.

ALCIÓN No lo entenderá nunca de ese modo.  
Martín anda ya aborrascado,  
lleno de intenciones.  
Y las que tiene las conozco,  
me las ha dicho.  
Se ha cuidado bien  
de que yo las sepa.  
Va a llevarte.

AITANA Mil veces escuché esa amenaza,  
que mi padre empieza a olfatear.  
Pero para calmarle un poco,  
el viejo, de acuerdo con tu madre,  
ha prometido fijar hoy una fecha,  
que es fácil que Martín  
tome por primera vez en serio.

- ALCIÓN            Mejor que yo, bien sabes tú  
que esa nueva burla  
desesperará más a mi hermano.  
Va a llevarte...  
pero ahora con certeza.  
Y que quieras o no,  
te verás obligada  
a dejar solo al viejo  
y a separarte de mí.
- AITANA            Ni lo uno ni lo otro, Alción.  
Juré a Martín que antes  
me arrastraría por las veredas.
- ALCIÓN            Pues él o yo te arrastraremos,  
Aitana.  
Acuérdate del pozo.  
Allí te aseguré que el viento marinero  
podría con el aire del molino.
- AITANA            Y no habrás olvidado, Alción,  
que yo te contesté que habría pelea.
- ALCIÓN.            Pues ya empezó, amor mío.  
Prepárate.  
Afila bien tus pitas y tus cardos.  
Asoma esas ortigas que guardas  
ya hazme rayas de sangre por el cuerpo,  
que yo me defenderé besándote.
- AITANA            No serán para ti mis desgarrones:  
guardo mis filos contra otro.
- ALCIÓN            ¿Pues cómo vas a pelear conmigo,  
Aitana,  
si después de esas púas  
ya no te quedan más que nardos  
y claveles?
- AITANA            (*Besándolo.*)  
Alción, hoy es tu cumpleaños.  
Cuando chicos, yo peleaba contra ti  
en el pinar con ramas de lentisco,

que tú me combatías con retama florida.  
Desde entonces,  
no he tenido otras armas para herirte.

ALCIÓN.

Si es así, mátame con flores,  
Aitana,  
y llévame en un barco  
que tengo escondido para ti  
en una cala  
que muy pocos conocen.  
Tú harás de timonel,  
mientras veré perderse  
el bosque de los tréboles  
y las aspas  
de tu viejo molino.  
Me llevarás muy lejos...

AITANA

Yo no conozco el mar  
ni más tierra que esta.

ALCIÓN

Te iré diciendo los caminos  
en medio de la espuma,  
hasta que entremos nuestra barca  
por un río grande, que yo sé,  
bordeado de torres y naranjas...

AITANA.

Yo nunca he visto un río  
sino sólo el arroyo medio seco  
que pasa por las viñas.

ALCIÓN

... Y luego, bajaremos  
hasta salir de nuevo al mar;  
y verás un estrecho de delfines,  
y después costas de claveles  
bajo palmas de dátiles...  
Y, doblando una punta de arena,  
salinas blancas  
junto a esteros azules...

AITANA

¡Alción, Alción!

ALCIÓN.

Nunca pude decirte hasta ahora  
cuánto te quería, Aitana.  
Siempre fue a medias  
y lleno de temores.

Acuérdate del pozo,  
del bosque de los tréboles...  
Tuve que disfrazarme aquella noche,  
ponerme máscara de fiera  
para atreverme.

*Noche de trébol y luna,  
noche de trébol florido.  
Busca el jabalí perdido  
el trébol de la fortuna  
y hasta el colmillo le duele  
de tanto amor sin amor...*

AITANA

Y yo entonces no sabía  
de qué lado me quemaba la sangre:  
si del tuyo o el de tu hermano.

*Las hojas se me consumen  
en un fuego y otro fuego.  
Sopla, viento, a la derecha;  
a la izquierda, viento.  
Apaga, viento, este hervor...*

Tuve que revestirme de árbol  
para decírtelo.

ALCIÓN.

Pero ahora sí ya sabes  
de qué lado se te queman  
las hojas.

AITANA

¿No las sientes hervir?  
Me bullonea la sangre como el mar.  
Pero quisiera  
que este mismo hervor  
achicharrara una pena muy honda,  
que, de pronto,  
me aleja de tu barco.

ALCIÓN

Yo también voy a dejar a mi madre...  
a quien por ti vengo engañando,  
dándole confianza  
de que dentro de mí  
sólo había sitio para ella...  
Pero tú ocupas todo,  
tú estás de pie en mi vida,  
mandando  
como un patrón en la tormenta.

- AITANA            Te quiero, Alción,  
te quiero, como sólo la tierra  
puede querer lo que no tiene.  
Ya me siento de espuma,  
de sal fresca a tu lado.  
Llévame como un ramo  
de olivo de la isla.
- ALCIÓN            Cumpliré años en el mar,  
ya oscurecido,  
con las primeras estrellas,  
cuando el velero nuevo  
se alumbre de bengalas,  
y a Martín, sobre todo,  
se le ensanche el pulmón  
esperando mirar  
cómo voy alejándome  
de ti...  
¿Tienes miedo, mi Aitana?
- AITANA            Soy varona de tierra,  
acostumbrada desde niña  
a bregar con el viento de un molino.
- ALCIÓN            Nos perderemos en medio de la fiesta,  
cuando todos griten y canten  
y el vino corra hasta la orilla.
- AITANA            Alción, demonio.
- ALCIÓN            No será al infierno adonde te lleve.
- AITANA            ¿Para qué más candela a la candela?
- ALCIÓN            Por fin el trébol va a ser mío.
- AITANA            (*Ofreciéndole los labios.*)  
Aquí lo tienes.  
Llévalo.  
(*Se va ALCIÓN.*)
- AITANA            (*Andando, lenta, hacia el velero.*)  
*De molinera, mi amor,  
de molinera,*

*de harina de trigo en flor  
a marinera.*

*Muele, molino harinero,  
sin dolor,  
que te lleva un pescador,  
un marinero,  
mi amor.*

*Tendiéndose en las piedras del malecón, se queda  
como ausente, mirando al mar...*

# III

...crece en infinito  
encerrado amor...

MIGUEL DE CERVANTES

## LA CANCIÓN DE ALTEA

QUERIDO, querido:  
yo sin ti, ni tú conmigo.

Cuando ya todas las torres  
me anunciaban tu camino,  
amor querido,  
yo sin ti, ni tú conmigo.

Cuando en mi pecho ya eras  
vara de sueño florido,  
amor querido,  
yo sin ti, ni tú conmigo.

¿Qué esperar para mis ojos,  
para mis labios vacíos,  
amor querido,  
si yo sin ti, ni tú conmigo?

¡Lecho de mi corazón,  
alcoba de mi delirio,  
amor querido,  
sin ti, sin mí, ni contigo!

Mi sombra será una torre,  
la tuya será un olivo,  
amor querido,  
yo contigo y tú conmigo.

# IV

...Adonis éste se mostraba que era,  
según se muestra Venus dolorida,  
que viendo la herida abierta y fiera,  
estaba sobre él casi amortecida.

GARCILASO DE LA VEGA

## VENUS Y ADONIS

*Sala grande, central, del Museo del Prado... Es una noche de guerra de Madrid durante los días más graves de noviembre de 1936... Se oye un cañoneo lejano... Volcados en el suelo, medios desnudos, están VENUS y ADONIS.*

VENUS           *(Como despertando, ausente de lo que la rodea.)*  
Los dioses tienen miedo.  
¡Adonis, mi Adonis!  
¿Dónde estás?

ADONIS           *(Inclinándose sobre ella.)*  
Mi amor más claro que las fuentes,  
más lozano y sabroso  
que la manzana recién cogida al alba,  
más delicado y fresco que la rosa...

VENUS           ¡Adonis, mi Adonis!  
¿En dónde nos hallamos?  
¿Estás herido?  
Tengo miedo, mi amor.

ADONIS           ¡Oh, Venus,  
niña blanca de la espuma!  
No tiembles. Levántate.  
Y huyamos a lo más hondo del bosque.  
Se me han ido los perros.  
Han roto las traíllas.  
He perdido las flechas.  
Estamos indefensos.  
La ira roja de Marte nos persigue.



Oye el estruendo de sus armas.  
Va a matarnos.

VENUS

Nada podrán contra nosotros  
sus rayos ni sus truenos,  
Adonis.  
Las armas del amor  
son más potentes que las tuyas.  
Tú y yo somos la paz,  
el ramo del olivo,  
el arrullo de las palomas,  
el florecer de los jardines  
en cada primavera.  
Llévame pronto de este sitio...

ADONIS

*(La levanta y estrecha en un abrazo. )*  
¡Venus! ¡Venus!

VENUS

¡Adonis! ¡Mi Adonis!  
*Permanecen abrazados. El rayo opaco de luz se cambia por el de un sol radiante.*

¡Oh! ¡Mira! Ha vuelto el sol para nosotros.  
Para que yo te vea en toda tu hermosura,  
mi Adonis.

*Se contemplan mutuamente.*

ADONIS

Para que yo de nuevo  
me recree en tu gracia,  
Venus.  
De mirtos verdes es tu caballera...

VENUS

De molidas espigas,  
ya secas por el sol,  
tus cabellos...

ADONIS

Tu piel de rosas blancas  
cosidas a tu carne  
por el hilo de miel de las abejas...

VENUS

De anémonas la tuya,  
sembradas a lo largo de tu cuerpo  
por las manos del aire...

ADONIS Dos olas de claveles levantados, tus pechos...

VENUS Fuerte tu brazo para la caza,  
pero más poderoso todavía  
para hacerme doblar  
sobre las mentas y los tréboles  
de los arroyos escondidos...  
Las hayas y los robles más hermosos  
pondrán cortina a nuestro amor...  
Vamos, mi Adonis.

ADONIS *(Ciñéndola por la cintura e iniciando la marcha.)*  
¡Oh Venus! ¡Venus!  
*Se oyen unos gruñidos largos y estridentes. Atónitos, VENUS y ADONIS se detienen. Del fondo del salón, avanza, solapada, una figura de hombre cubierta por una piel y máscara de jabalí.*  
¡Los perros! ¡Los perros!  
¡Y mis flechas!  
¿A dónde están mis flechas?  
¡Oh fiera de los montes,  
vienes a mí cuando estoy desarmado!

VENUS *(Gritando, desgarrada.)*  
¡Adonis! ¡Adonis!  
  
*El jabalí se abalanza, rápido, contra ADONIS, quien apenas tiene tiempo para estrujarlo entre sus brazos.*  
¡Ira y celos de Marte!  
¡Despecho cruel de un triste dios  
enceguecido!  
¡Miserable venganza  
que me hunde en la más negra  
de las noches!  
¡Adonis! ¡Mi Adonis!

*De una colmillada, ha caído ADONIS herido mortalmente. Con el retumbo de un gran trueno, comienza a oscurecerse la luz.*

VENUS *(Llorando abrazada al cuerpo de ADONIS.)*

Ha muerto la juventud del mundo,  
el aroma de los jardines,  
la primavera de los campos.  
¡La guerra!  
Ahora vendrá la guerra.

¡La sangre!  
¡La muerte!  
Nada más.  
¡Adonis! ¡Mi Adonis!

*La luz ha disminuido totalmente, quedando la escena en una tiniebla profunda.*

# *El ángel nostálgico*

- Entre el clavel y la espada, 1939-1940*  
*Pleamar, 1942-1944*  
*A la pintura, 1945-1947*  
*Los 8 nombres de Picasso, 1966-1970*  
*Retornos de lo vivo lejano, 1948-1956*  
*Abierto a todas horas, 1960-1963*  
*Canciones del alto valle del Aniene, 1967-1971*  
*Versos sueltos de cada día, 1979-1982*  
*Los hijos del drago y otros poemas (1986)*  
*Baladas y canciones del Paraná, 1953-1954*  
*El matador, 1961-1965*



ANTONIO ROJAS

*El ángel nostálgico, 1998*

# I

Todo vuelve otra vez vivo a la mente,  
irreparable ya con el andar del tiempo,  
y su recuerdo ahora me traspasa  
el pecho tal puñal fino y seguro.

LUIS CERNUDA

## LA PALOMA

SE equivocó la paloma.  
Se equivocaba.

Por ir al Norte, fue al Sur.  
Creyó que el trigo era agua.  
Se equivocaba.

Creyó que el mar era el cielo;  
que la noche, la mañana.  
Se equivocaba.

Que las estrellas, rocío,  
que la calor, la nevada.  
Se equivocaba.

Que tu falda era tu blusa;  
que tu corazón, su casa.  
Se equivocaba.

(Ella se durmió en la orilla.  
Tú en la cumbre de una rama.)

## II

Sólo el amor engendra melodías.

JOSÉ MARTÍ

BACH

ARIA

*Para Ana Magdalena*

Se arrancaron las plumas  
los ángeles. Tañendo  
los laúdes celestes,  
tranquilos, se durmieron.  
Desvelado en la noche,  
se te abrieron los cielos.  
Plumas blancas y nubes  
sonaban en tus dedos.  
Se quedaron sin hora  
los aires, los silencios.  
Para Ana Magdalena  
fue el Aria de tu sueño.

*Quando estás a mi lado,  
¡con qué alegría iría  
a la muerte, al descanso!  
¡Oh, qué suave, qué dulce  
mi final, de ese modo!  
Tus adoradas manos  
cerrarían mis fieles,  
enamorados ojos.<sup>1</sup>*

Revolaron las plumas.  
Esparcidas, llovieron

<sup>1</sup> Palabras de Bach (Nota de R. Alberti)

sus cuerdas los laúdes  
subidos por el viento.  
Desgajada la luna,  
bajaron los luceros.  
Albas ráfagas iban  
por los nevados cielos.  
Sacudidas las luces,  
despertaste en tu lecho.  
Y fue Ana Magdalena  
la mano de tu sueño.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Los doce versos finales fueron añadidos por Rafael en el manuscrito conservado. Al parecer, han permanecido inéditos.



# III

...plástica enamorada del deseo...

RAFAEL ALBERTI

## TIZIANO

FUE Dánae, fue Calixto, fue Diana,  
fue Adonis y fue Baco, fue Cupido;  
la cortesana azul mar veneciana,  
el ceñidor de Venus desceñido,  
la bucólica plástica suprema.  
Fue a toda luz, a toda voz el tema.

¡Oh juventud! Tu nombre es el Tiziano.  
Tu música, su fuente calurosa.  
Tu belleza, el concierto de su mano.  
Tu gracia, su sonrisa numerosa.  
Lúdica edad, preámbulo sonoro,  
divina y fiel desproporción de oro.

El alto vientre esférico, el agudo  
pezón saltante, errático en la orgía,  
las más secretas sombras al desnudo.  
Bacanal del color: su mediodía.  
Colorean los ríos los Amores,  
surtiendo en arco de sus ingles flores.

No ignoran las alcobas ni el brocado  
del cortinón que irisa el escarlata  
cuánto acrecienta un cuerpo enamorado  
sobre movidas sábanas de plata.  
Nunca doró pincel en primavera  
mejor cintura ni mayor cadera.

Todo se dora. El siena que en lo umbrío  
cuece la selva en una luz tostada  
dora el ardor del sátiro cabrío

tras de la esquivia sáfica dorada;  
y un rubio viento, umbrales y dinteles,  
basamentos, columnas, capiteles.

La vid que el alma de Dionisos dora,  
del albo rostro de Jesús exuda,  
y la Madre de Dios, Nuestra Señora,  
de Afrodita de oro se desnuda.  
Vuelca el amor profano su áureo vino  
en los manteles del Amor divino.

¡Amor! Eros infante que dispara  
la más taladradora calentura;  
venablo luminoso, flecha clara,  
directa al corazón de la Pintura.  
¿Cuándo otra edad vio plenitud más bella,  
altor de luna, miramar de estrella?

Pintor del Piave di Carore, eterno,  
dichoso juvenil, vergel florido,  
resplandeciente río sin invierno,  
en el monte de Venus escondido.  
Sean allí a tus prósperos verdores  
Priapo el pincel, Adonis los colores.

## VERONÉS

(Alegoría de la Primavera.)

SI los ríos, Amor, Gracia fuerte, anchurosa,  
de dilatadas ansias y caderas;  
si los ríos, los jóvenes, más anhelados ríos  
se alzarán, se doblarán,  
un amanecer largo, y sólo fueran hombros,  
pechos altos, abiertos y muslos extendidos...  
Si pudiera tocarlos,  
Amor, Gracia opulenta,  
resbalarlos, dormidas las manos por su espalda...  
¡Oh, navegar, nadar, perderse ahora,  
Amor, redonda Gracia, por esa piel que ondea,  
trasluciendo el impulso de la sangre,  
por su torso en declive,

por sus brazos sin fin  
 en la ardiente mañana poderosa!  
 Los aires y las flores, como Amores desnudos,  
 encendidos, veloces por la orilla;  
 los ropajes, rizados, temblorosos,  
 colgados de las ramas,  
 y las sobredoradas palomas de los arcos,  
 hacia las balaustradas donde el cielo  
 vuelca palmas de luz entre murmullos  
 de ángeles anidados en las nubes.  
 ¡Ven tú, Amor, ancho Amor, ansioso río!  
 ¡Ven tú, dura, infinita,  
 clara columna, Gracia corpulenta,  
 ven a jugar conmigo,  
 ven ya a gritar, luchar, morir conmigo,  
 en la despeinadora,  
 naciente y plena luna saludable!

### MUJER EN CAMISA

TE amo así, sentada,  
 con los senos cortados y clavados al filo,  
 como por transparencia,  
 del espaldar de la butaca rosa,  
 con media cara en ángulo,  
 el cabello entubado de colores,  
 la camisa caída  
 bajo el atornillado botón saliente del ombligo,  
 y las piernas,  
 y las piernas confundidas con las patas  
 que sostienen tu cuerpo  
 en apariencia dislocado,  
 adherido al Journal que espera la lectura.  
 Divinamente ancha, precisa, aunque dispersa,  
 la belleza real  
 que uno quisiera componer cada noche.

# IV

Muy graciosa es la doncella,  
¡cómo es bella y hermosa!  
Digas tú, el marinero  
que en las naves vivías,  
si la nave o la vela  
o la estrella es tan bella.

GIL VICENTE

## RETORNOS DEL AMOR RECIÉN APARECIDO

CUANDO tú apareciste,  
penaba yo en la entraña más profunda  
de una cueva sin aire y sin salida.  
Braceaba en lo oscuro, agonizando,  
oyendo un estertor que aleteaba  
como el latir de un ave imperceptible.  
Sobre mí derramaste tus cabellos  
y ascendí al sol y vi que eran la aurora  
cubriendo un alto mar en primavera.  
Fue como si llegara al más hermoso  
puerto del mediodía. Se anegaban  
en ti los más lucidos paisajes:  
claros, agudos montes coronados  
de nieve rosa, fuentes escondidas  
en el rizado umbroso de los bosques.

Yo aprendí a descansar sobre tus hombros  
y a descender por ríos y laderas,  
a entrelazarme en las tendidas ramas  
y a hacer del sueño mi más dulce muerte.  
Arcos me abriste y mis floridos años  
recién subidos a la luz, yacieron  
bajo el amor de tu apretada sombra,  
sacando el corazón al viento libre  
y ajustándolo al verde son del tuyo.  
Ya iba a dormir, ya a despertar sabiendo  
que no penaba en una cueva oscura,  
braceando sin aire y sin salida.  
Porque habías al fin aparecido.

## RETORNOS DEL AMOR EN LOS BALCONES

HA llegado ese tiempo en que los años,  
 las horas, los minutos, los segundos vividos  
 se perfilan de ti, se llenan de nosotros,  
 y se hace urgente, se hace necesario,  
 para no verlos irse con la muerte,  
 fijar en ellos nuestras más dichosas,  
 sucesivas imágenes.

¿Dónde estás hoy, en dónde te contemplo,  
 en qué roca, en qué mar, bajo qué bosque,  
 o en qué penumbra de estivales sábanas  
 o en qué calientes, nórdicas alcobas?

Ha pasado la siesta dulce de los azules  
 que la ancha isla nos tendió en el sueño.  
 Venus casi dormida aún, te asomas  
 al íntimo refugio de los barcos  
 y toda tú ya cantas como un puerto  
 amoroso de velas y de mástiles.

Tus cabellos tendidos vuelan de los balcones  
 a enredarse en la trama delgada de las redes,  
 a poner banderines en los palos más altos  
 y un concierto de amor en los marinos aires.

Luego, cuando al poniente retornan silenciosos,  
 blancos de sales y alas de gaviotas,  
 pongo en tu corazón desnudo mis oídos  
 y escucho el mar y aspiro el mar que fluye  
 de ti y me embarco hacia la abierta noche.

## RETORNOS DEL AMOR TAL COMO ERA

ERAS en aquel tiempo rubia y grande,  
 sólida espuma ardiente y levantada.  
 Parecías un cuerpo desprendido  
 de los centros del sol, abandonado  
 por un golpe de mar en las arenas.

Todo era fuego en aquel tiempo. Ardía

la playa en tu contorno. A rutilantes  
vidrios de luz quedaban reducidos  
las algas, los moluscos y las piedras  
que el oleaje contra ti mandaba.

Todo era fuego, exhalación, latido  
de onda caliente en ti. Si era una mano  
la atrevida o los labios, ciegas ascuas,  
voladoras, silbaban por el aire.  
Tiempo abrasado, sueño consumido.

Yo me volqué en tu espuma en aquel tiempo.

## RETORNOS DEL AMOR EN UNA AZOTEA

POBLADO estoy de muchas azoteas.  
Sobre la mar se tienden las más blancas,  
dispuestas a zarpar al sol, llevando  
como velas las sábanas tendidas.  
Otras dan a los campos, pero hay una  
que sólo da al amor, cara a los montes.  
Y es la que siempre vuelve.

Allí el amor peinaba sus geranios,  
conducía las rosas y jazmines  
por las barandas y en la ardiente noche  
se deshacía en una fresca lluvia.

Lejos, las cumbres, soportando el peso  
de las grandes estrellas, lo velaban.  
¿Cuándo el amor vivió más venturoso  
ni cuándo entre las flores  
recién regadas fuera  
con más alma en la sangre poseído?

Subía el silbo de los trenes. Tiemblos  
de farolillos de verbena y músicas  
de los kioscos y encendidos árboles  
remontaban y súbitos diluvios  
de cometas veloces que vertían  
en sus ojos fugaces resplandores.

Fue la más bella edad del corazón. Retorna hoy tan distante en que la estoy soñando sobre este viejo tronco, en un camino que no me lleva ya a ninguna parte.

## RETORNOS DEL AMOR ANTE LAS ANTIGUAS DEIDADES

SOÑARTE, amor, soñarte como entonces, ante aquellas Dianas desceñidas, aquellas diosas de robustos pechos y el viento impune entre las libres piernas.

Tú eras lo mismo, amor. Todas las Gracias, igual que tres veranos encendidos, el levantado hervor de las bacantes, la carrera bullente de las ninfas, esa maciza flor de la belleza redonda y clara, poderosamente en ti se abría, en ti también se alzaba.

Soñarte como entonces, sí, soñarte ante aquellas fundidas alamedas, jardín de Amor en donde la ancha Venus, muslos dorados, vientre pensativo, se baña en el concierto de la tarde.

Soñarte, amor, soñarte, oh sí, soñarte la idéntica de entonces, la surgida del mar y aquellos bosques, reviviendo en ti el amor henchido, sano y fuerte de las antiguas diosas terrenales.

## RETORNOS DEL AMOR EN LAS DUNAS RADIANTES

¡Oh, vuelve, sí, retorna la de aquellas mañanas radiantes de los médanos, la desnuda y caliente de las solas arenas, como un ancho oleaje de espuma revolcada, de enfurecido sol siempre agitado!

¡ Oh, sí, vuelve, retorna como entonces, tendida,  
con tus rubios cabellos de ángel entre los pechos,  
con tus dulces declives resbalando  
hacia las más rizadas penumbras sumergidas!

¡Oh, ser joven, ser joven, ser joven! No te vayas,  
vuelve, vuelve, retorna, retorna a mí esta tarde,  
en estas solitarias dunas donde las olas  
rompen con los perfiles de tus hondos costados,  
donde el batido mar tiende piernas azules,  
mece labios que cantan  
y brazos ya nocturnos que me ciñen y llevan.

## RETORNOS DEL AMOR EN LOS BOSQUES NOCTURNOS

¡SON los bosques, los bosques que regresan! Aquellos  
donde el amor, volcado, se pinchaba en las zarzas  
y era como un arroyo feliz, encandecido  
de pequeñas estrellas de dulcísima sangre.

Los bosques de la noche, con el amor callado,  
sintiendo solamente el latir de las hojas,  
el profundo compás de los pechos hundidos  
y el temblor de la tierra y el cielo en las espaldas.

¡Qué consuelo sin nombre no perder la memoria,  
tener lleno los ojos de los tiempos pasados,  
de las noches aquellas en que el amor ardía  
como el único dios que habitaba los bosques!

## RETORNOS DEL AMOR EN UNA NOCHE DE VERANO

A TIENTAS el amor, a ciegas en lo oscuro,  
tal vez entre las ramas, madura, alguna estrella,  
vuelvo a sentirlo, vuelvo,  
mojado de la escarcha caliente de la noche,  
contra el hoyo de mentas tronchadas y tomillos.  
Es él, único, solo, lo mismo que mi mano,



la piel desparramada de mi cuerpo, la sombra  
de mi recién salido corazón, los umbrosos  
centros más subterráneos de mi ser lo querían.

Vuelve único, vuelve  
como forma tocada nada más, como llena  
palpitación tendida cubierta de cabellos,  
como sangre enredada en mi sangre, un latido  
dentro de otro latido solamente.

Mas las palabras, ¿dónde?  
Las palabras no llegan. No tuvieron espacio  
en aquel agostado nocturno, no tuvieron  
ese mínimo aire que media entre dos bocas  
antes de reducirse a un clavel silencioso.

Pero un aroma oculto se desliza, resbala,  
me quema un desvelado olor a oscura orilla.  
Alguien está prendiendo por la yerba un murmullo.  
Es que siempre en la noche del amor pasa un río.

## RETORNOS DEL AMOR EN LOS VIVIDOS PAISAJES

CREEMOS, amor mío, que aquellos paisajes  
se quedaron dormidos o muertos con nosotros  
en la edad, en el día en que los habitamos;  
que los árboles pierden la memoria  
y las noches se van, dando al olvido  
lo que las hizo hermosas y tal vez inmortales.

Pero basta el más leve palpitar de una hoja,  
una estrella borrada que respira de pronto  
para vernos los mismos alegres que llenamos  
los lugares que juntos nos tuvieron.  
Y así despiertas hoy, mi amor, a mi costado,  
entre los groselleros y las fresas ocultas  
al amparo del firme corazón de los bosques.  
Allí está la caricia mojada de rocío,  
las briznas delicadas que refrescan tu lecho,  
los silfos encantados de ornar tu cabellera  
y las altas ardillas misteriosas que llueven  
sobre tu sueño el verde menudo de las ramas.

Sé feliz, hoja, siempre: nunca tengas otoño,  
hoja que me has traído  
con tu temblor pequeño  
el aroma de tanta ciega edad luminosa.  
Y tú, mínima estrella perdida que me abres  
las íntimas ventanas de mis noches más jóvenes,  
nunca cierres tu lumbre  
sobre tantas alcobas que al alba nos durmieron  
y aquella biblioteca con la luna  
y los libros aquellos dulcemente caídos  
y los montes afuera desvelados cantándonos.

## RETORNOS DEL AMOR FUGITIVO EN LOS MONTES

ERA como una isla de Teócrito. Era  
la edad de oro de las olas. Iba  
a alzarse Venus de la espuma. Era  
la edad de oro de los campos. Iba  
Pan nuevamente a repetir su flauta  
y Príapo a verterse en los jardines.  
Todo era entonces. Todo entonces iba.

Iba el amor a ser dichoso. Era  
la juventud con cinco toros dentro.  
Iba el ardor a arder en los racimos.  
Era la sangre un borbotón de llamas.  
Era la paz para el amor. Venía  
la edad de oro del amor. Ya era.

Pero en la isla aparecieron barcos  
y hombres armados en las playas. Venus  
no fue alumbrada por la espuma. El aire  
en la flauta de Pan se escondió, mudo.  
Secas, las flores sin su dios murieron  
y el amor, perseguido, huyó a los montes.

Allí labró su cueva, como errante  
hijo arrojado de una mar oscura,  
entre el mortal y repetido estruendo  
que la asustada Eco devolvía.

Agujas rotas de los parasoles  
 pinos le urdieron al amor su lecho.  
 Fieras retamas, mustias madre selvas,  
 rudos hinojos y áridos tomillos  
 lo enguirnaldaron en la ciega noche.  
 Y aunque, lengua de fuego, el aire aullara  
 alrededor, la tierra, oh, sí, la tierra  
 no le fue dura, sin embargo, al sueño  
 del fugitivo amor entre los montes.

La edad de oro del amor venía,  
 pero en la isla aparecieron barcos...

## RETORNOS DEL AMOR EN LA NOCHE TRISTE

VEN, amor mío, ven, en esta noche  
 sola y triste de Italia. Son tus hombros  
 fuertes y bellos los que necesito.  
 Son tus preciosos brazos, la largura  
 maciza de tus muslos y ese arranque  
 de pierna, esa compacta  
 línea que te rodea y te suspende,  
 dichoso mar, abierta playa mía.  
 ¿Cómo decirte, amor, en esta noche  
 solitaria de Génova, escuchando  
 el corazón azul del oleaje,  
 que eres tú la que vienes por la espuma?  
 Bésame, amor, en esta noche triste.  
 Te diré las palabras que mis labios,  
 de tanto amor, mi amor, no se atrevieron.  
 Amor mío, amor mío, es tu cabeza  
 de oro tendido junto a mí, su ardiente  
 bosque largo de otoño quien me escucha.  
 Óyeme, que te llamo. Vida mía,  
 sí, vida mía, vida mía sola.  
 ¿De quién más, de quién más si solamente  
 puedo ser yo quien cante a tus oídos:  
 vida, vida, mi vida, vida mía?  
 ¿Qué soy sin ti, mi amor? Dime qué fuera  
 sin ese fuerte y dulce muro blando

que me da luz cuando me da la sombra;  
sueño, cuando se escapa de mis ojos.  
Yo no puedo dormir. ¡Cuántas auroras,  
oscuras, braceando en las tinieblas,  
sin encontrarme, amor! ¡Cuántos amargos  
golpes de sal, sin ti, contra mi boca!  
¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Dime, amor mío.  
¿Me escuchas? ¿No me sientes  
llegar como una lágrima llamándote,  
por encima del mar, en esta noche?

## RETORNOS DEL AMOR EN MEDIO DEL MAR

ESPLENDOR mío, amor,  
inicial de mi vida,  
quiero decirte toda tu belleza,  
aquí, en medio del mar, cuando voy en tu busca,  
cuando tan sólo puedo compararte  
con la hermosura tibia de las olas.  
Es tu cabeza un manantial de oro,  
una lluvia de espuma dorada que me enciende  
y lleva a navegar al fondo de la noche.  
Es tu frente la aurora con dos arcos  
por los que pasan dulces esos soles  
con que sueñan al alba los navíos.  
¿Qué decir de tu boca y tus orejas,  
de tu cuello y tus hombros si el mar esconde conchas,  
corales y jardines sumergidos  
que quisieran al soplo  
de las alas del sur ser como ellos?  
Son tus costados como dos lejanas  
bahías en reposo  
donde al son de tus brazos sólo canta  
el silencio de amor que las rodea.  
Triste es hablar, cuando se está distante,  
de los golfos de sombra, de las islas  
que llaman al marino que los siente  
pasar, sin verlos, fuera de su ruta.  
Amor mío, tus piernas son dos playas,  
dos médanos tendidos que se elevan  
con un rumor de juncos si no duermen.  
Dama tus pies pequeños para andarte,

para sentirte todas tus riberas.  
 Voy por el mar, voy sobre ti, mi vida,  
 sobre tu amor, hacia tu amor, cantando  
 tu belleza más bella que las olas.

## RETORNOS DEL ÁNGEL DE SOMBRA

A VECES, amor mío, soy tu ángel de sombra.  
 Me levanto de no sé qué guaridas,  
 fulmíneo, entre los dientes  
 una espada de filos amargos, una triste  
 espada que tú bien, mi pobre amor, conoces.  
 Son los días oscuros de la furia, las horas  
 del despiadado despertar, queriéndote  
 en medio de las lágrimas subidas  
 del más injusto y dulce desconsuelo.  
 Yo sé, mi amor, de dónde esas tinieblas  
 vienen a mí, ciñéndote, apretándome  
 hasta hacerlas caer sobre tus hombros  
 y doblarlos, deshechos como un río.  
 ¿Qué quieres tú, si a veces, amor mío, así soy,  
 cuando en las imborrables piedras pasadas, ciego,  
 me destrozo y batallo por romperlas,  
 por verte libre y sola en la luz mía?  
 Vencido siempre, aniquilado siempre,  
 vuelvo a la calma, amor, a la serena  
 felicidad, hasta ese oscuro instante  
 en que de nuevo bajo a mis guaridas  
 para erguirme otra vez tu ángel de sombra.

## RETORNOS DEL AMOR EN LAS ARENAS

ESTA mañana, amor, tenemos veinte años.  
 Van voluntariamente lentas, entrelazándose  
 nuestras sombras descalzas camino de los huertos  
 que enfrentan los azules del mar con sus verdores.  
 Tú todavía eres casi la aparecida,  
 la llegada una tarde sin luz entre dos luces,  
 cuando el joven sin rumbo de la ciudad prolonga,

pensativo, a sabiendas el regreso a su casa.  
Tú todavía eres aquella que a mi lado  
vas buscando el declive secreto de las dunas,  
la ladera recóndita de la arena, el oculto  
cañaveral que pone  
cortinas a los ojos marineros del viento.  
Allí estás, allí estoy contra ti, comprobando  
la alta temperatura de las olas felices,  
el corazón del mar ciegamente ascendido,  
muriéndose en pedazos de dulce sal y espumas.  
Todo nos mira alegre, después, por las orillas.  
Los castillos caídos sus almenas levantan,  
las algas nos ofrecen coronas y las velas,  
tendido el vuelo, quieren cantar sobre las torres.

Esta mañana, amor, tenemos veinte años.

## RETORNOS DEL AMOR ENTRE LAS RUINAS ILUSTRES

VUELVEN las piedras calcinadas, vuelven  
en derribados templos, en caídos  
lupanares, en patios verdes donde  
la sonrisa de Príapo calienta  
todavía el recuerdo de las fuentes.

Vamos, amor, por calles que se fueron,  
por claras geometrías que llevaban  
al misterioso amor, a los placeres  
vedados, pero dulces en la noche.

Esta es la casa de la diosa. Aspira  
por los azules ámbitos su aroma  
a espuma marinera, a los jazmines  
y claveles salados de su cuerpo.

El símbolo viril jovial reposa,  
en todo su verdor puro, tendido  
sobre el plato feliz de la balanza  
que le ofrece el Amor. Su peso excede  
al de todos los frutos de la tierra.  
(Afrodita en penumbra se sonríe,  
sintiendo el mar batirle entre los muslos.)

¡Oh claridad antigua, oh luz lejana,  
 desnuda luz, amor, cúbrenos siempre!  
 Mas cuando ya ruinas, piedras solas  
 lleguemos, amor mío, a ser un día,  
 seamos como estas que al sol cantan  
 y que al amor conducen por calles que se fueron.

## RETORNOS DEL AMOR CON LA LUNA

TÚ eras la luna con la luna. Remontabas  
 del fatigado lecho, tan grande y reluciente,  
 que las dormidas sábanas oscuras se creían  
 ser las alumbradoras de un sol desconocido.

Profunda, era la alcoba como un aljibe inmóvil  
 que subiera encantado de un agua iluminada.  
 Nadaban sumergidas en dulce luz las ondas  
 que tus brazos hacían morir contra los muros.

Cuando al fin ascendías a los altos cristales  
 que la luna remota ya con sueño miraba,  
 tú, luna con la luna, rebosando, caías  
 nuevamente apagada en tu lecho tranquilo.

Otras cosas la luna me trajo en esta noche,  
 al subir, solitaria, sobre los mudos árboles.

## RETORNOS DEL AMOR EN LAS CUMBRES DEL VIENTO

VIENES ahora, amor, precedida del viento  
 que las rubias llanuras de pan recién florido  
 en las templadas horas  
 de aquel nuestro inicial estío levantaron  
 para hacerte más alta y encendida en las piedras.

Cimbrabas en el fino cauce del monumento  
 de similares arcos que las manos romanas  
 tendieron por encima de los templos y torres  
 de la ciudad, pensando tal vez en que algún día

lo coronarás tú con los pequeños pasos  
de tu ardiente blancura.

Recibirás, en medio de aquel pétreo zumbido  
de osamenta sonora clavada en los espacios,  
la cara de la luz que en los pelados montes  
se empinaba, los pueblos de pálidos ladrillos,  
los senderos quemados, la dormida grandeza,  
en fin, de un paisaje atónito de verte  
como la aparecida de las  
cumbres del viento.

¡Ah, poder, amor mío, de pronto, contemplarte  
de nuevo, como entonces,  
a aquella misma altura de sol, dando a las horas  
de nuestro inaugural verano la armonía,  
toda esa clara música encendida que fuiste  
sobre aquel fino cauce de las antiguas piedras!

¡Y poder nuevamente, ya entrados en la noche,  
descender y en la dulce oscuridad tendidos  
alzar de tiempo en tiempo la cabeza, mirando  
por los vacíos arcos tranquilas las estrellas!

## RETORNOS DEL AMOR ADONDE NUNCA ESTUVO

SI tú, mi amor, subieras a esta torre,  
se te entraría con la luz y el viento  
toda la verde música que mueven  
los campos ascendidos a jardines.

Tus pies serían de maíz y avenas,  
de entrelazadas fuentes y rosales;  
tus piernas, de bambúes; de amarillos  
albérchigos tus muslos, y tus ingles,  
de ciruelas lloradas  
por ceñir tu cintura.

De álamos blancos y eucaliptos grises,  
ligados a los hombros, tus dos pechos,  
como dos altos soles, asomando  
al mirador movido de las ramas.



¿De qué, mi amor, sería tu cabeza  
sino de cielo orlado por los bosques  
de todas las estrellas, descendidos  
al rubio resonar de tus cabellos?

Sube, mi amor, retorna adonde nunca  
estuviste, que quiero en esta noche,  
contigo, oír la música que mueven  
los campos ascendidos a jardines.

### *ERA ALTA Y VERDE*

ERA alta y verde. Tenía  
largas ramas por cabellos,  
con hojas rubias, perennes.

Toda ella  
siempre andaba en primavera.  
Me pregunto ahora, lejos,  
perdido entre tantos muertos:  
¿Le habrá llegado el otoño?  
Y si alta y verde era siempre,  
¿cómo  
podrá ser ella en otoño?

### *¿VERDAD QUE NO TE HAS IDO, QUE TE TENGO...*

¿VERDAD que no te has ido, que te tengo,  
que estás aquí? Respóndeme.  
¿Verdad que tu verdor, que tus sonantes hojas,  
que tu armoniosa frente estremecida,  
que tus cálidos aires vencedores,  
tu enamorado frenesí, tus anchos  
mares físicos, ciegos oleajes,  
andan conmigo, riegan mis arterias,  
dan a mi corazón ese arrebató,  
ese fuego invasor, como hace tiempo?  
¿Verdad que sí, verdad que sí? Respóndeme  
en esta noche oscura del otoño.

EL MIRADOR DE MIRA-AL-RÍO  
(FRAGMENTOS)

APARECISTE al filo de la tarde,  
¿Venus del cielo o Venus de la tierra?  
Te toqué las mejillas...  
¿Eran de rosas de un jardín del cielo  
o de un jardín de estrellas de la tierra?  
Se fue, como se marchan las hermosas  
apariciones estelares...Tengo  
apretado en mis manos todavía  
su rastro luminoso.

*LOS SEGUNDOS VIVIDOS...*

LOS segundos vividos  
fijados por la muerte,  
serían necesarios  
para que entre las sábanas  
dulces de las alcobas estivales naciera  
de nuevo ese concierto de amor,  
ese refugio íntimo  
que fluye siempre de la noche.

*SOPORTANDO EL PESO DE LAS GRANDES ESTRELLAS...*

SOPORTANDO el peso de las grandes estrellas,  
cara a los montes  
sube el amor sus ojos  
deshechos en fresca lluvia,  
soñando en un diluvio  
que anticipadamente sabe  
no ha de caer jamás  
porque los actos del amor  
nunca fueron iguales.

*SUMERGIDAS EN DULCE LUZ...*

SUMERGIDAS en dulce luz,  
 suavemente apagadas,  
 las dos amantes se creyeron dos lunas  
 que habían de morir contra los muros,  
 cuando la realidad era que en el aljibe  
 la verdadera luna se estaba fija contemplando.

*MARAVILLA CUALQUIER PENUMBRA...*

MARAVILLA cualquier penumbra,  
 cualquier oscuridad,  
 un solitario callejón, un antepalco,  
 para que entre el silencio de la escena amorosa  
 pueda sentirse sin disfraz la muerte  
 y el goce del amor acabe  
 como quien agoniza dentro de un espejo.

*SE VAN LAS NOCHES...*

SE van las noches  
 perdiendo la memoria de nosotros  
 que quisiéramos siempre ser los mismos  
 que cuando dormidos o totalmente muertos  
 pusimos el amor bajo el amparo de los bosques  
 exactamente porque al fin tendríamos  
 que despojarnos de todo  
 para morir desnudos.

### *VEO LO QUE PASÓ...*

VEO lo que pasó. Estás tan lejos. Y sin embargo tengo los pies mojados de ti en esta noche prisionero de un castillo de libros cerrados de los que salen paisajes y hombres, sombras de muchachas, voces de niños muertos, pájaros dulces, feroces y tiernos animales. Tengo miedo por ti, perdida en tu azotea de la tarde, entre dos luces, cuando salía del colegio y ahora qué triste y lejos en este cuarto, esta ventana con tejados uncidos al cristal y estas torres y cúpulas y esa estatua a caballo sobre los árboles oscuros. ¿Adónde vas? ¿Por qué no me detienes, te sueltas los cabellos y me subes a mirar la ciudad de los blancos y azules con sus barcas entrando y las sirenas que eran a la vez de sonidos y espumas pero que no veíamos por temor a tu madre, el elefante aquel con pelos de gorila? Yo pasaba de largo arrastrando los pies de cangrejos y arena, para llorar de noche en medio de la playa de las sábanas sin libros y sin cartas que contestar y todavía sin historia, sólo el pequeño drama de levantarme al alba y tornar por las noches a aquel cuarto sin ti que ahora es este de ahora agobiado de papeles que caen y sepultan tu cuerpo de muchacha, tu cuerpo muerto ya sobre el pretil de la azotea y caído en la estera al borde mismo de mi cama.

### *TÚ ESPLENDÍAS MUY SOLA...*

TÚ esplendías muy sola. Cuando hablabas,  
la soledad dormía en tu silencio.  
Eras bella y lejana,  
inmóvil vela abierta,  
muda en el horizonte  
ansiosamente siempre deseada,  
sin poder llegar nunca hasta la arena.

Yo te quise, te quise. Pero eras  
luz inasible, inalcanzable. Huías,  
último dulce sol, perdido rastro  
en la raya del mar, dejando sólo  
su silencio en lo oscuro.

Y eso fue así.  
 Yo amaba tu silencio,  
 aquel visible arcano de palabras no dichas,  
 tus ojos largos, hondos, sin miradas,  
 los pulsos escondidos de tu sangre,  
 todo lo que ocultaba tu belleza,  
 tan delicada y triste,  
 ilusión que no pudo hablarme nunca.

Retorna ahora, vuelve  
 desde tanta distancia,  
 vuelve y dime por fin lo que nunca dijiste,  
 lo que tal vez tan sólo era sólo silencio.

### *EN LOS PRETILES DE LA CAL ESTABA...*

EN los pretiles de la cal estaba  
 como una Anunciación hecha a María.  
 Faltaba el angel que le anunciaría  
 que el soplo de la gracia le llegaba.

Mas no de luz fue el ángel que volaba  
 ni fue una estrella quien la ceñiría.  
 Era una sombra la que la hundiría  
 en tanto que en la cal ella esperaba.

Contemplo los pretiles hoy vacíos,  
 el resbalarse de los años míos  
 hacia aquellas sin fin altas mareas.

Recuérdame. Ya sabes donde estoy.  
 Anda hacia mí. Yo andando hacia ti voy.  
 Retorna, niña de las azoteas.

# V

Ángel de mi soledad,  
¿vas a mi lado?

EMILIO PRADOS

## BALADA DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA COCINA DE LA QUINTA DEL MAYOR LOCO

LA cocina estaba sola.  
—Te voy a llevar conmigo.

La muchacha era del campo  
y él del campo: campesinos.

La muchacha no quería.  
—Casada, me iré contigo.

El fuego que los miraba  
se puso más mortecino.

—Te voy a llevar conmigo.

La muchacha repetía:  
—Casada, me iré contigo.

Murió el fuego. Y en lo oscuro  
pasó un fuego repentino.

—Te voy a llevar conmigo.

La cocina se abrió, muda.  
La sangre hablaba, hacia el río.

*NADA**HABÍA...*

(Lucía Miranda)

NADA había. Sólo agua.  
Y a ti te vieron las aguas,  
aguas del río, las aguas,  
Lucía Miranda, amor.

Nada había. Ni caballos,  
ni estos naranjos que ahora  
mira el viento. Ni esta casa.  
Sólo agua.  
Tú viste correr las aguas,  
aguas del río, las aguas,  
Lucía Miranda, amor.

Flechas y piedras caídas,  
sangre de amor y fogatas.  
Eso había. Y lo que había  
se lo llevaron las aguas,  
contigo, también, las aguas,  
Lucía Miranda, amor.

*CUANDO SE VA QUIEN SE QUIERE...*

CUANDO se va quien se quiere,  
el campo se torna oscuro.  
No se ve nada, aunque mires,  
aunque sepas  
que todo está iluminado,  
y sepas que las naranjas  
siguen se oro, que el río  
sigue corriendo de plata,  
que sigue el caballo blanco  
y negro el cordero negro  
y verde el verde del árbol.

Cuando se va quien se quiere,  
el campo se torna oscuro  
y andas a ciegas, buscando.

# VI

La nieve cae de las rosas,  
pero la del alma queda.

FEDERICO GARCÍA LORCA

## LO QUE YO HUBIERA AMADO

*A Francisco Rabal, actor*

¡EUFRASIO! ¡Eufrasio! ¡Eufrasio!  
Grito, lloro este nombre  
que cargo con el peso de sus cinco vocales  
sobre mis pobres hombros hace setenta años.  
¡Eufrasio! Feo y triste.  
Hubiera preferido ponérselas en orden  
entre las consonantes.  
Me llamaría entonces: Afresiou. Más horrible,  
tan difícil y oscuro como yo, tan odioso  
como este rostro que esta noche cumple  
diez años, repetidos siete veces,  
de fealdad apenas compartida.  
¡Eufrasio! ¡Afresiou! ¡Eufrasio! Da lo mismo.  
Ya es tarde. Ya es muy tarde. Y, sin embargo...  
Desde aquí veo el mar. Esta ventana  
remonta hasta mi alcoba un verdecer de espumas,  
un rubio replandor y un nombre hermoso...  
¡Alejandro! ¡Alejandro! ¿Eres tú? Soy Elena.  
Sales del mar, desnuda y revolcada  
entre erizos carmines, algas y caracolas.  
¡Elena! ¡Elena! Tengo veinte años.  
Y tú, Elena, la edad en que los senos  
levantan la medida que se ajusta  
al cuenco de la mano; de hombro a hombro,  
la medida precisa para el abrazo, Elena.  
Ven que te lleve al lomo más alto de los médanos...  
Allí es dulce y caliente la arena, allí entra el sol  
su ancha pala de fuego hasta los mismos centros  
de las médulas. Vamos.  
Es la primera vez que ciño una cintura.



Es la primera vez que ciño el fino talle  
 de un muchacho desnudo.  
 Es la primera vez que yo beso unos labios.  
 Es la primera vez que unos labios me besan.  
 Es la primera vez que muerdo unos limones.  
 Es la primera vez que despiertan erguidos.  
 Es la primera vez que en mi mano descansa,  
 ventura temblorosa, una nuca de oro.  
 Es la primera vez que mi mano se pierde  
 por el campo abrasado de una espalda tendida.  
 Es la primera vez que se cierran mis muslos.  
 Es la primera vez que mis muslos se abren.  
 ...Que se me va la vida en líquidos jazmines.  
 ...Que me corre la vida en sangre perfumada.  
 ...Que digo una palabra suspirando.  
 ...Que apenas suspirando la repito.  
 Amor.  
 Amor.  
 ¡Elena! ¡Elena! ¡Elena!  
 ¡Alejandro! ¡Alejandro!  
 ¿Me conoces? Soy bello. Soy hermoso.  
 ¡Elena! ¡Amor ! ¡Elena!  
 Junto a mi fino cuerpo reposas poseída.  
 Ya soy el resplandor de tu belleza.  
 Tus ojos son mis ojos,  
 tu corazón el mío para siempre,  
 frente a la mar y el ascender de Venus.  
 ¡Eufrasio! ¡Eufrasio! ¡Elena! ¡No, Eduvigis!  
 ¡Afresiou! ¡No, Alejandro! ¡Eduvigis! ¡No, Elena!  
 ¿En dónde estás, Elena? ¿En dónde, en dónde?  
 Sólo tengo en mis brazos la sombra de una arpía,  
 las sábanas manchadas de un sucio hotel de barrio,  
 unos pechos vacíos,  
 unas greñas pegadas a unas mejillas secas  
 y dos rostros horribles mirándose sin ojos.  
 Mi fea juventud la casé con la muerte.  
 ¡Eufrasio! ¡Eufrasio! ¡Eufrasio!  
 Solo estoy con mi nombre y sus cinco vocales  
 en esta pobre alcoba,  
 hace setenta años esta noche.

## LA SOLEDAD

### ESCENA I

VENDRÁ.

Vendrá.

Lo ha escrito.

La semana que viene.

Mientras, blanqueo la casa,

arreglo la cocina,

termino de pintar el techo de la alcoba.

Ahora

tengo una nueva cama,

dos sillas de nogal,

una cómoda, un buen palanganero,

una mesa que no se tambalea...

Somos dos solamente... ¿Qué más puedo querer?

Afuera,

en mitad del jardín,

engordan los tomates...

Hay acelgas, lechugas,

rábanos, zanahorias...

Las patatas,

reventando en la tierra,

sólo están esperando su llegada.

Las ramas del durazno se doblan... El ciruelo

no puede aguantar más... Cuando los miro,

parece que me dicen: «No nos toques. Ya viene.»

Tengo un gallo cantor

y hasta siete gallinas ponedoras...

Todo está preparado.

Vendrá. Pienso que el martes...

si no, a lo más tardar,

la mañana del miércoles...

o quizás en la noche... Sí, mejor... ¡En la noche!

### ESCENA II

VENDRÁ.

Vendrá.

Lo ha escrito.

Ya pasó una semana.

Viene desde muy lejos...

De allá del norte... En tren...  
 Casi dos mil kilómetros...  
 Muy lejos... Malos trenes...  
 Y la calor... Y el polvo  
 que entra por todas partes...  
 La casa está ya lista: una paloma blanca  
 de cal pura... Lucientes,  
 más brillantes que el oro,  
 la sartén, el perol, la cacerola... Y luego,  
 la cama grande, grande... cubierta de una colcha  
 de colores, con pájaros...  
 Pero muchos kilómetros sin nadie... Eso me han dicho...  
 Y la calor... Y el polvo...  
 Tendrá sed... Aquí el agua  
 no falta casi nunca... Va a gustarle esto mucho...  
 Poco trabajo para ella... Yo  
 lo haré todo. Soy fuerte todavía...  
 ¿Ella? Bueno. Veremos.  
 Es mi mujer... no quiero que se canse.  
 «Trae aquí esos tomates... Mira, aquellos de allá,  
 tan colorados...» Nunca los ha visto.  
 Dirá que no... «¿Lechugas como éstas,  
 tan blancas? ¿Y los rábanos? ¡Tampoco!  
 Vamos mujer... Te esperan las gallinas...  
 ¿Qué más quieres? El postre  
 ahí lo tienes colgado del ciruelo.  
 Extiende el delantal y sacude una rama...»  
 Ya es muy tarde. Le tomo la cintura...  
 Se sonríe... ¡Qué hermosa!  
 Apagamos la luz...  
 Así. ¡Cuántos kilómetros!  
 Hoy es miércoles ya... Vendrá esta noche.

### ESCENA III

¿VENDRÁ?  
 Puede que venga.  
 Lo dice en esta carta que aquí llevo.  
 Se está yendo el verano... Y llueve. Las patatas  
 ¡cuántas ya se han podrido!  
 Los tomates se hincharon de tal modo  
 que rodaron por tierra, derramándose.  
 La fruta se acabó. Nunca los pájaros  
 comieron más duraznos y ciruelas.

Las acelgas... ¡Qué viejas y amarillas  
están ya! ¡Qué buen tonto  
sería si plantara de nuevo más lechugas!  
Las gallinas cloquean por los huertos sembrados.  
La lluvia ha enverdecido el blanco de la casa.  
La cocina está llena de hollín... Miro las sillas...  
Una está sin usar... La otra ya tiene  
partido un palo... El suelo  
cruje sucio de tierra...  
En un rincón, la escoba se aburre... Hace ya un mes  
que no lavo las sábanas... Tan sólo,  
enganchada de un clavo del muro de la alcoba,  
sigue la nueva colcha de los pájaros.  
Llega el otoño ya.  
Mi mujer no ha venido. Yo no la conocía...  
No la conocí nunca.  
Era joven. Lo sé.  
Unos veintidós años...  
Aquí tengo su carta...  
Yo he cumplido sesenta...  
El polvo... La calor... Tal vez tantos kilómetros...  
¡Vaya usted a saber!

## LO QUE YO HUBIERA SIDO

¿VIEJA?  
¡Ay, sí! Lo sé. Lo soy.  
¿Fea?  
¡Ay, sí! Lo sé. Lo soy.  
¿Putas?  
¡Oh, sí! Lo sé. Lo soy.  
Diré mejor: lo he sido.  
¡No! ¡No! Lo sigo siendo,  
porque si en este instante no lo soy  
es porque ya he perdido  
mi juventud y hoy  
hasta ya mi vejez se está muriendo.  
Este espejo lo dice, repitiendo:  
Vieja puta, espantosa.  
Putas, fea, horrorosa.  
Tu pelo, ¿para qué?  
Tu frente, ¿para qué?

Tus ojos, ¿para qué?  
 Tus labios, ¿para qué?  
 Tu cuello, ¿para qué?  
 Tus hombros, ¿para qué?  
 Tus pechos, ¿para qué?  
 Tu vientre, ¿para qué?  
 Tu ombligo, ¿para qué?  
 Tu sexo, ¿para qué?  
 Tus muslos, ¿para qué?  
 Tus piernas, ¿para qué?  
 Y tus pies, ¿para qué?  
 ¿Y para qué tu espalda?  
 ¿Y para qué tus nalgas?  
 ¿Y para qué tú toda?  
 ¿Para qué?  
 ¿Para qué?  
 Vieja puta elegante, hoy pasada de moda,  
 vieja puta tirada,  
 puta joven y fea,  
 puta pasa arrugada,  
 puta triste lamprea,  
 que te fuiste con todo aquel necesitado:  
 con el soldado,  
 con el ujier,  
 con el portero,  
 con el chofer,  
 con el lechero,  
 el estudiante  
 y el marinero,  
 con el bergante,  
 con el sarnoso,  
 con el giboso  
 y con tantos etcéteras y siempre a cualquier hora:  
 en el día,  
 en la tarde,  
 en la noche,  
 en la aurora...  
 Sí, puta fea, vieja y flaca soy.  
 Y sin embargo, ahora...  
 Y sin embargo, hoy...  
 Entre las finas sedas  
 y los rojos brocados de esta alcoba en penumbra,  
 yo soy la cortesana más hermosa y más joven  
 de toda la ciudad...

—Vas a ser Venus.

Abre el balcón que da a las alamedas.  
Vaga el amor, los ojos en los ojos.  
Su largo beso hace inmortal la tarde.  
El cielo huele a mar, las nubes tienden  
áureas alegorías errabundas.  
Repósate en las sábanas blanquísimas del lecho.  
Déle tu carne su fulgor dorado.  
Abre en tu frente un ala pensativa.  
Tú eres la diosa del amor, robusta.  
La luminosa juventud amada.  
Mi pincel baño en tu inmortal belleza,  
alta de cimas, honda de costados,  
ancha de talle, de macizos muslos,  
larga de piernas y de firmes plantas.  
¿Con qué tesoros yo te pagaría?  
No hay ducados que valgan tu hermosura,  
hija de Papa, poderosa amante  
de emperadores, príncipes y reyes.  
Pero serás eterna. Tu desnudo  
descansará en las salas de un museo,  
cruzando el mar de todas las edades.  
Te rindo mi paleta, mis pinceles,  
y con ellos la gloria de mi nombre: Tiziano.  
—Serás eterna, eterna... ¡Oh sueño triste!  
Vieja puta espantosa, no Venus cortesana,  
puta tan sólo, puta que te fuiste  
en la tarde, en la noche, en la mañana,  
con todo aquel necesitado:  
con el soldado,  
con el ujier,  
con el portero,  
con el chofer,  
con el lechero...  
Putta horrorosa ayer.  
Putta espantosa hoy...  
Adiós, adiós... Voy a morir... Me muero.  
Olvidad lo que he sido  
—no lo que hubiera sido— y lo que ya no soy.  
Olvidad, olvidad... Olvido, olvido.

## FUNERALES DE ARENA

TRES días con sus noches que la busco.  
 La arena está cansada de mis huellas.  
 ¡Amor mío! ¡Amor mío!  
 Desesperado y solo, grito, grito.  
 Grito desde las piedras,  
 desde las muelas rotas del castillo playero.  
 Grito en el viento oscuro,  
 en la lluvia que moja el oleaje,  
 grito a la espuma negra,  
 grito al ave feroz que la ataca, gimiendo.  
 ¡Amor mío! ¡Amor mío!  
 No baja el mar, no baja el mar. ¡Es bruto!  
 Mar desalmado,  
 enfermo,  
 sin entrañas.  
 Mar demente,  
 ladrón.  
 Mar cobarde,  
 asesino.  
 ¡Amor mío! ¡Amor mío!  
 No baja el mar, no baja el mar. ¡Es sordo!  
 No conoce el amor.  
 Tan sólo duerme  
 en su lecho la muerte.  
 Tiene helados los labios,  
 sus manos son heladas,  
 sus brazos cuando abrazan sólo abrazan el frío.  
 ¡Amor mío! ¡Amor mío!  
 ¡Venid, hombres de la playa!  
 ¡Venid, mujeres!  
 ¡Venid, niños!  
 Marinero, no sabes cómo era.  
 No sabéis cómo era, pescadores.  
 Tejedoras de redes, no sabéis cómo era.  
 No sabéis cómo era, niños de las orillas.  
 Pero mirad, mirad, quietos los ojos.  
 De entre mis manos sale caliente de la arena.  
 De entre mis manos, de rodillas.  
 Su cabeza amapola.  
 Su frente alas abiertas.  
 Sus cabellos sauzales.  
 Sus orejas anémonas.

Sus ojos margaritas.  
Su nariz azucena.  
Sus labios alhelíes.  
Sus mejillas caléndulas.  
Su alto cuello pistilo.  
Sus anchos hombros, yedras.  
Sus pechos girasoles.  
Sus brazos madre selvas.  
Sus caderas jazmines.  
Su cintura mimbrera.  
Su vientre crisantemo.  
Su ombligo adormidera.  
Su flor secreta nardo.  
Sus muslos azaleas.  
Sus piernas heliotropos.  
Sus raudos pies violetas.  
¡Mirad! Éste es su cuerpo en toda su hermosura.  
Calle la mar y el sol abra las velas.  
Cantad conmigo este jardín abierto  
este recuperado jardín jardín sobre la arena,  
mientras yo aliso sauces y beso margaritas,  
muerdo alhelíes, girasoles, yedras,  
acaricio jazmines, separo heliotropos,  
aspiro nardo y sueño adormidera.  
¡Amor mío! ¡Amor mío!  
¿Qué fue de ti, mi amor? Ya no estás muerta.  
Háblame. Grita. Bésame.  
Cíñeme de floridas madre selvas.  
¿Dónde has estado, en qué profundo abismo,  
en qué grutas del mar, en qué canteras,  
qué oscuros peces tristes te han seguido,  
qué ondas corrientes ciegas  
te han empujado a tumbos en tanta noche helada  
a estas desconocidas y lejanas riberas?  
¡Amor mío! ¡Amor mío! Háblame. Bésame.  
Una sonrisa. Una palabra. Muera  
para siempre el silencio. Vives. ¡Vives!  
Mirad. Mirad. ¡Mirad! Pero no... ¿Quién te ordena,  
qué enemigo te manda este abandono,  
qué frío mar, qué yerta  
sombra invisible te sostiene inmóvil,  
y cuando más te abrazo, menos de ti me deja?  
Llorad conmigo este jardín deshecho,  
esta ilusión de primavera,  
esta pasión desmoronada,



esta ilusión que el mar me niega,  
esta pasión desvanecida,  
esta ilusión que el mar se lleva,  
este amor mío que ni el viento  
deja sus flores en la arena.  
¡Este amor mío, ya ni arena!

# *El ángel en vilo*

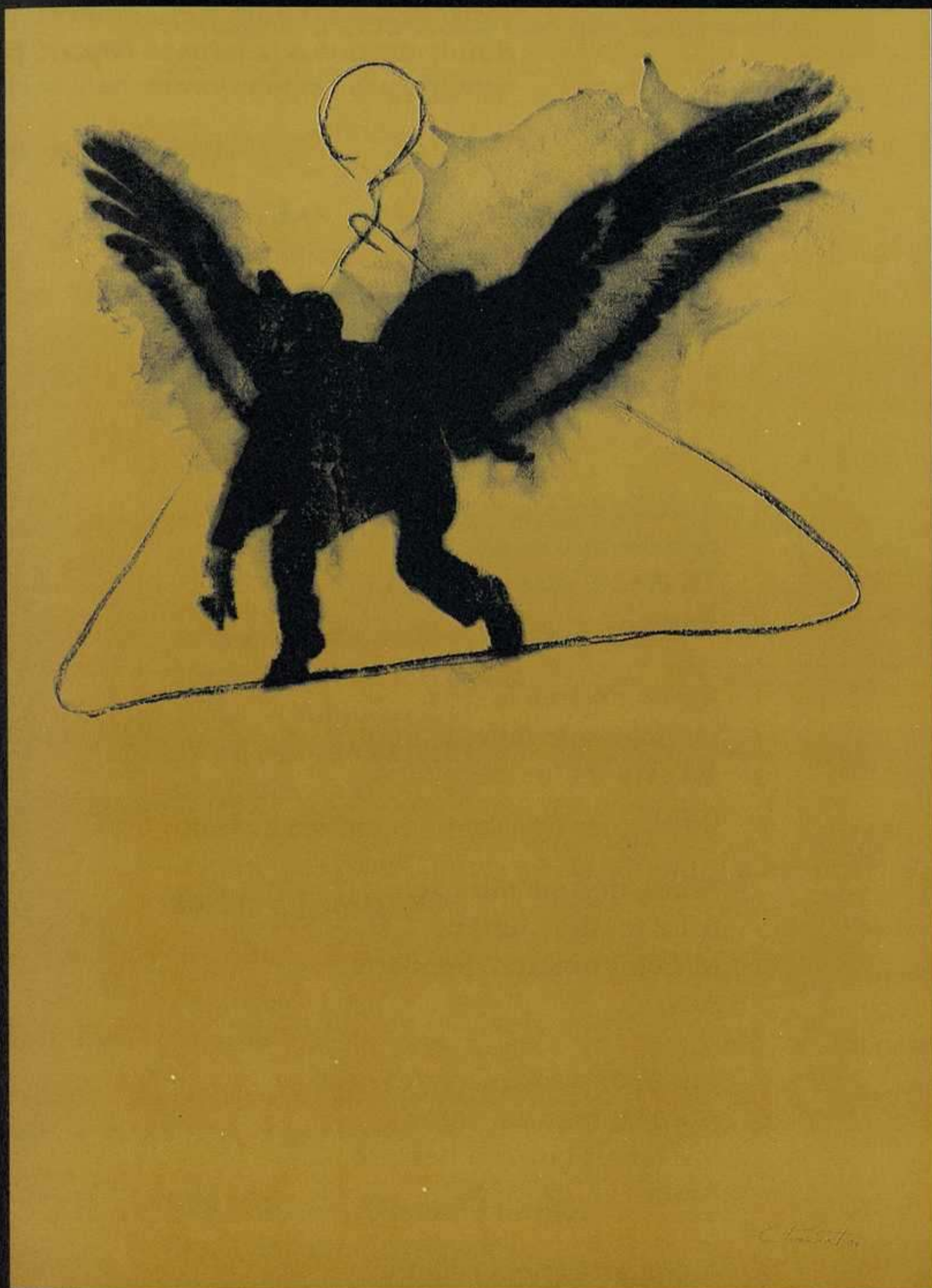
*Fustigada luz, 1972-1978*

*Versos sueltos de cada día, 1979-1982*

POESÍA DISPERSA

*Todo el mar (Antología poética, 1985)*

*Los hijos del drago y otros poemas (1986)*



JOSÉ ANTONIO CHANIVET  
*El ángel en vilo, 1998*

Cuerpo feliz que fluye entre mis manos,  
rostro amado donde contemplo el mundo,  
donde graciosos pájaros se copian fugitivos,  
volando a la región donde nada se olvida.

VICENTE ALEIXANDRE

## CANCIÓN DE AMOR

AMOR, deja que me vaya,  
déjame morir, amor.  
Tú eres el mar y la playa.  
Amor.

Amor, déjame la vida,  
no dejes que muera, amor.  
Tú eres mi luz escondida.  
Amor.

Amor, déjame mirarte.  
Abre los ojos, amor.  
Mis ojos quieren quemarte.  
Amor.

Amor, déjame quererte.  
Abre las fuentes, amor.  
Mis labios quieren beberte.  
Amor.

Amor, está anocheciendo.  
Duermen las flores, amor,  
y tú estás amaneciendo.  
Amor.

*HAY QUE LLORAR A VECES, OH, AMOR, A TODAS HORAS...*

HAY que llorar a veces, oh amor, a todas horas.  
Oh amor, a todas horas hay que morir a veces.

*ESTUDIAS, SUFRES, ANOTAS...*

ESTUDIAS, sufres, anotas,  
te adormeces, te desvelas,  
tal vez pienses en mí y pienses  
que ya no valgo la pena.

*LAS 4 MENOS CUARTO...*

LAS 4 menos cuarto. Madrugada.  
¿Qué harás tú, tan lejana?  
¿Y tú, la enloquecida?  
¿Y tú, esa que siempre  
me desesperas? ¿Y esa  
que me matará un día  
o hará que yo amanezca pensando que ya he muerto?  
Ésa, la que más amo.

*HE HABLADO...*

HE hablado... Cuando olvida,  
o no está en el infierno  
poseída por todas las Erinnias,  
oh, qué abrirse las nubes,  
qué celestes senderos infinitos  
de luz, de paz, de dicha.

*MI PRIMER VERSO ES PARA TI...*

MI primer verso es para ti.  
Yo sé que estás durmiendo,  
que tu día será de angustias,  
de desasosegado pensar en mí,  
en ti,  
en nuestro rumbo  
sobre un mar, casi siempre  
de tormentas.

*NO ME HAS LLAMADO...*

NO me has llamado.  
Mi tarde será inmóvil  
y mi noche una cuesta descendiendo  
sin poder detenerme.

*NO SÉ QUE HACER...*

NO sé qué hacer.  
Supongo que no ha muerto,  
que no la habrán raptado.  
Harto estoy de esperar.  
Nunca la angustia  
ha podido llegar a sumergirme,  
a despreciarme tanto.  
Sigue lloviendo y ya me encuentro a punto  
de salir a gritar en medio de las calles:  
¿Han visto a una corzuela  
corriendo entre la lluvia?

*TÚ AQUÍ VIVES AJENA A MIS DOLORES...*

TÚ aquí vives ajena a mis dolores,  
pendiente de este traje o de aquel traje,  
de si tu blusa enseña el paisaje  
abierto para tantos miradores.

Yo no te pido que conmigo llores,  
sí que tu extraña furia no rebaje  
a la nada mi amor con el ultraje  
de herirme siempre en unas pobres flores.

Yo no puedo borrar mi vida entera  
y si pudiera hacerlo no lo hiciera,  
pues ella me ha llevado a lo que soy.

Mírame bien. Escúpeme a la cara.  
Pégame... Yo tan sólo vine para  
darte lo poco que me queda hoy.

*TE VI AL FIN FRENTE AL MAR DE MI BAHÍA...*

TE vi al fin frente al mar de mi bahía.  
(¡Cuánto tiempo que así yo te soñaba!)  
Era verde la mar, la mar estaba  
como tú, verde, enteramente mía.

Verde la mar y verde la alegría  
de verte ante ese mar que me acunaba  
los muchos años que en su son llevaba  
anunciando a la luz lo que venía.

Era mi mar, la mar, el mar marino  
que me empujó cantando a tu camino,  
mar sin edad, en donde el alma pace.

La mar, el mar, la mar, el mar abierto,  
mar de la vida, el verde mar no muerto,  
el mar que nace y siempre en ti renace.

## A BEATRIZ <sup>1</sup>

AMOR, ¿te vas? ¿Me quedo, amor? ¿Me esperas?  
¿Corro hacia ti? ¿Me huyes? ¿Vives? ¿Mueres?  
¿Eres verdad? Dolor si no lo fueras.  
¿Eres sueño? Morir si no lo eres.  
Secreto amor. Silencio amor. Sigilo.  
Claro en lo oscuro, amor. Amor en vilo.

## CANCIÓN

YO vine hasta ti,  
gacela del alba.  
Tú no me esperabas.

Gacela del día  
grande de mi vida.  
Tú no me esperabas.

Gacela del alma,  
gacela del cuerpo.  
Tú no me esperabas.

No digas a nadie  
que no me esperabas.

## BAJÉ HASTA EL MAR...

BAJÉ hasta el mar, y el mar que yo quería  
fue en vez del mar azul el de la pena,  
triste la espuma, gélida la arena  
de una playa que el viento deshacía.

Oh ansiado mar, oh mar que fue tan mía,

<sup>1</sup> Los versos de este apartado, al igual que otros que aparecen en la misma sección, forman parte del poemario inédito *Amor en vilo*, íntegramente dedicado a Beatriz Amposta (Barcelona, 1947).



tan libre ayer, tan rota de cadena,  
 ¿por qué, mar, hoy mi cárcel, mi condena,  
 la muerte a la que tanto yo temía?

Irme de ti no será traicionarte,  
 mar mío, pues no puedo ni mirarte  
 sin verme y sin sentirte un mar de llanto.

Adiós. Me voy. Perdona mi partida.  
 Vuelvo a la tierra en donde está la vida  
 de un marinero que perdió su canto.

### CANCIÓN

AMOR querido,  
 amor, amor.  
 Sin querer, cómo me has herido,  
 amor.

Ahora que te he conocido,  
 amor, amor,  
 que en mis brazos te he tenido,  
 sin querer, cómo me has herido,  
 amor.

Ahora que tanto te he amado,  
 amor, amor,  
 y en mis labios desmayado,  
 sin querer, cómo me has herido,  
 amor.

Amor que tanto me has dado,  
 amor, amor,  
 y en mi corazón entrado,  
 amor querido,  
 sin querer, cómo me has herido,  
 amor.

Amor que eras ya mi vida,  
 amor, amor,  
 casi mi comprometida,  
 sin querer, cómo me has herido,  
 amor.

Tan bella y maravillosa,  
amor, amor,  
que para mí no había cosa  
de cuerpo más encendido,  
sin querer, cómo me has herido,  
amor.

*NO ME CANSO, MI AMOR...*

NO me canso, mi amor, de dibujarte. Mira.  
Escribo tu perfecto contorno delicado,  
la línea litoral larga de tu costado,  
la pierna que en el pie dinámico respira.

La flor que cimbreada en los pechos delira,  
el pelo entre los hombros y espaldas resbalado,  
los sumergidos ojos, el ombligo encantado,  
la cadera que ondula, la boca que conspira.

Forma total y llena de gracia que diseño  
de memoria en la luz o en la sombra del sueño,  
sé de nuevo real, de nuevo sé tangible.

El cuerpo que mis manos claramente desean,  
que mis ojos lo toquen, que mis labios lo vean,  
que lo imposible vuelva de pronto a ser posible.

*VEN, MI AMOR, EN LA TARDE...*

VEN, mi amor, en la tarde del Aniene  
y siéntate conmigo a ver el viento.  
Aunque no estés, mi solo pensamiento  
es ver contigo el viento que va y viene.

Tú no te vas, porque mi amor te tiene.  
Yo no me iré, pues junto a ti me siento  
más vida de tu sangre, más tu aliento,  
más luz del corazón que me sostiene.

Tú no te irás, mi amor, aunque lo quieras.

Tú no te irás, mi amor, y si te fueras,  
aun yéndote, mi amor, jamás te irías.

Es tuya mi canción, en ella estoy.  
Y en ese viento que va y viene voy.  
Y en ese viento siempre me verías.

### *TE VI EN LAS NUBES DIBUJADA*

TE vi en las nubes dibujada. Eras  
un seno azul que se desvanecía  
de una cadera que se deshacía  
en dos largas columnas viajeras.

Eras después cien rojas cabelleras  
enredadas a un mar que se moría  
bajo un dragón rampante que se erguía  
erizado de lanzas y tijeras.

Y ya no quise más mirar al cielo,  
prefiriendo volver al desconsuelo  
de mirarte en la tierra que pisamos,

tú, maravilla de las maravillas,  
yo un poeta dobladas las rodillas  
ante ti y sin saber a dónde vamos.

# *El ángel erótico*

## POESÍA DISPERSA

*Entre el clavel y la espada, 1939-1940*

*El matador, 1961-1965*

*Canciones del alto valle de aniene, 1967-1971*

*Versos sueltos de cada día, 1979-1982*

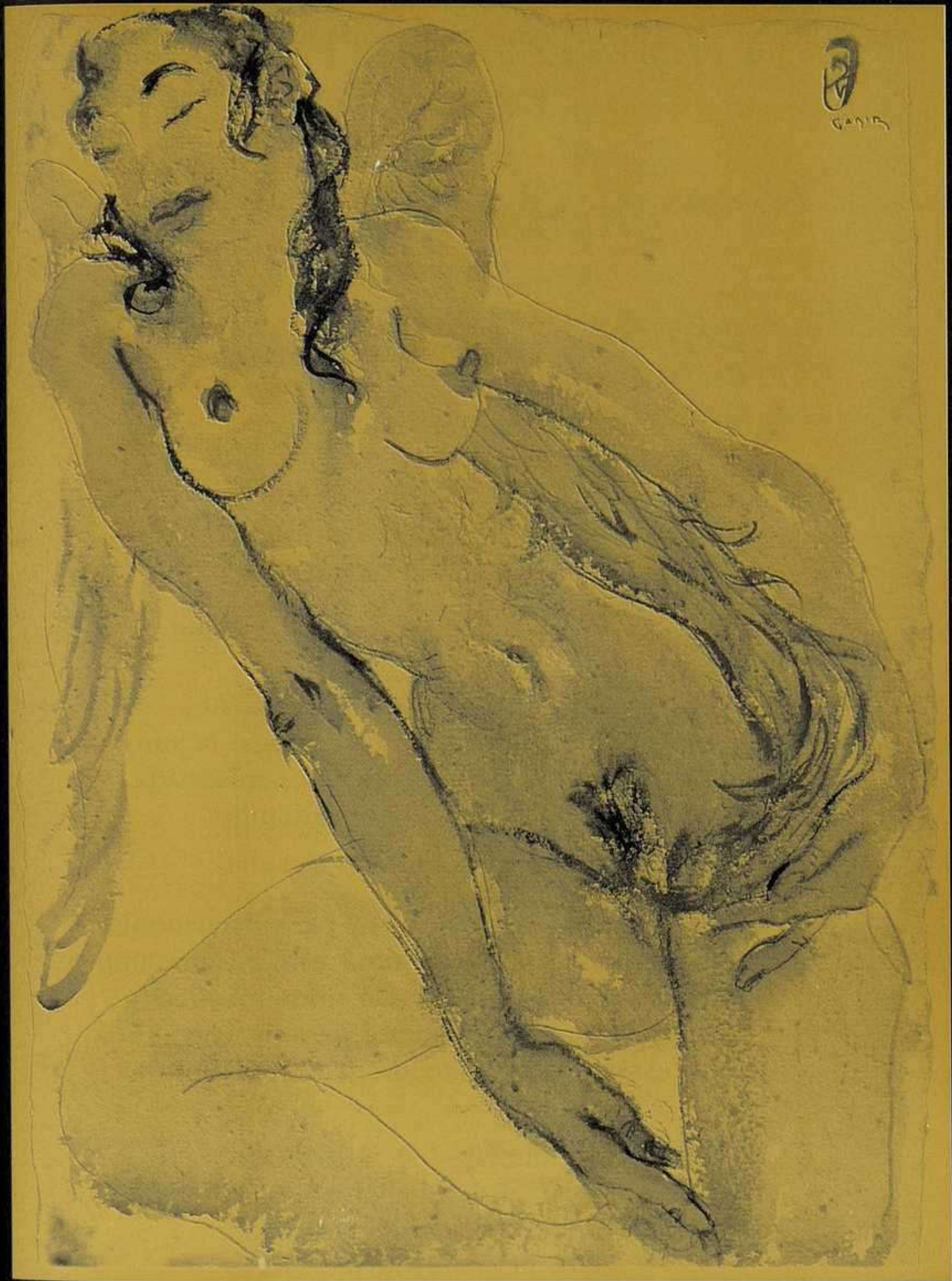
## POESÍAS INÉDITAS

*Abierto a todas horas, 1960-1963*

*Golfo de sombras (1986)*

*Canciones para altair (1988)*

*La arboleda perdida (Páginas dispersas)*



**DIEGO GADIR**  
*El ángel erótico, 1998*

# I

...dulzura que delira  
con delirio hacia furia...

JORGE GUILLÉN

## CÁNTICO DE CÁNTICOS<sup>1</sup>

CÁNTICO de cánticos.  
Cantar de cantares.  
Canción de canciones.

Encendidas están las flores, las estrellas,  
muriéndose de amor, sobre todos los lechos.  
Bésame, amada mía, mi solo amor, mi amante.  
Hagamos de los dos una sola guirnalda  
que anille el corazón de la tierra, del mundo.

Es la hora de la sed, es la noche sin sueño,  
el amor que no piensa que ha de llegar la aurora.  
Bésame, amante mío, mi solo amor, mi amada.  
Desvelados los dos amémonos cantando  
hasta el final del mundo.

Tiende, amor, tus banderas de paz y de armonía  
sobre todos los lechos de amor a un mismo tiempo.  
Bésame, amante mío, mi solo amor, mi amado.  
Amor, amor, amor, solo amor para siempre  
sopla el viento cantando alrededor del mundo.

Cántico de cánticos.  
Cantar de cantares.  
Canción de canciones.

<sup>1</sup> Publicado en el libro *Cantico dei cantici*, Edizione D'Arte Salvatore Giuseppe Schiariti, Roma, 1986. (Nota de *Obra Completa*.)

## II

### SONETOS CORPORALES

#### *LLORABA RECIO, GOLPEANDO, OSCURO...*

LLORABA recio, golpeando, oscuro,  
las humanas paredes sin salida.  
Para marcarlo de una sacudida,  
lo esperaba la luz fuera del muro.

Grito en la entraña que lo hincó, futuro,  
desventuradamente y resistida  
por la misma cerrada, abierta herida  
que ha de exponerlo al primer golpe duro.

¡Qué desconsolación y qué ventura!  
Monstruo batido en sangre, descuajado  
de la cueva carnal del sufrimiento.

Mama la luz y agótala, criatura,  
tabícala en tu ser iluminado,  
que mamas con la leche el pensamiento.

#### *ASOMBRO DE LA ESTRELLA ANTE EL DESTELLO...*

ASOMBRO de la estrella ante el destello  
de su cardada lumbre en alborozo.  
Sueña el melocotón en que su bozo  
al aire pueda amanecer cabello.

Atónito el limón y agriado el cuello,  
sufre en la greña del membrillo mozo,  
y no hay para la rosa mayor gozo  
que ver sus piernas de espinado vello.

Ensombrecida entre las lajas, triste  
de sufrirlas tan duras y tan solas,  
lisas para el desnudo de sus manos,

ante el crinado mar que las embiste,  
mira la adolescente por las olas  
poblársele las ingles de vilanos.

### *HUELE A SANGRE MEZCLADA CON ESPLIEGO...*

HUELE a sangre mezclada con espliego,  
venida entre un olor de resplandores.  
A sangre huelen las quemadas flores  
y a súbito ciprés de sangre el fuego.

Del aire baja un repentino riego  
de astro y sangre resueltos en olores,  
y un tornado de aromas y colores  
al mundo deja por la sangre ciego.

Fría y enferma y sin dormir y aullando,  
desatada la fiebre va saltando,  
como un temblor, por las terrazas solas.

Coagulada la luna en la cornisa,  
mira la adolescente sin camisa  
poblársele las ingles de amapolas.

### *UN PAPEL DESVELADO EN SU BLANCURA...*

UN papel desvelado en su blancura.  
La hoja blanca de un álamo intachable.  
El revés de un jazmín insobornable.  
Una azucena virgen de escritura.

El albo viso de una córnea pura.  
La piel del agua impúber e impecable.  
El dorso de una estrella invulnerable  
sobre lo opuesto a una paloma oscura.



Lo blanco a lo más blanco desafía.  
Se asesinan de cal los carmesíes  
y el pelo rubio de la luz es cano.

Nada se atreve a desdecir al día.  
Mas todo se me mancha de alhelíes  
por la movida nieve de una mano.

### *POR ALLÍ, HONDO, UNA HUMEDAD ARDIENTE...*

POR allí, hondo, una humedad ardiente;  
blando, un calor oscuro el que allí hervía;  
sofocado anhelar el que se hundía,  
doblándose y muriendo largamente.

Labios en labios que no ataca diente;  
lengua en garganta que se corta, umbría;  
áspero alrededor, fiera porfía  
por morder lo imposible de la fuente.

Fiera porfía, ya que ni a la hembra  
más hembra ni al varón más varón dieron  
otra cumbre que ser sembrado y siembra,

pues lo demás, ¡oh cuerpos desvelados!,  
son fulgores que al alba se perdieron  
en un súbito arder, desesperados.

### *CÚBREME, AMOR, EL CIELO DE LA BOCA...*

CÚBREME, amor, el cielo de la boca  
con esa arrebatada espuma extrema,  
que es jazmín del que sabe y del que quema,  
brotado en punta de coral de roca.

Aloquémelo, amor, su sal, aloca  
tu lancinante aguda flor suprema,  
doblando su furor en la diadema

del mordiente clavel que la desboca.

¡Oh ceñido fluir, amor, oh bello  
borbotar temperado de la nieve  
por tan estrecha gruta en carne viva,

para mirar cómo tu fino cuello  
se te resbala, amor, y se te llueve  
de jazmines y estrellas de saliva!

### *NACE EN LAS INGLES UN CALOR CALLADO...*

NACE en las ingles un calor callado,  
como un rumor de espuma silencioso.  
Su dura mimbre el tulipán precioso  
dobla sin agua, vivo y agotado.

Crece en la sangre un desasosegado,  
urgente pensamiento belicoso.  
La exhausta flor perdida en su reposo  
rompe su sueño en la raíz mojado.

Salta la tierra y de su entraña pierde  
savia, venero y alameda verde.  
Palpita, cruje, azota, empuja, estalla.

La vida hiende vida en plena vida.  
Y aunque la muerte gane la partida,  
todo es un campo alegre de batalla.

### *VUELA LA NOCHE ANTIGUA DE ERECCIONES...*

VUELA la noche antigua de erecciones,  
muertas, como las manos, a la aurora.  
Un clavel prolongado desmejora,  
hasta empalidecerlos, los limones.

Contra lo oscuro cimbran esquilonas,  
y émbolos de una azul desnatadora  
mueven entre la sangre batidora

un vertido rodar de cangilones.

Cuando el cielo se arranca su armadura  
y en un errante nido de basura  
le grita un ojo al sol recién abierto,

futuro en las entrañas sueña el trigo,  
llamando al hombre para ser testigo...  
Mas ya el hombre a su lado duerme muerto.

*(GUERRA A LA GUERRA POR LA GUERRA.) VENDE...*

(GUERRA a la guerra por la guerra.) Vente.  
Vuelve la espalda. El mar. Abre la boca.  
Contra una mina una sirena choca  
y un arcángel se hunde, indiferente.

Tiempo de fuego. Adiós. Urgentemente.  
Cierra los ojos. Es el monte. Toca.  
Saltan las cumbres salpicando roca  
y se asesina un bosque, inútilmente.

¿Dinamita a la luna también? Vamos.  
Muerte a la muerte por la muerte: guerra.  
En verdad, piensa el toro, el mundo es bello.

Encendidos están, amor, los ramos.  
Abre la boca. (El mar. El monte.) Cierra  
los ojos y desátate el cabello.

*RUBIOS, ESBELTOS MIMBRES, AFILADOS...*

RUBIOS, esbeltos mimbres, afilados  
de luz, líquidos juncos siempre erectos,  
persistencia en los chorros más perfectos  
de las fuentes, a esgrima levantados.

Fustes de chopos nunca doblegados,  
columnas de cipreses arquitectos,

redondos, duros, rígidos conceptos  
de los viriles cactus comparados.

Me siento el hombre vértice y techumbre.  
Mira abajo la mar y enfurecida  
la espuma virgen que lo incita, huyendo.

¡Bajar de un salto, sí, mientras se encumbra  
entre los poros esta espada urdida  
de savia verde para herir ardiendo!

### *CUERPO ENTRE YERBA Y PÓLVORA SOÑADO...*

CUERPO entre yerba y pólvora soñado,  
amor de brizna helada y explosiones,  
sólo me diste un haz de exhalaciones  
sobre un temblor de césped graneado.

Ya que mi sangre armaste de humo helado  
y grama ardida en mis entrañas pones,  
prende treguas, congela mediaciones,  
volviendo a yerba y pólvora mi estado.

Verde pie en el desastre, desafío  
de estallada pasión y lumbre fiera  
contra el helor quemado de tu empeño.

Mas ¿cómo arder, si el humo ya está frío,  
si el césped ya es ceniza barredera  
y fue tan sólo pólvora mi sueño?

### *DIÁLOGO ENTRE VENUS Y PRÍAPO*

PRÍAPO

...DESPIERTA, sí, cerrada  
caverna de coral. Voy por tus breñas,  
cabeceante, ciego, perseguido.  
Ábrete a mi llamada,  
al mismo sueño que en tu gruta sueñas.

Tus rojas furias sueltas me han mordido.  
 ¿Me escuchas en lo oscuro?  
 Sediento, he jadeado las colinas  
 y descendido al valle donde empieza  
 el caminar más duro,  
 pues todo, aunque cabellos, son espinas,  
 montes allí rizados de maleza.  
 ¿Duermes aún? ¿No sientes  
 cómo mi flor, brillante y ruborosa  
 la piel, extensa y alta se desnuda,  
 y con labios calientes  
 —coral los tuyos y los míos rosa—  
 besa la noche de tus labios muda?  
 ¡Despierta!

VENUS

¿Quién me nombra?  
 ¿Quién persigue mis óleos seminales,  
 quién mi gruta de sombra  
 y navegar oculto mis canales?

PRÍAPO

Quien solamente puede y se desvela,  
 levantado por ti de noche y día,  
 se atiranta en candela  
 y no se dobla hasta que el mar lo enfría.  
 ¡Deja que te contemple!

VENUS

Que te mire  
 déjame a mí también. ¡Siempre eres bello!

PRÍAPO

¡Déjame que en tus selvas te respire!

VENUS

¡Que me despeine en tu robusto cuello!

PRÍAPO

¿Por qué dormías?

VENUS

Todo era fingido.  
Mi dormir no era más que desearte.  
Tú alzas mi sueño cuando estás dormido.  
Nací tan sólo para levantarte.

PRÍAPO

¡Oh noche clara!

VENUS

¡Oh clara luna llena!  
¡Rayo directo que me inundas!

PRÍAPO

Eres  
taza de espuma azul, concha marina,  
alga abierta a la arena,  
paraíso de sal de las mujeres,  
secreto erizo que en la mar trasmina.  
Golfo nocturno, ábrete a mí, bañadas  
del más cálido aliento tus riberas.  
Sabes a mosto submarino, a olas  
en vivientes moluscos despeñadas,  
a tajamares, soles de escolleras  
y a rumor de perdidas caracolas.  
Sabes también...

VENUS

Repósate un momento...

PRÍAPO

El reposar es mi mayor tristeza.

VENUS

También yo quiero repetir al viento  
toda mi admiración por tu grandeza.

PRÍAPO

Hincho las velas. Habla.

VENUS

Eres trinquete,  
palo mesana, torre indagadora  
y, ardido del más rojo gallardete,  
cresta de gallo al despuntar la aurora.  
Sales de un bosque, lanza o jabalina.  
Redondos aramboles, de espejuelos  
te alumbran cuando cazas.  
Pende en los dos la gloria masculina.  
Llenas las nubes, los cargados cielos  
rebotan de sus tazas.

PRÍAPO

¡Oh, ven más cerca! ¡Ven!

VENUS

¡No! No me riegues,  
amor, de blancos copos todavía.  
Guarda, mi bien, esas nevadas flores  
hasta que al fin me llegues  
a lo más hondo de mi cueva umbría  
con tus largos y ocultos surtidores.

PRÍAPO

¿Qué quieres más?

VENUS

Anhelo que me cantes  
cosas que faltan. Mis alrededores  
prometen sima al Sur y al Norte cumbres.

PRÍAPO

Hacia ellas van mis rayos penetrantes,  
su flor certera, sus certeras lumbres.

VENUS

¿Qué ves, qué me iluminas?

PRÍAPO

¡Oh precipicio, oh noche bordeada  
de oscuridad también! ¡Despeñadero  
que hacia las sombras solo me encaminas!  
Te miro y más se hunde mi mirada.  
Si la dicha es redonda, está en tu cero.

VENUS

Pasa a los altos, sube a los alcores...  
¿Qué ves ahora, dime?

PRÍAPO

Un baluarte  
de clavel y de nieve a cada lado.  
¡Oh fortalezas! ¡Claros miradores  
para clavar en ellos mi estandarte  
y descender al bosque enamorado!

VENUS

Dime si escondes para mi ventura  
cosas que acaso yo no sepa.

PRÍAPO

Escondo,  
también allá en lo hondo  
de una caverna oscura,  
de blancas y mordientes  
almenas vigiladas,  
una muy dulce y de humedad mojada  
cautiva...

VENUS

Yo prosigo. Son los dientes  
los que fijos la rondan y dan vela.  
También yo otra cautiva  
como la tuya guardo. ¿No la sientes?  
A navegar sobre su propia estela  
mírala aquí dispuesta, siempre viva.

PRÍAPO

¡Oh encendido alhelí, flor rumorosa!  
Deja que tu saliva  
de miel, que tu graciosa  
corola lanceolada de rubíes  
mojen mi lengua, ansiosa  
de en la tuya mojar sus carmesíes.



VENUS

¡Flor contra flor!

PRÍAPO

¡Qué blandos oleajes  
ya por mis flancos tu alhelí resbala!

VENUS

Gira la noche...

PRÍAPO

Cantan los cordajes...

VENUS

Cambia el viento... Dan vueltas los paisajes...

PRÍAPO

Y hace en tus labios mi navío escala,  
mientas tu fuente oculta, prisionera  
de mi boca, entreabriendo  
su dócil ya y sumisa enredadera,  
dulce y quejosamente va fluyendo.

VENUS

¡Oh bonanza!

PRÍAPO

¡Oh tranquilo  
descanso ahora! ¡Calmas, aunque plenas,  
nuncios ya de los hondos y más duros  
combates!

VENUS

Desflecadas, hilo a hilo,  
tus espumas descenden mis almenas.

PRÍAPO

Tus arroyos y peces más oscuros  
me corren por los labios todavía.

VENUS

Un sabor a jazmín me permanece  
y a tallo donde nada antes crecía.

PRÍAPO

A tallo que por ti de nuevo crece.

VENUS

¡Oh asombro! ¡Prodigiosa,  
mágica fuerza!

PRÍAPO

¡Abismo que me atrae!

VENUS

¡Oh cima misteriosa!

PRÍAPO

¡Cima que sólo en ese abismo cae!

VENUS

¡Qué mármol jaspeado!  
¡Pálida, arquitectónica belleza!  
¡Qué alto fuste estriado  
de azules ríos! ¡Capitel armado  
para elevar el mundo en su cabeza!

PRÍAPO

Avanzo ya.

VENUS

La noche abrasa.

PRÍAPO

Gotas  
de esperma verde tiemblan los luceros.

VENUS

Las dehesas remotas  
de la luna, sus albos ventisqueros  
se llenan de bramidos.  
Del cielo penden signos genitales.  
La Vía Láctea rueda sus henchidos  
torrentes de amorosos sementales.

PRÍAPO

Gruta sagrada, toco tus orillas.  
Abre tus labios ya, siénteme dentro.

VENUS

¡Oh maravilla de las maravillas!  
¡Luz que me quema el más profundo centro!

PRÍAPO

Se confunden los bosques, las lianas  
se juntan y conmueven.  
En el pomar revientan las manzanas  
y en el jardín copos de nardos llueven.

VENUS

¡Qué bien cubres mis ámbitos! Sus muros  
¡cómo me los ensanchas y los llenas!  
¡Qué pleamar, qué viento acompasados!

PRÍAPO

Jaca y jinete, unísonos, seguros,  
galopan, de corales y de arenas  
y de espumas bañados.

VENUS

Detente, amor. No infundas ese aliento  
tan rápido a las brisas. Aminora  
un poco el paso. Da a tu movimiento  
un nuevo ritmo ahora.

PRÍAPO

Pondré en mis alas un volar más lento.

VENUS

¡Dulce vaivén! Rezuman mis paredes  
las más blandas esencias.

PRÍAPO

Desasidas  
de sus más hondas redes,  
ya mis medulas saltan encendidas.

VENUS

Ten más el freno.

PRÍAPO

¿El freno? Querencioso,  
mi caballo se pierde a la carrera.

VENUS

Sigo también su galopar furioso,  
antes que derramado en mí se muera.

PRÍAPO

¡Amor!

VENUS

¡Amor! La noche se desvae.  
Nos baña el mar. ¡Oh luz! El mundo canta.  
Canta la luna... El viento...

PRÍAPO

Todo cae  
cuando el gallo del hombre se levanta.

## METAMORFOSIS DEL CLAVEL

### UN CLAVEL VA DE VIAJE...

UN clavel va de viaje,  
un clavel va viajando:  
por las piernas, mar arriba,  
por los pechos, mar abajo.

Un clavel va de viaje,  
un clavel ya ha naufragado.

¿Qué será, qué no será,  
que era rojo y ahora es blanco?

### ¿QUÉ TENGO EN LA MANO?...

¿QUÉ tengo en la mano?  
(¡Que se te convierte en concha!)

¿Qué tengo en la mano?

(¡Que se te convierte en árbol!)

¿Qué tengo en la mano?

(¡Que se te convierte en hojas!)

¿Qué tengo en la mano?

(¡Que se te convierte en nardos!)

### *EL CABALLO PIDIÓ SÁBANAS...*

(A Ninoche.)

EL caballo pidió sábanas,  
rizadas como los ríos.  
Sábanas blancas.

Quiero ser hombre una noche.  
Llamadme al alba.

La mujer no lo llamó.  
(Nunca más volvió a su cuadra.)

### *EL CABALLO PIDIÓ SÁBANAS...*

EL caballo pidió sábanas

El eco le devolvía  
voz de muchacho.

Se halló signos varoniles,  
el gallo.

Se asombró el gallo.

Ojos de amor y pelea,  
saltó a un naranjo.

Del naranjo, a un limonar;  
de los limones, a un patio;

del patio, saltó a una alcoba,  
el gallo.

La mujer que allí dormía  
lo abrazó.

Se asombró el gallo.

*MAMABA EL TORO, MAMABA...*

MAMABA el toro, mamaba  
la leche de la serrana.

Al toro se le ponían  
ojos de muchacha.

Ya que eres toro, mi hijo,  
dame una cornada.

Verás que tengo otro toro  
entre las entrañas.

(La madre se volvió yerba,  
y el toro, toro de agua.)

*LA VACA...*

LA vaca,  
en la grama.

—Quiero ser mujer de casa.

El hombre,  
en su cuarto.

—Quiero ser toro del campo.

(Al cruzarse los deseos,  
brincó un niño colorado.)

*EL PERRO LOBO LLAMÓ...*

EL perro lobo llamó  
a la puerta de la casa.

Insomnio turbio en la alcoba.  
Una muchacha.

Tengo amor de hombre y tengo  
de hombre también la palabra.

Alba.

Entre los rastros del monte  
se vieron huellas humanas.

*Consuelo dulce el clavel.*  
GÓNGORA

*LA SIESTA*

¡CUÁNTO sol! ¡Cuánto sol!  
Las cigarras parece que van a reventar.  
Arde el ganado, jadeante. Hierven  
hasta las piedras. Va a incendiarse el campo.  
¡Cabritillos, acá! ¡Venid, borregas!  
Rey, ¿qué te pasa? Tienes sed. Maldito  
calor. ¡De prisa, Rey!  
Ayúdame a juntar el rebaño, condúcelo  
hacia las anchas sombras de las viejas higueras.  
¡Vamos, Rey, no me gruñas!  
Corre y ladra. Te espero  
para dormir la siesta  
entre los juncos frescos del arroyo. No tardes.  
Me quemas las albarcas.  
¿Qué haces ahí, lagarto,  
mirando al sol? Parece que está muerto.  
Ni siquiera se mueve. Los tomillos  
huelen a brasas secas.  
Las pitas se retuercen como dentro de un horno.  
Me achicharra el vestido.

Me espina el cuerpo como si llevara  
una saya de zarzas y de cardos.  
¡Ah, qué alivio! Se acercan las adelfas.  
Oigo el chasquido de las cañas. Bajo,  
ya casi sin respiro, la pendiente.  
Algarrobos y pinos se aproximan.  
Las sombras se humedecen de tréboles. Se espesan  
los carrizos y juncos. Canta el agua  
contra la piedras. Sólo yo la escucho.  
¡Ah, qué alivio el rumor de la corriente!  
Nadie me ve desnuda en el remanso.

El agua ciñe mis piernas.  
El agua.  
Sólo me las ciñe el agua.

El agua abraza mi talle.  
El agua.  
Sólo me lo abraza el agua.

El agua besa mis pechos.  
El agua.  
Sólo me los besa el agua.

El agua cubre mis hombros.  
El agua.  
Sólo me los cubre el agua.

El agua sólo me mira  
el cuerpo fuera del agua.  
El agua.

¿Sólo el agua? ¿Qué veo?  
Algo se mueve frente a mí, mirándome,  
mientras sube creciendo entre los juncos.  
¡Qué tallo nunca visto!  
¡Cómo, al crecer, se ensancha y enrojece  
la extraña y dura flor que lo corona!  
¿Flor o fruta? Más bien parecería  
un fresón inflamado, suspendido  
de un tronco de bambú. Sube más alto.  
Se inclina ahora. Se detiene, inmóvil.  
De pronto, se estremece como si lo agitara  
una mano invisible... Va a reventar la flor,  
va a abrirse, va a estallar... ¡Oh, qué hermosura!



Se ha derramado en lágrimas de nieve.  
 Ya no está. ¿Dónde ha ido?  
 Se ha doblado y perdido en la maleza.  
 ¡Vuelve, vuelve! ¡Levántate de nuevo!  
 Estoy temblando... ¡Sube, sube, sube!  
 Me arden las piernas... ¡Vuelve! Se me rompen  
 los pechos... Tengo sed...  
 La boca se me amarga...  
 No veo.. Se me queman  
 los ojos... ¡Vuelve! El sol  
 se echa encima de mí mordiéndome la sangre.  
 Ladra Rey a lo lejos... El arroyo  
 me lame un brazo con su lengua fría...  
 ¡Vuelve! Te espero... ¡Vuelve!

No es la mujer toro.

Tendría el corazón como la arena,  
 grande y redondo y con el sol adentro.  
 Sus cornadas serían mucho más que mortales.  
 Negra y hermosa, arráncate de súbito.  
 Los hombres te esperamos, extendida la espada,  
 dispuestos a morir matándote, matándonos.

No es la mujer pájaro.

Descendería de la estrella al árbol,  
 desde el más alto verde a las ventanas.  
 Su canto sirve al corazón.  
 Nos lo llena de espacios y horizontes.  
 Blanca y dichosa, te esperamos siempre.  
 La tierra está muriéndose sin cantos.  
 ¡Tus alas y tu voz! Álzanos. Llévanos.

No es la mujer pez.

Sus pechos son azules.  
 Sacude en los cabellos caracoles y algas.

Difícil es de ver. Pero de pronto,

si asoma su mirada entre la espuma,  
te clava el corazón y te lo lleva.  
Se necesita a veces morir, o en todo tiempo,  
morir de amor bajo la mar. Acude.  
La playa está sin sueño. Te esperamos.

Es la mujer lagarto.

Como una furia alerta.  
Un letargo fingido.  
Un calculado éxtasis.  
Se yergue al sol. Te mira.  
Silba callada. Escucha.  
Se acerca con sigilo.  
Simula pena. Llanto.  
Te besa fría. Quieta.  
Te hunde en el sueño. Atiende.  
Te denuncia. Resbala.  
Agonizas de horror.  
Mueres de oscuridad. Te resucita.  
Se muda de camisa. Se disloca.  
Se exalta. Se despeina.  
Se mete en los cabellos.  
Se esconde en las axilas.  
Se desliza en el vientre.  
Se anida entre las ingles.  
Te vacía las venas.  
Te expectora la sangre.  
Te devora la piel.  
Te seca al sol. Se yergue.  
Siempre una furia alerta.  
Un letargo fingido.  
Un calculado éxtasis.  
Es la mujer lagarto. Siempre verde.  
Puede ser negra. Pero siempre es verde.  
Anaranjada. Pero siempre es verde.  
Azul.

Gris.

Roja. Pero siempre es verde.

## LAS TRANSFORMACIONES DEL ERIZO

Él espina, él espinaba.  
Él soñaba.

Él se abría, él se cerraba.  
Él soñaba.

Él soñaba que era ella.  
Él soñaba.

Ella soñaba que era él.  
Él soñaba.

Que era mujer y caballo.  
Él soñaba.

Que él era gallo y mujer.  
Él soñaba.

Que era clavel y era toro.  
Él soñaba.

Cuando al alba despertó,  
él dio a luz la luz del alba.

# III

...cuando al clavel el joven atrevido  
las dos hojas le chupa carmesíes...

LUIS DE GÓNGORA

## GIORGIONE<sup>2</sup>

(Venus)

GRACIA de amor, muchacha rubiamente dormida,  
abre tus ojos, lléname  
con sus dulces violetas el final de mi vida.

Gracia de amor, muchacha claramente dorada,  
abre tus labios, riégame  
con sus frescos relámpagos mi boca ya cerrada.

Gracia de amor, muchacha de los senos erguidos,  
abre tus flores, clávame  
sus agudas estrellas en mis dedos dormidos.

Gracia de amor, muchacha de las piernas preciosas,  
abre tus muslos, cúbreme  
de violetas, estrellas, relámpagos y rosas.

## *CUANDO DESNUDA EN LA MAÑANA...*

CUANDO desnuda en la mañana  
saltas de la tibia blancura  
y doblándote de cintura  
dejas abierto en negro y grana  
ese dulce erizo marino  
que en tu golfo de sombra habita,  
pienso en el mismo que Afrodita  
abre en la espuma, matutino.

<sup>2</sup> Poemas manuscritos en un cuaderno fechado en 1960.

**(POEMA IMPUBLICABLE)**

SOFOCACIÓN y silencio.

Lengua en punta.

Coño abierto.

Se alzan las tetas redondas  
con dos pupilas de fuego.

Coño abrevado y mordido.  
Bosque negro.

3

CABELLOS

finos

cabellos

riiizaaadoos

y

desriiizaaaadooooos

axilas

m

s

o

u

n

n

t

e

e

V

de

mano a tientas invisible

Secreto

***SÓLO UNA PIERNA FUERA DE LA SÁBANA...***

SÓLO una pierna fuera de la sábana.

Pierna arriba, cubierto...

se siente el respirar. Está oscuro. Pudiera

la mano despertar los rizados cabellos.

*IMBORRABLE AGONÍA DEL PLACER CON QUEJUMBRES...*

IMBORRABLE agonía del placer con quejumbres  
y ojos perdidos casi muertos, ojos  
resucitados de las lejanías.

*VUELVE OTRA VEZ Y DÉJAME...*

VUELVE otra vez y déjame  
lleno de ansiosas flores, de anhelantes  
hilos de agua de secretas fuentes.  
Muero por tierra. Bésame. O ignórame.

*ESCUCHO TU LEJANO FLUIR, FUENTE ENTREABIERTA...*

ESCUCHO tu lejano fluir, fuente entreabierta,  
tu desesperación, delirio y llanto,  
tu frenesí, dolor, amor, insultos.  
Y luego tu silencio.

*ALTO EL TALLE DE JADE SE DESPIERTA Y A OSCURAS...*

ALTO el talle de jade se despierta y a oscuras  
centellea buscando la Fosa del Cinabrio.

*ESTÁ LA FLOR CERRADA...*

ESTÁ la flor cerrada  
en el jardín oscuro que conduce  
a la Cámara Roja.

*... en aquel incierto golfo de sombras, anunciando el puerto.*

GÓNGORA

## I

INMORTAL  
fuego tú,  
se sueña en ti  
que encierras  
la sola única  
llama.

*Vivo sin vivir en mí.*  
SANTA TERESA DE JESÚS

## II

YO te pongo los muslos,  
las caderas,  
oscuro sueño preso que te abres  
y desatado hundes en ti la madrugada.

*Al alba venid.*  
ANÓNIMO

## III

NO era flor  
la que aquella noche vi,  
la que oí, la que amé.  
No era flor  
la que aquella noche amé,  
flor la que mordí.  
Aquella noche tenía alas,  
tenía alas  
y no volaba.  
Abierta muy al amanecer,  
cantaba.  
Cantando, yo la miraba.  
¡Qué hondamente la besaba!  
Al dar la aurora se cerró,

se cerró al alba.  
Cerrada, yo la miraba.  
Y ella en sueños me miraba.  
Y, sin embargo, no era flor,  
pero tenía alas.  
Aquella noche tenía alas.

*Para vivir, me basta desearos.*

LOPE DE VEGA

#### IV

TE abres insomne y cantas.  
Más bien silbas, susurras.  
Luego, cierras desfallecido tu corola,  
y besado hasta el fin, tu canto se sumerge  
tras de tus lentos labios que, de pronto,  
se entreabren de nuevo, derramándose.

*A batallas de amor, campo de plumas.*

GÓNGORA

#### V

ANÉMONA encantada  
enamorada.  
Orquídea despeinada  
enamorada.  
Flor abierta o cerrada  
enamorada.

*No me la enseñes más,  
que me matarás.*

ANÓNIMO



## VI

NO tienes edad. Se puede,  
primavera siempre en ti,  
penetrar entre tus hojas,  
oler flores, besar ramas,  
dormir acanto el canto de tu fuente.

*Que por mayo era, por mayo.*  
ANÓNIMO

## VII

ESCAPADO del centro de las piernas,  
enmarañado y loco,  
vuelas salado a saltos  
y hay que correr a asirte entre las ramas,  
incontenible pájaro insurrecto.

*¡Aire, que me lleva el aire!*  
ANÓNIMO

## VIII

PEZ relampagueante.  
Dragón agazapado.  
Golondrina enamorada.  
Martín-pescador.  
Mariposa incendiadora.  
Pino pequeño.  
Bambú junto al altar.  
Gaviota en el aire.  
Salto de caballo salvaje.  
Vuelo de tigre blanco.  
Cigarra en la rama.  
Cabra ante el árbol.

Pájaro gigante que vuela sobre una mar oscura.  
Asno en la lenta primavera.  
Perro en otoño.

LIT' AN HSUAN

Siglo XVII

*Muchas cosas, algunas,  
aunque bellas, extrañas para amarte.*

RAFAEL ALBERTI

IX

TÚ haces en un momento contemplar maravillas,  
especial jardinero de nenúfares,  
extasiados, dormidos en el agua,  
o bien, pastor de estrellas, sin moverte,  
lunas, soles, cometas y luceros.

*Abstraído e insomne,  
el amante se aleja perfumado.*

IBN HAZAM DE CÓRDOBA

X

CAÍDO, revolcado,  
pudiera ser lo mismo sobre calientes, níveas  
sábanas en borrascas,  
que entre espigas dobladas o un hoyo de amapolas,  
no importa en qué lugar  
ni a qué hora si al alba,  
si en el túnel sin eco de la noche,  
en medio del frenético,  
desesperado o dulce duelo de amor, se escucha  
siempre el llanto de un niño,  
una nueva sonrisa, una confusa  
canción que se clarea desde lo más lejano...

*Por quien siempre hay futuros en el útero eterno.*

RUBÉN DARÍO

## XI

TIEMBLAS oscuro en tu nido,  
y si despiertas, el mar  
gallo es de espumas erguido.

*...rumor de olas quebrándose.*

PABLO NERUDA

## XII

LUZ sin eclipse que te pongo,  
umbrosa dulce claridad,  
inextricable, dócil, sumisa selva sola,  
sin dormir, esperando,  
aire, ritmo, cadencia.  
Amor, altura, cimas,  
limonero de pie terso limado,  
tiernas, absorbedoras, congraciadas encías,  
espermas relucientes,  
profundo, ansiado abismo.

*Y yo te di de hecho  
a mí, sin dejar cosa...*  
SAN JUAN DE LA CRUZ

## XIII

COMO un astro prendido sobre un mar de tormenta,  
vas a caer, vas pronto a desprenderte,  
y en vértigo, relámpago, a clavarte,  
a moverte, gritando, enfurecido,  
quejándote, llorando, susurrando,  
musitando, durmiéndote, muriéndote.  
Después...

*...nos hundiremos en las frías tinieblas.*

CHARLES BAUDELAIRE

XIV

DULCES algas azules labios fuentes,  
plumas pájaro flor coral cerrada,  
divino mar ola beleño hirviente,  
sal espuma secreta segregada.

*...y los moluscos, reminiscencias de mujeres.*

RUBÉN DARÍO

XV

SOÑADO desde lejos,  
guarecido  
en tu propio calor, en tu muy alta, íntima  
temperatura, el sueño  
flecha ciega sus alas  
hacia ese oscuro imán que se sonrosa  
y atrae y se confunde  
en un solo e igual  
vencido sueño.

*...como flexibles mimbres las piernas enlazadas.*

ANA ROSSETTI

XVI

PUDIERAS estar ebrio, trastornado  
de turbios agrios mostos, extraño y suspirante  
como si la garganta  
se te hubiese bajado hasta los labios  
desprovistos de acuchillados dientes,  
sacudido de un sísmico arrebato,  
tan violento agresor que pretendiera  
sólo abrirse al placer al punto de expirar,  
ya pasada la muerte.

*Entrando a media noche, me escapé de los tigres.*

TU FU

## XVII

RÍE, sonríe, ríe  
 la boca carmesí  
 de labios carmesíes.  
 No hay aquí más calor,  
 aquí, más sólo abierto amor  
 que el que cuando sonríe  
 su boca carmesí  
 de labios carmesíes  
 aquí.

*El bambú se alza junto al altar.*  
 EL TAO DEL AMOR

## XVIII

CUANDO abres tus piernas  
 en la mitad del cielo,  
 fulge en tu centro la más bella noche  
 concentrada de estrellas  
 que palpitan lloviéndose en los labios.

*..maravilla es de lo ver.*  
 ANÓNIMO

## XIX

GOLFO nocturno, ábrete a mí bañadas  
 del más cálido aliento tus riberas.  
 Sabes a mosto submarino, a olas  
 en vivientes moluscos despeñadas,  
 a tajamares, soles de escolleras  
 y a rumor de perdidas caracolas.

*A la concha de Venus amarrado.*  
 GARCILASO DE LA VEGA

XX

VALVAS que pueden ser  
negras, rubias doradas,  
rojos, carbunco incendio,  
verdes líquenes húmedos y hasta  
perdidos viejos blancos aún estremecidos.

*Oh, basta, basta, no me toques más.*  
OVIDIO

XXI

A PESAR de ser tantos tú eres uno,  
uno solo en lo bello,  
en lo maravillosamente aborrecido,  
terriblemente amado.  
Cuando se sueña en ti,  
no ostentas ningún rostro ni senos ni caderas,  
no correspondes a ninguna sonrisa  
ni a hermosos ojos negros o esmeraldas.  
Eres uno,  
uno tan sólo, único,  
irresistible y único,  
confluyendo en ti sólo los más tristes abismos,  
las simas y las cumbres más dichosas,  
ese ansiado hasta morir,  
hasta llegar al fondo de la noche  
y regresar al fondo de la luz cantando.

*Ay amor, dijiste ¡Ay!*  
ANÓNIMO

## XXII

CUANDO alcanza la luna su más luna en el cielo  
 y el mar levanta a espumas de pleamar el mar,  
 qué secreto te enciendes,  
 qué hebras dulces de sangre resbalas por tus muslos,  
 misterioso en la noche  
 ese rojo fluir de tu hondo ser subiendo  
 del mar al plenilunio gozoso que te hiere.

*Que dios guarde a la luna de los perros.*

PROVERBIO FRANCÉS

## XXIII

DESPOJADO, bañado, descendido,  
 confuso ya en tus lentas,  
 develadas penumbras,  
 dulcemente agredido por sonámbulas,  
 submarinas abejas,  
 busco queriendo, busco  
 no encontrar la salida,  
 permanecer hundido  
 en tu definitivo, varado, naufragado  
 para siempre,  
 Golfo de  
 sombras.

*...anunciando el puerto.*

GÓNGORA

## IV

Amor, en fin, que todo diga y cante,  
amor que encante y deje sorprendida  
a la serpiente de ojos de diamante  
que está enroscada al árbol de la vida.

RUBÉN DARÍO

### *PARA ALGO LLEGASTE, ALTAIR, DESCENDISTE...*

PARA algo llegaste, Altair, descendiste  
de tu constelación en pleno día.  
Nunca bajó una estrella  
a enramarse del sol de los olivos,  
ni la cal de los pueblos  
pasó del blanco puro a ser más blanca  
ni el viento de esa noche  
a prolongar su canto más allá de la aurora.  
Nunca se vio a una estrella a pie por los caminos,  
ni pararse de pronto, detenerse,  
señalando, prendiendo, iluminando  
algo que no esperaba.  
Para algo Altair descendió desgajándose  
de su constelación aquella noche.

### *CUANDO ABRE SUS PIERNAS ALTAIR...*

CUANDO abre sus piernas Altair  
en la mitad del cielo,  
fulge en su centro la más bella noche  
concentrada de estrellas  
que palpitan lloviéndose en mis labios,  
mientras aquí en la tierra,  
una lejana, ardiente  
pupila sola, anuncia la llegada  
de una nueva, dichosa,  
ciega constelación desconocida.



*LLEGA, ALTAIR, DE PRONTO...*

LLEGA, Altair, de pronto.  
 Toda su magnitud de estrella arde.  
 Desnudada de cielo resplandece.  
 No es una nebulosa en la noche, perdida.  
 Palpable es, estrella que se toca,  
 que atrae con su centro incandescente.  
 Alto fuego volcado se consume,  
 se hunde en su llama. Y Altair, se esfuma.

*EN AQUELLA ALTA NOCHE, ALTAIR ALZÓ EL VUELO...*

EN aquella alta noche, Altair alzó el vuelo,  
 esquivando tal vez (y sin tal vez) la tierra,  
 y a miles de millares de kilómetros,  
 en un oscuro hoyo,  
 triste, de la Vía Láctea,  
 halló una, aunque mínima, desconocida estrella.  
 Aquel bello triángulo que Altair componía  
 en su constelación  
 lo deshizo colgándose de otra,  
 cuyo nombre, Altair, no lo conoce nadie.  
 Y así, pobre Altair,  
 desvaneció su brillo hasta borrarse  
 en los atlas del cielo.

*CUANDO VOLÓ ALTAIR DE SU CONSTELACIÓN...*

CUANDO voló Altair de su constelación  
 aquella noche,  
 una muy dulce oscura, sin oriente,  
 perdida golondrina,  
 se le anidó temblando entre las piernas,  
 y allí está acariciada, besada,  
 simulando dormir,  
 temerosa

de tener que volar hacia otros espacios,  
pero insomne, Altair  
entre labios y manos la retiene.  
Así es Altair, cuando desciende, a veces, a la tierra.

*NO SON TUS LABIOS, ALTAIR, EN LA NOCHE...*

NO son tus labios, Altair, en la noche  
los que siento en los míos,  
sino aquellos ocultos, secretos, en penumbra,  
que beso hasta morir entre sus finos rizos,  
dulces y delicados...  
Cuando Altair se muere de no morir...entonces.

*BUSCABA TUS COLINAS POR EL CIELO...*

BUSCABA tus colinas por el cielo,  
alta Altair, mas no las encontraba,  
tu insomne golondrina, que soñaba,  
fuego en la noche, abierta a mi desvelo.

Oh, qué vertiginoso desconsuelo  
no hallar ni estela de lo que buscaba,  
las laderas, los valles, la encantada  
mínima sombra ciega de mi anhelo.

¿Dónde estás, Altair, alta y perdida,  
dulce tiniebla, luz desvanecida,  
corona y resplandor de mis placeres?

¿Será verdad que alguna vez ardiste,  
que me amaste, gozaste, que moriste,  
que aún eres mi Altair, que no lo eres?

*VEN...*

Ven. Ven. Así. Te beso. Te arranco. Te arretrato. Te compruebo en lo oscuro, ardiente oscuridad, abierta, negra, oculta derramada golondrina, oh tan azul, de negra, palpitante. Oh así, así, ansiados, blandos labios undosos, piel de rosa o corales delicados, tan finos. Así, así, absorbidos, más y más, succionados. Así, por todo el tiempo. Muy de allá, de lo hondo, dulces ungüentos desprendidos, amados, bebidos con frenesí, amor hasta desesperados. Mi único, mi solo, solitario alimento, mi húmedo, lloviznado en mi boca, resbalado en mi ser. Amor. Mi amor. Ay, ay. Me dueles. Me lastimas. Ráspame, límame, jadéame tú en mí, comienza y recomienza, con dientes y garganta, muriendo, agonizando, nuevamente volviendo, falleciendo otra vez, así por siempre, para siempre, en lo oscuro, quemante oscuridad, uncida noche, amor, sin morir y muriendo, amor, amor, amor, eternamente.

*FRENÉTICA ALTAIR, DESESPERADA Y BELLA...*

FRENÉTICA Altair, desesperada y bella,  
 prolongado temblor cuando desde la altura  
 anhelada y abierta desciende a los abismos,  
 creando allí los orígenes  
 perdidos del lamento,  
 de los ayes sin fin,  
 los en sombra suspiros,  
 los sin retornos ecos,  
 ese inicial idioma,  
 imposible, Altair,  
 de dejar de escuchar, lejos, a la distancia.

*CUANDO ALTAIR SE FUE YA ENTRADA LA MAÑANA...*

CUANDO Altair se fue ya entrada la mañana,  
las rosas rojas que con ella trajo,  
encendidas de noches altas y amaneceres,  
daban mudos indicios, aunque lentos,  
tristes, de marchitarse.  
Después de su llorosa, acongojada,  
solitaria partida,  
alguien bañó las flores en agua nueva y dulce,  
y aquí están encendidas y otra vez rosas rojas,  
abiertas, esperando.

# V

¿Por qué fue la manzana  
y no  
la naranja  
o la poliédrica  
granada?

FEDERICO GARCÍA LORCA

## LA PULSERA DE PLATA<sup>3</sup>

ME parece que nunca lo conté. Estoy seguro. Sucedió, puede ser, en una oscura callecita de una pequeña isla del Mediterráneo. Era ya muy de noche. Las muchachas estaban recostadas sobre la cal de las paredes, en los cerrados portones del callejón. Yo era poco más de un adolescente. Íbamos tan sólo a que nos bailaran aquello que tan misteriosamente había comenzado a levantársenos entre las piernas y urgía aquel remedio para que se nos bajara. Yo iba porque aquella vez no había quedado satisfecho, necesítándolo de nuevo. La muchacha me dijo:

—Puedo hacértelo otra vez. Pero vale unas monedas más.

Recuerdo que eran muy pocas.

—Verás. Te va a gustar mucho. No sabes lo que es.

Y sacándose de la blusa una bella pulsera de plata con cascabeles, se la colocó en la muñeca derecha. Yo estaba entre radiante y asustado. Había un silencio dichoso en la calleja. El contacto de su puño cerrado endurecía, haciéndome crecer, aquello que me estaba oprimiendo. De pronto, rítmicamente, comenzaron a sonar los cascabeles al mismo tiempo que salía la luna. El glin-glin, aunque yo lo sentía allí, brotaba entre mis piernas, pareciéndome lejano, adormecedor. Se detuvo un momento, la mano bañada como de copos de alhelíes blancos. Luego de una jadeante pausa, encontramos el ritmo prodigioso, el glin-glin musical, hasta desvanecerse... Nunca más volví a pasar un sueño tan dulce y armonioso como aquél, acompañado de ese misterioso glin-glin salido de una pequeña pulsera plateada.

¡Oh visiones de aquellos 15 años, entre cales y dunas ondulantes de los litorales gaditanos! Y cuando poco más tarde llegó el momento de amanecer hundidas las sonámbulas manos en la espesura cálida del monte de Venus, era, oh maravilla, como tocar o acariciar la oscuridad y hondura de los orígenes del mundo.

<sup>3</sup> Publicado en *El País*, Madrid, 12 de marzo de 1989. (Fragmento.)

# *El ángel profano*

*El matador, 1961-1965*  
*Los 8 nombres de Picasso, 1966-1970*



L O R E N Z O S A V A L

*El ángel profano, 1998.*

# I

Hombre, toca, toca  
lo que te provoca...

DÁMASO ALONSO

## LA CONDICIÓN

### ESCENA I

- MONSEÑOR, ya lo sabe.
- No es posible, señora.
- Ésa es mi condición.
- No es posible, señora.
- Adiós. Beso su anillo...
- No se vaya, señora.
- Monseñor, no es posible...
- Sí es posible, señora.
- Monseñor, Monseñor...
- Señora, mi señora...
- ¿Qué busca Monseñor?
- Su licencia, señora.
- Sabe mi condición.
- No es posible, señora.
- Monseñor, ¡esa mano!
- Señora, mi señora.
- ¡Monseñor, Monseñor!
- ¿Qué pasa mi señora?
- Monseñor, ¡esos labios!
- Señora, mi señora.
- Sabe mi condición.
- No es posible, señora.
- ¡Monseñor, Monseñor!
- Cálmese, mi señora.
- Monseñor, que se pierde.
- Señora, mi señora.
- Sabe mi condición...
- No es posible, señora.
- Váyase, Monseñor...



- No me voy, mi señora.  
 —¡Echen a Monseñor!  
 —Volveré, mi señora.  
 —Sabe mi condición.  
 —Volveré, mi señora.

## ESCENA II

- ¿Quién llama?  
   —Monseñor.  
 —No puede entrar...  
   —Señora...  
 —Sabe mi condición.  
 —Ábrame, mi señora.  
 —¡Monseñor, Monseñor!  
 —¡Señora, mi señora!  
 —¡Bello está Monseñor!  
 —¡Bella está mi señora!  
 —Pase mi Monseñor.  
 —Desnúdese, señora.  
 —Hágalo Monseñor.  
 —Señora, mi señora.  
 —Hermoso es Monseñor.  
 —Hermosa es mi señora.  
 —Gloria es mi Monseñor.  
 —Edén es mi señora.  
 —¡Monseñor, Monseñor!  
 —¡Señora, mi señora!  
 —¡Ay amor, Monseñor!  
 —¡Ay amor, mi señora!  
 —Vístase Monseñor.  
 —Usted no, mi señora.  
 —El alba, Monseñor.  
 —¡Ay amor, mi señora!  
 —Mi Monseñor, el cingulo.  
 —¡Ay amor, mi señora!  
 —La estola, Monseñor.  
 —¡Ay amor, mi señora!  
 —Monseñor, el manípulo.  
 —¡Ay amor, mi señora!  
 —La capa, Monseñor.  
 —¡Ay amor, mi señora!  
 —La mitra, Monseñor.

—¡Ay amor, mi señora!  
— Mi Monseñor, el báculo.  
—¡Ay amor, mi señora!  
—Adiós, mi Monseñor.  
—Ite, misa est, señora.

## EL MONJE

¡SEÑOR, Señor, Señor!  
Mírame en tu jardín. Ha llegado el otoño.  
Todo se ha despoblado. Aquellas hojas verdes  
—¿cuántos millones, cuántos?—que cantaban  
tu gloria al son del viento, son ya apenas  
un montón amarillo, que la lluvia  
pudre contra la tierra y reduce a la nada.  
Quiero rezar, Señor, Jesús, Dios mío,  
meditar en lo breve del verano,  
la corta vida de la primavera,  
ante esa pobre carne desprendida  
de tu triste jardín en esqueleto.  
Quiero rezar, Señor... Pero entre tantas  
osamentas oscuras, entre tantos  
miserables despojos, se mantiene  
de pie una dalia rosa como un seno,  
un tibio y dulce sol amaneciente.  
¡Señor, Señor, no dejes que el demonio  
me tiente con la vida entre los muertos!  
Es el otoño, ayúdame a sumirme,  
tranquilo, en el Oficio de tinieblas.  
Prefiero tu agonía, tus lentos estertores,  
la lanzada mortal de tu costado  
al temblor de los muslos de Diana.  
¡Derríbala, Señor, mira que viene!  
¡Levanta un huracán, mándale un rayo,  
fulmina su dorada fortaleza,  
su terrible hermosura,  
pues hasta tú, Señor,  
no escaparás al nudo de su abrazo!  
Pero ¡no, no, Dios mío! ¿Qué vas a hacer? ¡Detente!  
¡No lo mires, Diana, mi Diana!  
¡Huye conmigo, huye! Es poderoso,  
bello, tierno y amante, cuando quiere.

¡Déjamela, Señor! ¡Es mía, sólo mía!  
 No presentes batalla por su cuerpo.  
 Guarda tus labios para orar tan sólo,  
 para la dulce luz de tus divinas  
 palabras. No los manches,  
 como yo, vil mortal, en la impureza  
 de los hondos abismos de Diana.  
 ¡Déjalos tú, Señor, para mi boca!  
 No me importan las penas de tu infierno.  
 Por ella me perdí, por ella ahora  
 quiero salvarme de esta triste vida,  
 de este lento morirme que me impuse.  
 ¡No me la quites, no me la arrebatas!  
 ¡Atrás, atrás, Señor, pues soy un hombre,  
 un homicida, un deicida, un hombre  
 como aquellos, Señor, que te mataron!  
 ¡Suelta a Diana, suéltala! ¡Dios mío!  
 ¿Pero en dónde estás tú, que no te veo?  
 ¿Dónde mi amor, Diana, mi Diana,  
 el ancho río de mis ciegas noches,  
 mi rebotante juventud, mi ardiente,  
 desvanecido sueño desbocado?  
 ¡Oh, gran ladrón, oh gran ladrón, oscuro  
 robador de mi gloria!  
 ¿En dónde estás? Respóndeme.  
 ¿Eres dios mismo o eres el demonio?  
 Ten el valor de contestarme. Escúchame.  
 No me dejes quemar en esta duda.  
 Es el otoño, quise  
 meditar en lo breve del verano,  
 la corta vida de la primavera,  
 ante la pobre carne desprendida  
 de tu triste jardín en esqueleto.  
 Quise rezar, Señor, pero entre tantas  
 osamentas difuntas, mantuviste  
 de pie una dalia rosa como un seno,  
 un tibio y dulce sol amaneciente,  
 para tentarme, sí, para probarme.  
 Y ahora, Señor, comprendo, pues no hay nada:  
 sólo mi angustia y una flor marchita  
 que ya pudre también la lluvia del otoño.

## II

...un amor tenebroso,  
una dicha culpable y unas extrañas fiestas,  
llenas de besos infernales,  
que regocijarían a los ángeles malos  
nadando en cortinas y chales.

CHARLES BAUDELAIRE

### SOBRE LOS AMORES SECRETOS DE RAFAEL Y LA FORNARINA

#### DE LA FORNARINA A PICASSO

GRACIAS, maestro, por haber grabado  
tan al detalle mis secretas cosas:  
las empinadas cimas rumorosas  
y el abismo absorbido o penetrado.

Maravilla de haberme revelado  
en las posturas más maravillosas:  
tronchado el cuerpo o por sus anchurosas  
formas al viento en vilo levantado.

Gracias, maestro, os da la Fornarina  
en nombre de su fino y bello amante,  
también grabado en su pasión secreta

el gallo siempre alerta o tremolante  
dentro del horno fabricando harina  
y en la mano el pincel y la paleta.

#### DE RAFAEL A PICASSO

MAESTRO, no soñaba yo que un día  
me dibujaras tan divinamente  
el gallo erguido de la cresta ardiente

dentro del horno que jamás se enfría.

Quién diría que tú, quién me diría  
que sólo tú, llegado el siglo XX,  
nos retrataras clandestinamente  
y engarzados con tanta maestría.

Si inmortal era ya mi panadera,  
si en los altares era venerada  
su imagen de Madona casta y pura,

ya es hoy más inmortal de lo que fuera,  
a los ojos del mundo levantada  
por una y otra parte su figura.

## DE MIGUEL ÁNGEL A PICASSO

PELIGROSO maestro respetado,  
que sin respeto por mis compañeros  
me haces mirar entre los cortinones  
lo que en mi alcoba ver quisiera alzado.

No creas que me tienen arrobado  
la hornacina, el altar, los cupulones  
de ese edificio en que se descompone  
el cuerpo de la amante derribado.

Es un esbelto fuste lo que admiro,  
es su penacho por lo que deliro,  
su basamento lo que así me inflama.

Nunca me enamoró la Fornarina,  
sí Rafael... mas no tras la cortina  
y menos ¡ay! debajo de la cama.

# *El ángel biógrafo*

*La arboleda perdida* (1959-1987)  
*La arboleda perdida* (Páginas dispersas)



JUAN CARLOS LAINEZ

*El ángel biógrafo, 1998*

# Primer tiempo

Miro  
al espacio vacío  
y en la estela del ángel  
un rostro me sonríe.

PEDRO SALINAS

## ASCENSIÓN Y METAMORFOSIS<sup>1</sup>

*Puerto de Santa María de Cádiz, 1916-1917*

AUNQUE entonces sufría y me desesperaba, mudo, por el amor de mi tía Gloria, era de Milagritos, una muchachilla de la calle de las Cruces, camino del colegio, de quien estaba verdaderamente enamorado.

Milagritos Sancho, algo más chica que yo, era bastante bonita, nada espigada y con las piernas muy gordas. A pesar de que nunca llegara a ser mi novia, fue causa y pretexto de innumerables rabonas, malas notas semanales y de que me expulsaran, por algún tiempo, del religioso centro de enseñanza.

Mi naciente pasión la compartía con Treviño, un alumno de quinto, demasiado alto para andar todavía con pantalones cortos. En aquel curso —1916-1917—, se hablaba insistentemente en mi casa del traslado a Madrid de toda la familia, doble motivo éste para entregarme a pensar en Milagritos por playas y azoteas, lejos del segundo año de Francés y la odiada Preceptiva Literaria.

Un caserón deshabitado de una esquina lindaba con la modesta casita de dos pisos donde vivía Milagritos con su madre y hermanas. Sólo una vez había estado con ella, sentido de cerca y, muerto de cortedad, rozado su mano en un jardín oscurecido del paseo de la Victoria, frente al Penal, aquel triste Penal del Puerto que tantos ayes ha arrancado a la garganta del cante jondo.

—¿Conoces a Milagritos?— me gritó, volviéndose de súbito, encendida de azoramiento, una amiga de mis hermanas que la acompañaba aquella tarde.

Yo, que las venía siguiendo a distancia desde el camino de la playa, no tuve tiempo de esconderme o de salir corriendo, por lo imprevisto y rápido de la pregunta. Me acerqué, tembloroso, agolpada toda la sangre en la cabeza, marchando

<sup>1</sup> Excepto los dos últimos títulos de esta sección, los fragmentos siguientes han sido nominados por la antóloga.



mudo junto a ella por una larga avenida. La noche se entraba, mientras que Milagritos, con la cercana retreta del Penal, iba fundiéndose a mi lado desvanecida en el aroma umbro del paseo. Entonces, sentí cómo se arrancaba del gabán un botón alto, ya medio desprendido, dejándolo disimuladamente en mi mano, sin duda como prenda romántica de nuestro primer encuentro.

Pasado más de un mes de aquella silenciosa entrevista, tiempo en el que nuestras relaciones sólo habían consistido en adioses fugaces, miradas temerosas entre el ir y venir del colegio, decidí con Treviño visitar al dueño del caserón desalquilado de la esquina, inventando que mi familia necesitaba la llave para verlo.

El muro de la azotea de Milagritos arrancaba de la más baja del caserón, sólo de una planta. Un atardecer de ejercicios espirituales, dueños ya de su llave inmensa, comida de moho, abrimos, como si fueran las del Paraíso, las puertas que iban a acercarnos, por desconchados corredores, alcobas y lavaderos de ratas, a los ojos, a la sonrisa, tal vez a la mano de ella, siempre allá arriba, solitario angelote rosicler, un poco inflado, en espera de vernos pasar por su calle a esa hora.

Cuando después de un insistente y miedoso siseo logramos que Milagritos nos mirara, ruborizada y sorprendida, desde lo alto, el espanto a ser descubiertos, a que la enfadáramos con aquella osadía, o a que su madre apareciera, todo eso, complicado en mí con un desconocido golpear de la sangre contra las sienes, nos martilló la lengua de tal modo, que la aventura se redujo a un arrobado y triple silencio, roto tan sólo por un grito largo, subido de no sabíamos dónde, ordenando a nuestro amor que bajara a cenar inmediatamente.

Con lo oscuro y el temor a aquella soledad vacía, llena de crujidos misteriosos, intentamos, aprovechando la ausencia, que creíamos momentánea, de Milagritos, evadirnos del caserón, pero no por la puerta de la calle, sino de azotea en azotea. La primera de nuestro itinerario sería la suya, donde la esperaríamos sorprendiéndola, para seguir ante su admiración recorriendo toda la manzana, hasta ir a caer en el terrado de un compañero de colegio, que por allí vivía, y bajar a la plaza de San Francisco.

Para poder subir al primer punto de nuestra aventura, contábamos con una vieja escalera de mano, olvidada en uno de los lavaderos. Por ella escalaríamos el muro, que la ilusión ya nos presentaba como paredón de castillo, hacia una torre coronada de almenas. Yo sería el primero en ascender, mientras Treviño sujetaría bien fuerte la escalera para que no resbalara con el musgo. Luego, una vez dentro de la azotea, me tocaría a mí sujetarla por las puntas, para que él también pudiera subir sin ningún peligro. Así convenido, empecé mi ascensión, unos cuarenta travesaños, los que a medida de irse estrechando hacia el cielo se me llenaban de temblores, hoy no sabría decir si producidos por la inseguridad de la escalera, si por un miedo emocionado a encontrarme de pronto con Milagritos o, lo más terrible, con su madre, abultada señorona, architemida. Ansiosas alcanzaban ya mis manos el borde del pretil, aferrándose fuerte para tirar del cuerpo; ya tiraban de él rebasando los ojos el final del muro, llenándomelos, a través de palmeras y araucarios, una visión desvanecida de la bahía, con las cúpulas gaditanas al fondo; ya intentaban saltar a la azotea, cuando un perrito adormilado exacta-

mente sobre el lugar donde mis pies calculaban posarse, se me abalanzó furioso sobre la cara, avisando a toda la vecindad con sus agudos y desproporcionados ladridos. Con la sorpresa, el terror y sin manos para defenderme, buscaban desesperadamente mis colgadas piernas la escalera, encontrándola al fin, pero cuando ya se comentaba a gritos por todos los terrados el escandaloso suceso.

Al día siguiente, pasando muy de mañana con Treviño ante la casa de Milagritos, unas ásperas manos salieron súbitamente de la puerta, aferrando a mi amigo, desapareciendo con él en un instante. Lo que luego pasó se lo explicaba yo a ella por la tarde en una carta escrita en el colegio y que pensaba hacérsela llegar al otro día, sirviéndome de aquella amiga suya y de mis hermanas. Decía, más o menos, así:

«Mi inolvidable Milagritos:

Cuando Treviño y yo intentamos subir ayer tarde a tu azotea para esperarte y estar contigo, que era lo que *nuestra alma* anhelaba, tu perrito se me abalanzó, ladrando, estando a punto de matarme por su culpa. Al intentar marcharnos, la gente del barrio se agolpó ante la puerta del caserón, gritando entonces los chiquillos que dentro había duendes. Pero cuando alguien respondió con rabia que no, que éramos los niños de los jesuitas, nosotros abrimos las puertas valientemente, diciendo orgullosos que sí que lo éramos, escapando entre los insultos y palabrotas de todos. Esta mañana, al pasar por tu puerta, salió Toto (la criada), con el fin de atraparnos; pero yo me pude escapar, corriendo. No así Treviño, a quien Toto metió a empujones en una sala baja de tu casa, donde tu madre nos esperaba furiosa para reñirnos. Treviño me ha contado que le dijo, refiriéndose a mí, que parecía mentira que un muchacho perteneciente a una familia tan pulcra se atreviera a poner en entredicho a su hija Milagros, alborotando todo el barrio.»

La carta, que seguía ampliando con otros inocentes detalles nuestra frustrada aventura, terminaba con una frase de declaración, escogida de un misterioso librito que circulaba entre los alumnos de tercero y cuarto, lleno de las instrucciones necesarias para cada caso amoroso:

«En espera de tu alta y grata respuesta, que traerá a mi alma el reposo ansiado, se despide de ti rendidamente, tu

*Rafael*»

Aquella novia apenas entrevista desde una azotea de mi lejana infancia portuense, se me fue transformando en sirena hortelana, en labradora novia de vergeles y huertos submarinos.

## GLORIETA DE SALAMANCA

*Madrid, 1917-1918*

Mi cuarto aquel de la calle Lagasca, a pesar de su desorden —«la leonera» lo llamaba mi madre, y mis amigos, «el triclinio»— era siempre el más concurrido de la casa. Todas las visitas, incluso aquellas a quienes nunca supe por qué fastidiaba tanto mi vocación (pictórica), deseaban curiosarlo, ver lo que allí sucedía. No era yo muy partidario de estas inspecciones, pues las más de las veces concluían en risitas burlonas u otras impertinencias motivadas por mis pinturas y dibujos, todavía, a pesar de su normalidad casi académica, demasiado «locos y extravagantes».

Otras personas, en cambio, además de Servando del Pilar, eran siempre bien recibidas en «el triclinio». Mi hermana Pepita, la primera. Ella tenía permiso para revolver mi querido desorden y hasta para llevarse libros, sobre todo los de ciertos poetas que ya juntos admirábamos. Los otros amigos que podían entrar libremente se llamaban Manuel Gil Cala, Celestino Espinosa y María Luisa, una linda muchacha, nueva compañera de mis hermanas, bastante mayor que yo, a quien dibujaba un gran retrato y de quien me sentía enamorado.

Manuel Gil Cala era poeta, Celestino Espinosa también; María Luisa, nada, es decir, mucho: alta y morena, de inmensos ojos concentrados, lectora de Bécquer y, por aquellos días, de Amado Nervo y Rubén Darío, que Gil Cala nos acababa de dar a conocer. Aquella bastante endiablada María Luisa fue motivo de una muy seria situación, nunca aclarada abiertamente, entre Manuel, Celestino y yo. Sucedió que muchas tardes, ya oscurecido, después de posarme una o dos horas en mi cuarto, María Luisa y yo nos veíamos en secreto en la Glorieta de Salamanca, muy solitaria entonces y misteriosa, apretada de abetos cuyas sombras profundas hacían casi invisibles los bancos. En uno de ellos, siempre el mismo, permanecíamos los dos, a veces sin hablarnos, hasta eso de las diez de la noche, hora en que ella desaparecía, rápida, temerosa de que alguien la descubriera. Mis dos amigos no sabían nada de estas citas, hasta que un día, uno de ellos, Espinosa, no sé de qué manera se enteró, adoptando inmediatamente conmigo una rara actitud protectora, llena de susurradas advertencias y no muy buena crítica para mis relaciones con María Luisa, las que consideraba peligrosas y fáciles de convertirse en un escándalo, dada la creciente amistad de mi familia con la de ella. Nunca supe bien qué sucedió. Lo cierto fue que María Luisa al poco tiempo no acudió más a la misteriosa Glorieta y que Celestino, seguramente para consolarme, me dedicó un poema sobre nuestros amores, con estrofas que aludían a los abetos y a aquel banco escondido entre las sombras. Gil Cala, que en medio de todo esto yo no le suponía enterado de nada, nos sorprendió de pronto a Espinosa y a mí leyéndonos unas apasionadas coplas suyas dedicadas a María Luisa, que los dos escuchamos en silencio, sin dejar traslucir el más mínimo gesto de sorpresa. Después de aquel mal trago, jamás quise averiguar si María Luisa me había traicionado con Celestino y si a éste también lo había engañado con Gil Cala. Pero pasó

que entre los tres, a lo largo de nuestra amistad, que fue grande, siempre hubo un oscuro rincón nunca aclarado y que vadeábamos con cierta sonriente habilidad si alguna vez aparecía en nuestras conversaciones.

María Luisa jamás volvió por «el triclinio», aunque su retrato, grande, de cuerpo entero, dibujado al carbón, siguió clavado durante mucho tiempo en la pared de enfrente de mi cama.

## IMAGEN PRIMERA DE SOFÍA

Madrid, h. 1920...

SOFÍA era una niña de doce o trece años, a quien en los largos primeros meses de mi enfermedad contemplaba abstraída ante un atlas geográfico tras los cristales encendidos de su ventana. Desde la mía, sólo un piso más alta, veía como su dedo viajaba lentamente por los mares azules, los cabos, las bahías, las tierras firmes de los mapas, presos entre las finas redes de los meridianos y paralelos. También Sofía bordaba flores e iniciales sobre aéreas batistas o rudos cañamazos, labor de colegiala que cumplía con la misma concentrada atención que sus viajes. Ella fue mi callado consuelo durante muchos atardeceres. Casi nunca me miraba, y, si alguna vez se atrevía, lo hacía de raro modo, desde la inmovilidad de su perfil, sin apenas descomponerlo. Esta pura y primitiva imagen, de Sofía a la ventana, me acompañó por largo tiempo, llegando hasta a penetrar en canciones de mi *Marinero en tierra*, época en que ya ella había trocado el azul de los atlas y la aguja por un *flirt* dominguero y matinal, a la salida de la iglesia. Y si antes Sofía, a los trece años, me escatimaba una simple mirada de reojo, ahora, ya en la flor de los quince, cada vez que en la calle la encontraba de frente, se encendía de rubor, doblando la cabeza y alterándose toda de tal forma, que al final era yo el más avergonzado, dejándola pasar, con bien fingida indiferencia, como si se tratase de una desconocida. Desde entonces, aunque seguí viviendo hasta 1930 en la misma casa, Sofía se me borró del todo, muriéndoseme verdaderamente, terminando por ser tan sólo un bello nombre enredado en los hilos de mis poemas.

## HUÉSPED DE LAS NIEBLAS

El Gran Hotel de San Rafael, h. 1923...

DOS días con sus noches continuados he sido huésped de las nieblas. Pero ahora, de pronto, esta mañana ha salido un sol blanco, contra un gélido azul indefinido. Mirando hacia abajo desde mi torre madrileña, descubro, marmórea y salu-

dable, a la condesa de Pardo Bazán entre los despoblados árboles invernales. Comiéndose para la vista media sierra del Guadarrama, se alza, hórrido y repetido, el hotel Meliá, y más a un lado, el recién restaurado y bello cuartel del Conde Duque, descubriendo si miro desde el otro ventanal de mi torre, cómo toma la temperatura al firmamento el monstruoso termómetro de la televisión. Pero yo vuelvo siempre mis ojos hacia la sierra guadarrameña, ceñida de un nevado turbante transparente todas sus cumbres. Mas para mí es hoy allí al verla, el final de un verano dichoso y sin olvido en el declive de mi adolescencia.

Durante la primavera del año último caí una tarde por San Rafael, en donde, como ya dije, pasaba tantos veranos hasta bien entrado el otoño. Quise ver esa tarde si aún existía el Gran Hotel en donde yo me hospedé siempre. Lo descubrí enseguida, todavía con el viejo nombre pintado en la fachada. Ante ella, una señora anciana paseaba sostenida del brazo por una joven. Me acerqué, no sin cierta cortedad.

—Sí, señor —respondió a mi pregunta—. Ya sé quien es usted. Y yo soy la esposa, ahora viuda, del dueño de este hotel al que usted vino tantos años.

—Y dígame, señora, ¿usted recuerda a una joven actriz que se hospedó aquí algunos veranos?

Noté que la pregunta no le había complacido. Me pareció, al principio, que no me iba a contestar. Pero después de una breve pausa me respondió que sí, con un gesto malhumorado y seco. Yo no le quise indagar más. Comprendí que conocía algo de la historia que allí había sucedido durante algunas noches. Aquella joven actriz era aún poco conocida. No muy bella, pero sí con un hermoso cuerpo y una rizada cabellera negra. No creo que frecuentaba San Rafael para cuidar su salud, sino únicamente por pasar su vacación veraniega a la sombra fresca de los pinares. Solía reposar sobre una butaca a mi lado. Yo era algo menor que ella. Todavía bastante tímido e inocente, pero poseído de un ardor inquietante que apenas si me dejaba dormir.

—Tú piensas —le dije— que yo soy un colegial al que le falta aprobar esta asignatura.

Ella me sonreía, maliciosa, apretándome, a veces, una mano llena de confianza.

—Vámonos ahora a dar un paseo.

Íbamos hasta un arroyo cercano, entre la umbría de los pinos. Allí nos besábamos silenciosos. Al volver al hotel, después de un breve rato en la terraza, acabábamos cada uno comiendo solo en su mesa. Charlábamos luego fuera hasta entrada la noche, y subíamos cada cual a su alcoba, para encontrarnos otra vez en la mañana tumbados en la butaca bajo los pinos. Yo le tenía cierto miedo que a ella le complacía. Después de varias noches sin atreverme a entrar en su cuarto, pasé al fin fácilmente, ya que ella siempre dejaba la puerta sin echarle la llave. La habitación estaba a oscuras. Me di cuenta que me esperaba tendida sobre el colchón que había colocado en el suelo. No la veía pero sentí que estaba desnuda. Yo no sabía bien qué hacer. No musitó ni una sola palabra. Todo era silencio. Me quité la chaqueta, el pantalón y lo demás, menos la camisa. Luego me arrodillé a

sus plantas. Enseguida sus brazos me doblaron hacia ella. Y mi camisa desapareció, sintiendo por primera vez en mi vida los pechos de una mujer desnuda contra mí. Nada podía saber yo del prodigio de entrar en la corola abierta de una flor invisible. Pero de pronto sentí un dolor agudo, el mínimo tirón como de un desgarrar, mitigado al momento por una aliviadora sensación de placer y desmayo a un mismo tiempo. Ella, al instante sobresaltada, encendió la luz y se aterró de verse los muslos bañados en sangre. Pero de pronto comprendió y pudo comprobarlo en mí. Me había circuncidado yo mismo, sin pasar por el templo, como lo hizo el niño Jesús para esa hebraica ceremonia.

Al día siguiente era sábado y vino a verla su marido. Almorzamos juntos, comenzando a sentir una vaga y extraña pena parecida a los celos cuando vi que él se quedó con ella hasta la mañana del lunes.

¿Te reconocería hoy a ti, lejanísimo amor entre los pinos en medio de esta niebla? Si existieses aún, ¿podrías tú contestarme?

## COMPAÑERA DE VIAJE

*De Castilla hasta el Cantábrico, 1925*

UN amanecer, por fin, salí del corazón de la meseta castellana con mi hermano. Iba a empezar mi segundo libro. De canciones también. En mi cuadernillo de viaje ya estaba escrito el título: *La amante*. ¿Quién era la que con ese nombre iba yo a pasear por tierras de Castilla hasta el Cantábrico, el otro mar, el del norte, que aún no conocía? Alguien —bella amiga lejana— de mis días de reposo guadarraño. Todavía el marinero en tierra era quien se lanzaba a recorrer llanos, montes, ríos y pueblos desconocidos, pero esta vez sin la compañía de la hortelana azul de su mar gaditano. Pedro Salinas, a quien con gran sorpresa encontré en la plaza de Burgos, registró años más tarde la imagen exacta de lo que parecía yo en aquel viaje: «correo de gabinete, mensajero del rey, que porteaba, de mar a mar, una razón secreta de estado, desde las plateadas salinas de San Fernando a los foscos acantilados de las Asturias de Santillana». Dicho con gracia por Salinas, eso era yo, aunque sin darme mucha cuenta. Y así lo pregoné a mi paso por Aranda de Duero:

*¡Castellanos de Castilla,  
nunca habéis visto la mar!  
¡Alerta que en estos ojos  
del Sur y en este cantar  
yo os traigo toda la mar!  
¡Miradme, que pasa el mar!*

Rítmico, melodioso, ligero, recorrí con aquella amante ya perdida más de una centena de pueblos, desparramando por casi todos ellos, y las innumerables sendas y caminos que los enlazaban, mi canción. Itinerario jubiloso, abierto en casi todo instante a la sonrisa.

Rodando, rodando con mi «amante», llegué, por fin, al mar.

*¡Perdonadme, marineros,  
sí, perdonadme que lloren  
mis mares chicas del Sur  
ante las mares del Norte!  
¡Dejadme, vientos, llorar,  
como una niña ante el mar!*

Grande fue mi emoción ante el Cantábrico, aquella masa fosca y brava tan diferente a la mansa y azul de mi bahía. Desde Laredo, recorrí toda la costa santandarina y vasca, hasta San Sebastián, dejando una canción en cada pueblo marinero. Nuevamente en Madrid, escribí la última —la número 70—, adiós a aquella amiga, más soñada que cierta, la ideal compañera de viaje por tierras españolas para mí antes desconocidas.

## RETORNOS DE «LA ENCERRADA»

*Rute, 1926*

ME tocaba, me sacudía la atmósfera de Rute, aquel dramático pueblo andaluz al pie del Monte de las Cruces, pueblo, como tantos otros escondidos de aquellas serranías, saturado de terror religioso, entrecruzado de viejas supersticiones populares, soliviantado aún más por una represión de todos los sentidos...

Allí, en el barrio alto, vivía una hermosa muchacha, conocida en el pueblo y en los alrededores por el nombre de «La encerrada», a la que solamente podía vérsela, siempre en compañía de alguien, tapado el rostro por un velo, durante la misa de alba. Muchas noches subía yo hasta su calle, paseándola de arriba abajo las horas muertas, en la inútil espera de adivinarla tras las ventanas y balcones, jamás abiertos, de su casa. Corrían sobre esta joven las más raras y hasta torpes leyendas, que todo el pueblo repetía, añadiendo cada cual lo peor de su imaginación. Tanto la madre como las tías que la custodiaban tenían el odio de los hombres, quienes soñaban con la muchacha, deseándola abierta y desvergonzadamente. También mi sueño se llenó de ella, naciendo en mí un sentimiento triste, un silencioso amor, un ansia acongojada de arrancarla de aquellas negras sombras vigilantes que así martirizaban su belleza, su pobre juventud entre cuatro paredes. Con el amanecer, a esa hora, aún oscura durante el invierno, en que los

aceituneros salían con su hambre hacia los olivares, me encaminaba yo de prisa hacia la iglesia, ocultándome entre las columnas del atrio, ilusionado con verla llegar, cimbreante y temerosa, la soberbia cabeza sumergida en las blondas de la oscura mantilla, no acompañada sino presa por dos —y hasta por cuatro a veces— de sus tías, espantables rebujos de miradas redondas, desafiantes. Acabada la misa, oída con el rostro hundido entre las manos, inmóvil siempre el cuerpo y de rodillas, la veía perderse nuevamente, valeroso el andar, sin el más leve signo de sentirse mirada, a la indecisa luz del alba, camino de su cárcel en el barrio alto. Nunca en la calle ni en la iglesia, durante todo el tiempo que permanecí en Rute, pude cruzarme con sus ojos. Nunca supe tampoco si tras aquellas rejas y celosías de su casa alguna vez sus ojos se atrevieron, en el desierto mudo de la noche, a dirigirse a los míos. Sólo supe más tarde que «La encerrada» de mis primeras canciones ruteñas, siguiendo una triste tradición muy antigua en su pueblo, se había suicidado. Las causas no me las dijeron, nunca llegaron hasta mí. Pero, con lo que sabía yo de ella y sus terribles guardianes, pude también, pasados casi veinte años, tejer mi fábula del amor y las viejas, a la que por todo el horror moral y físico que respira titulé *El adefesio*.

## MUCHACHA FILIPINA

Almería, 1926

UN feo barquichuelo, de aún más feo nombre —*Enriqueta R.*—, me llevó a Almería. Mi hermana Pepita, la más querida de todas, me esperaba en el muelle con su marido, un joven abogado (al que estaría reservada una muerte terrible en los primeros días de nuestra guerra). Allí estuve con ellos, matrimonio reciente, aún sin hijos, un par de meses. Almería me gustó. Era como una avanzada de África. Cuando de noche soplaba el terral, un viento ardiente del desierto, amanecían los zaguanes inundados de arena. El sol de primavera calentaba como si fuese de verano. Un mar tibio y azul me permitía bañar casi todos los días. En la playa o entre las palmeras del parque, comencé las canciones destinadas a la última parte de *El alba del alhelí*. Una linda muchacha filipina era mi amiga. Sus padres la habían dejado un tiempo con mi hermana al trasladarse a Madrid. Con ella recorría las azoteas, escuchando, como en el Puerto, las conversaciones de las cocinas por la ancha boca de las chimeneas. ¡Qué hermoso era, luego de anochecido, permanecer juntos por aquellos terrados, viendo encenderse las luces de los barcos, dibujarse en el cielo las constelaciones! Y sucedió lo que tenía que suceder: nos enamoramos. Y mi hermana entonces, muy lista, me insinuó amablemente la conveniencia de regresar a casa. Lo hice, pero llevándome un montón de canciones y uno de los recuerdos más dichosos de mi juventud.



Cierro los ojos y me miro hacia dentro y veo esas múltiples manchas de colores que, como jugando, giran, se aumentan, se disminuyen y a veces, hacen aparecer, ya muy claro y confuso, una cara, una faz, tantas veces de mujer, que uno quisiera identificar, pero que se va convirtiendo en un rostro de hombre o en algo indefinible a la más ligerísima contracción de los ojos, siempre cerrados. Se acercaba la Navidad, y por aquellos lejanísimos días íbamos a los pinares de Valdelagrana a cortar ramas del oloroso lentisco para el ya casi construido Nacimiento, lleno de pastorcillos y ganados minúsculos entre la nieve pintada a brochazos sobre los montes de papel de periódico engrudado y las estrellas plateadas y de otros colores, pendientes del techo, o cielo fingido con gasas azules, todo ello en una mágica e infantil fantasía...

Pero en medio, aquí, ahora, apareces tú, muerta el pasado año, tú, tan besada por mí en las mañanas de hace más de sesenta, recorriendo luego, al anochecer, las azoteas, los terrados, oyendo las conversaciones que salían de las chimeneas, veladas por el humo de las cocinas. Oh, sí, yo quisiera, durmiendo, recordaros, antes que me vaya dejando la memoria, partiendo de mi frente, llevándose todo ese inmenso tesoro que aún conservo, y surge, vivo, al más leve conjuro, como ahora, que quisiera salir esta mañana temprano, muy temprano, antes de la siete, para llegar puntual a la misa del colegio y confesarme con el reverendo padre Lambertini y contarle en voz muy baja y vergonzosa los sabrosos pecados conmigo mismo, ya por las azoteas o entre el temblor caliente de las sábanas.

## ÁNGEL DE LOS PINCELES

*Madrid, h. 1925-1930*

SUCEDE que si con una nube de olvido se tapa la memoria, ella no es la culpable de lo que recuerda; mas si el olvido es deliberado, si se expulsa de ella lo que no se quiere por cobardía o conveniencia... ¡Oh!

Porque aquella muchacha pintora era extraordinaria, bella en su estatura, aguda y con cara de pájaro, tajante y llena de irónico humor... Se sumergía en las verbenas y fiestas populares, se remontaba al aire en los columpios, retratando a su hermana, casi desnuda, en bicicleta por la playa... Yo la admiraba mucho y la quería. Época rimbaudiana de los bares, de los cafés de barrio, de los bocks, los helados y las limonadas. Primavera siempre con media peseta en los bolsillos. Y las penumbras de los cines, con la polka y el vals en el piano acompañante de aquellos mudos, geniales asombros de Charles Chaplin, Buster Keaton, Stan Laurel y Oliver Hardy, Harold Lloyd... Se amaba igual la oscuridad de las salas cinematográficas que la de los bancos bajo la sombra nocturna de los árboles.

—Pero, por favor, señor guardián, que no es ningún delito lo que estamos

haciendo. ¿Llevarnos a la comisaría? ¡Piense usted qué disgusto para la familia de esta muchacha! No lo haga, se lo suplico... Vaya usted a mi casa por la mañana y le haré un buen regalo. Sea bueno y comprensivo...

Ni qué decir tiene que se presentó en Lagasca, 101, casi antes de las nueve. Venía vestido con un traje de guardabosque y bastante sonriente. Confieso que me sentí incómodo. Pero todo pasó cuando le di unos dos duros y una botella de Jerez. Se fue contento, yo creo que deseando sorprenderme de nuevo debajo de algún árbol de la Moncloa.

Yo había conocido a aquella pintora poco después de haber recibido el Premio Nacional de Literatura por mi *Marinero en tierra*. Época de los largos convites a helados, en la planta baja del Hotel Nacional, a todos los conocidos o desconocidos que quisieran. La pintora se llamaba Maruja Mallo, era gallega, y creo que recién salida de la Academia de Bellas Artes de Madrid. Parecía aún más juvenil de lo que era. Audaz entonces para el color y con los dedos llenos de líneas que ya las escapaba con dinamismo y valentía. El cine nos influía mucho. Había yo escrito ya en *Cal y canto*: «Yo nací —¡respetadme!— con el cine.» Una aparente confusión mecanicista nos turbaba. Maruja, en sus verbenas y estampas urbanas lo refleja. Y en aquel momento apareció en Madrid Podrecca con sus títeres, sus marionetas maravillosas, en el Teatro de la Comedia. Yo me lancé entusiasmado a escribir *La Pájara Pinta* (Guirigay lírico-bufo-bailable), bajo la promesa del marionetista italiano de estrenarlo algún día. Óscar Esplá, gran compositor alicantino, sería nuestro aliado para la música y Maruja Mallo haría los figurines y decorados... Pero, al fin, de *La Pájara Pinta* sólo se estrenó el prólogo...

Con Maruja Mallo veía frecuentemente a Benjamín Palencia, en su mejor época de creación pictórica... También nos encontrábamos con el tremendo y fantasmagórico escultor toledano Alberto Sánchez, muchísimo antes de hablarse de lo que se llamó luego la escuela de Vallecas. A aquel barrio, a aquellos llanos que lo limitaban, íbamos Maruja Mallo y yo casi todos los días en el Metro, el trayecto más largo que recorría entonces. Eran secas, pálidas y solitarias aquellas llanuras, en las que se veía al fondo el horrible monumento al Sagrado Corazón de Jesús. Pero los atardeceres caían bellos y melancólicos, llenos de silencio, ajenos a los rumores del barrio.

Todavía no se barruntaba el cine sonoro, la intromisión de la palabra en la oscuridad de las salas. Pero algunos veranos Maruja los pasaba en Avilés y otros en Cercedilla, en donde encontrábamos a Herrera Petere, de vacaciones en casa de sus padres. A mí me habían quedado ya muy lejos mis canciones de *Marinero en tierra*, *La amante*, *El alba del alhelí*. También la poesía de *Cal y canto*. Se me iba desapareciendo. Ya los ángeles comenzaban a darme fuertes aletazos en el alma. Pero mis ángeles no eran los del cielo. Se me iban a manifestar en la superficie o en los más hondos subsuelos de la tierra. Coincidiendo con el arrastrarme los ojos por los barrizales, los terrenos levantados, los paisajes de otoño de sumergidas hojas en los charcos, las humaredas de las neblinas, mi salud se resquebrajaba, y los insomnios y las pesadillas me llevaban a amanecer a veces derribado en el suelo de la alcoba. De la mano de Maruja recorrí tantas veces aquellas galerías subterráneas, aquellas realidades antes no vistas, que ella, de manera genial

comenzó a revelar en sus lienzos. «Los ángeles muertos», ese poema de mi libro, podría ser una transcripción de algún cuadro suyo...

Pero yo, de pronto, me fui a Tudanca, a la casona santanderina de José María de Cossío, y allí, entre aquellos vientos, brumas y montañas, continué *Sobre los ángeles*. Las soledades y el silencio sonoro eran grandes allí, y algún ángel, como espíritu de la inconstancia y del mal, me llevó a volar hacia otro ser, del que me prendé, y a pesar de su nombre —se llamaba Victoria—<sup>2</sup> me llevó, desde lo que yo creí ascensión de los astros, a la caída más vertiginosa en los infiernos. Y un día, al abrir un diario llegado de Madrid, leí, verdaderamente aterrado: «La pintora Maruja Mallo sufre un accidente de coche, y Mauricio Roeset, creyendo haberla matado, se suicida.» (Se repetía la fábula de Píramo y Tisbe.) Yo bajé enseguida a Madrid. Y la entrada de nuevo en el subsuelo, en las cavidades más oscuras y hondas, fue inmediata.

## LA IMPOSIBLE AL AMOR

Madrid, 1927-1928

¿QUÉ espadazo de sombra me separó casi insensiblemente de la luz, de la forma marmórea de mis poemas inmediatos, del canto aún no lejano de las fuentes populares, de mis barcos, esteros y salinas, para arrojarme en aquel pozo de tinieblas, aquel agujero de oscuridad, en el que bracearía casi en estado agónico, pero violentamente, por encontrar una salida a las superficies habitadas, al puro aire de la vida?

*Contra mí, mundos enteros,  
contra mí, dormido,  
maniatado,  
indefenso.*

Yo no podía dormir, me dolían las raíces del pelo y de las uñas, derramándome en bilis amarilla, mordiendo de punzantes dolores la almohada. ¡Cuántas cosas reales, en claroscuro, me habían ido empujando hasta caer, como un rayo crujiendo, en aquel hondo precipicio! El amor imposible, el golpeado y traicionado en las mejores horas de entrega y confianza; los celos más rabiosos, capaces de tramar en el desvelo de la noche el frío crimen calculado; la triste sombra del amigo suicida, como un badajo mudo de campana repicando en mi frente; la envidia y el odio inconfesados, luchando por salir, por reventar como una bomba subterránea sin escape... y muchas cosas más, contradictorias, inexplicables, laberínticas. ¿Qué hacer, cómo hablar, cómo gritar, cómo dar forma a esa maraña en

<sup>2</sup> Se refiere a Victoria Amado Arniches.

que me debatía, cómo erguirme de nuevo de aquella sima de catástrofes en que estaba sumido? Sumergiéndome, enterrándome cada vez más en mis propias ruinas, tapándome con mis escombros, con las entrañas rotas, astillados los huesos. Y se me revelaron entonces los ángeles, no como los cristianos, corpóreos, de los bellos cuadros o estampas, sino como irresistibles fuerzas del espíritu, moldeables a los estados más turbios y secretos de mi naturaleza. Y los solté en bandadas por el mundo, ciegas reencarnaciones de todo lo cruento, lo desolado, lo agónico, lo terrible y a veces bueno que había en mí y me cercaba.

Yo había perdido un paraíso, tal vez el de mis años recientes, mi clara y primérisima juventud, alegre y sin problemas. Me encontraba de pronto como sin nada, sin azules detrás, quebrantada de nuevo la salud, estropeado, roto en mis centros más íntimos. Me empecé a aislar de todo: de amigos, de tertulias, de la Residencia, de la ciudad misma que habitaba.

## ÁNGEL DE SALVACIÓN

Madrid, 1930

CUANDO *tú* apareciste,  
*penaba yo en la entraña más profunda*  
*de un cueva sin aire y sin salida...*

«Retornos del amor recién aparecido» se llama este poema. En él se rememora, después de más de veinte años, el estado de cueva en que vivía y la luz principal que echando sus cabellos en mis manos me hizo subir al sol y sentir que en el mundo la primavera no había muerto.

Fue en la casa de alguien, adonde fui llevado no recuerdo hoy por quién. Allí surgió ante mí, rubia, hermosa, sólida y levantada, como la ola que una mar imprevista me arrojara de un golpe contra el pecho. Aquella misma noche, por las calles, por las umbrías solas de los jardines, las penumbras secretas de los taxis sin rumbo, ya respiraba yo inundado de ella, henchido, alegrado, exaltado de su rumor, impelido hacia algo que sentía seguro.

Yo me arrancaba de otro amor torturante, que aún me tironeaba y me hacía vacilar antes de refugiarme en aquel puerto. Pero, ¡ah, Dios mío!, ahora era la belleza, el hombro alzado de Diana, la clara flor maciza, áurea y fuerte de Venus, como tan sólo yo había visto en los campos de Rubens o en las alcobas de Tiziano. ¿Cómo dejarla ir, cómo perderla si ya me tenía allí, sometido en su brazo, arponeado el corazón, sin dominio, sin fuerza, rendido y sin ningún deseo de escapada? Y, sin embargo, forcejeé, grité, lloré, me arrastré por los suelos... para dejarme al fin, después de tanta lucha, raptar gustosamente y amanecer una mañana en las playas de Sóller, frente al Mediterráneo balear, azul y único. Ecos malignos de lo que muchos en Madrid creían una aventura nos fueron llegando. En algunos

diarios y revistas aparecieron notas, siendo la más divertida aquella que decía: «El poeta Rafael Alberti repite el episodio mallorquín de Chopin con una bella George Sand de Burgos.» Se buscaba el escándalo, pues esta George Sand —una escritora, casada y todavía sin divorcio— era muy conocida. Nosotros, mientras, nos reíamos, ufanos de que nuestros nombres fueran traídos y llevados por gentes tan distantes de nuestra dicha, de nuestra juventud descalza por las rocas, bajo los pinos parasol o en el reposo de las barcas.

De regreso a Madrid, en avión desde Barcelona, una tremenda tempestad por los montes Ibéricos nos obligó a un forzoso aterrizaje en Daroca, ciudad aragonesa de murallas romanas, aislada y dura como un verso caído del *Poema del Cid*. Nos recibieron, en medio de la nieve de aquel aeródromo de socorro, pastores que agobiados por sus zaleas parecían más bien inmensos corderos. Dos días pasamos allí en una fonda, visitando, amigos del cura, la magnífica Colegiata. Reanudado el viaje, únicos pasajeros y ya íntimos de los pilotos, éstos no obsequiaron con toda clase de acrobacias —ahora no las hubiera consentido— sobre el campo de aviación madrileño. Era la primera vez que yo volaba; María Teresa, no. Aquellos atrevidos volatines no nos asustaron. Ella era muy valiente, como si su apellido —León— la defendiera, dándole más arrestos.

Mi madre, muy enferma del corazón desde hacía tiempo, aprovechando una breve mejoría, se trasladó al Sur, a casa de mi hermana. (No la vería más.) Agustín ya estaba casado. Quedaba sólo mi hermano Vicente, casado también, con quien tenía que seguir viviendo. ¿Qué hacer entonces allí, triste, en mi cuarto, el alegre «triclinio» de otros días? Con María Teresa me pasaba las horas trabajando en algunos poemas o ayudándola a corregir un libro de cuentos que preparaba. Una noche —lo habíamos decidido— no volví más a casa. Definitivamente, tanto ella como yo empezáramos una nueva vida, libre de prejuicios, sin importarnos el qué dirán, aquel temido qué dirán de la España gazmoña que odiábamos.

# Segundo tiempo

No es el amor quien muere.

LUIS CERNUDA

## AMOR EN VILO

Roma

DURANTE una exposición de Alejandro Kokochinski, un joven excelente pintor argentino, de origen ruso, conocí a una bella, extraña y complicada estudiante de Biología, catalana, Beatriz Amposta, de la que gusté mucho y me hice gran amigo. Seguramente ambos teníamos graves problemas del corazón, aún más difíciles los míos, pero que al fin resolvimos en un largo, largo amor, complicado, inseguro, como sobre uno de esos tensos alambres que recorren, llevando a veces una sombrilla abierta en la mano, los equilibristas del circo. Tanto tiempo de tan difícil y peligroso recorrido, dio lugar a un largo poema, estremecido y tumultuoso, amor claro y a ciegas, amor, amor, pero tambaleante, irguiéndose, doblándose, a punto de caer, prendido casi de la nada.

*Amor, ¿te vas? ¿Me quedo, amor? ¿Me esperas?  
¿Corro hacia ti? ¿Me huyes? ¿Vives? ¿Mueres?  
¿Eres verdad? Dolor si no lo fueras.  
¿Eres sueño? Morir si no lo eres.  
Secreto amor. Silencio amor. Sigilo.  
Claro en lo oscuro, amor. Amor en vilo.*

## VÉNERE Y ALTAIR

ÉRASE que se era un viejo muy viejecito, aunque tenía sólo tres años menos que yo. Parecía mi bisabuelo. Y era alfarero. Tocaba el barro lentamente, amasándolo con verdadera unción contemplativa, como si sus dedos acariciasen una carne sagrada, a la que había que dar formas sublimes, diferentes. Ganaba muy poquito. Unos chiquillos iban a buscarle la arcilla a unas subidas tierras húmedas, resbaladizas de la montaña. ¿Cuánta le traían? Mucha. ¿Qué les pagaba? No tenía casi con qué. ¿Por cuánto vendía luego sus anforillas, vasos, platos, toritos, decorados con la uña o una varilla de madera? Lo que quisieran darle. Apenas cien, ciento cincuenta, por pieza. Pero él era feliz, rodeado de aquellos rústicos cacharrillos, que eran la vida de sus dedos. ¿Se habrá muerto tal vez ya, pobre pero dichoso, y andará ahora quizá volando por ahí, intentando recuperar sus propias figuritas, que tanto amaba, sus platos, sus toritos, sus botijos, sus vasos, porosos de leche y agua fresca, por otras aldeíllas como la suya, o quién sabe si por algunas ciudades lejanas, adonde pudieron llegar sus cacharritos de alfarero? Pero tú no asciendes a mí desde aquel barro, tú subes, ¿de qué playas remotas? Dime, ¿qué espumas te dan forma, qué algas verdioro cuelgas como cabellos...? Te quiero reconocer con un nombre de estrella: Vénere. Y a ti, también, con otro: Altair.

Vénere —italiano, toda blanca. Venus, de fulgores que ciegan, anchas caderas como dos olas que se juntan, pechos de caracolas hinchadas de rumores...

Altair... alta espiga morena, cimbreada por colinas subidas sobre el valle por donde una oscura golondrina desvelada se derrama en unguentos aromados de una latente noche luminosa...

Estoy en estos instantes dibujando una litografía y escribiendo un poema para una carpeta que, con otros pintores italianos, se publicará en Roma, sobre el *Cántico dei cantici*, el *Cantar de los cantares*, del rey Salomón.

*Encendidas están las flores, las estrellas,  
muriéndose de amor, sobre todos los lechos.  
Bésame, amada mía, mi solo amor, mi amante.  
Hagamos de los dos una sola guirnalda,  
que anille el corazón de la tierra, del mundo.*

Y como *música callada*, desde lo alto del fondo de la noche me llega, cual un eco, la voz de fray Luis, aquel poeta escondido en su huerto del Tormes, su mágica versión prosificada de este mismo *Cántico de cánticos*, para el que yo ahora escribo y dibujo: *Bésame de besos de su boca, porque buenos son tus amores más que el vino. ¡Oh, Vénere! Al olor de tus unguentos buenos. Porque unguento derramado es tu nombre. Bálsamos estelares, Altair.*

*Anémona dormida* eres tú, suavidades de corolas calladas, ojos parados de paloma infinita, esfumados del río de la noche diurna...

¿Cómo llamarte a ti sino Laguna de Esmeralda, rodeada de arenas negras, del-

fín de tierras interiores, mirada y ansiada mucho más que la luna, caminando por calles que no iban al mar, besada y nunca vuelta a ver para siempre en aquella estación cambiada hoy de nombre...

*Es la hora de la sed, es la noche sin sueño,  
el amor que no piensa que ha de llegar la aurora.  
Bésame, amante mío, mi solo amor, mi amada.  
Desvelados los dos, amémonos cantando  
hasta el final del mundo.*

E igual que música callada, desde lo alto de la noche, me llega nuevamente como un eco la versión castellana de fray Luis: *Tus ojos de paloma entre tus guedejas. Tu cabello como rebaño de cabras. Tus dientes como manada de ovejas trasquiladas.*

*Tus dos tetas como dos cabritillos mellizos, que están paciendo entre azucenas. Las tus plantas, como jardín de granadas, con fruta de dulzura; juncia de olor y nardo.*

Aquel viejo alfarero no conocía el torno griego ni el horno eléctrico. Entre sus dedos ascendía el barro, se redondeaba de aquella pálida carne de la tierra, que luego ponía a secar al sol. Hubiera visto él las bellas ánforas griegas y romanas decoradas de escenas amorosas, que él nunca pudo hallar en su aldeílla pobre al pie de la montaña.

A ti te llamaremos Corzuela de las Calles, enamorada de los gatos, ojos moriscos, hondas caderas de Telethusa gaditana, abstraída y extraña en una selva de telas de colores, cuentas y perlas y cristales y sin puertas, a veces ni ventanas por donde escapar de tan inextricable laberinto.

Llegaría de pronto entre las brisas el eco castellano de la voz de fray Luis. Levantémonos de mañana a las viñas, veamos si florece la vid, si se descubre la menuda uva...

Aquel viejo, aquel viejísimo alfarero, aunque solamente tenía tres años menos que yo, parece que no ha muerto. Me dicen que volvió a su pobre aldeílla para amasar de nuevo en barro sus mismos cacharritos, anforitas, vasitos, platitos..., todas aquellas cosas inmortales que le salían de las manos. Mientras, yo sigo escribiendo mi poema y dibujando mi litografía para ese *Cantico dei cantici*, ese *Cantar de los cantares*, del rey Salomón, que pronto se ha de publicar en Roma.

*Tiende, amor, tus banderas de paz y de armonía  
sobre todos los lechos de amor, a un mismo tiempo.  
Bésame, amante mío, mi solo amor, mi amado.  
Amor, amor, amor, sólo amor para siempre,  
sopla el viento cantando alrededor del mundo.*



## PARA ALGO LLEGASTE, ALTAIR<sup>3</sup>

MUCHAS cosas le debo en mi vida a don Antonio Machado, pero quizás la más sorprendente y luminosa sea el haber conocido en el pueblo jienense de Baeza, durante un homenaje dedicado a él, a una joven escritora y profesora de literatura, María Asunción Mateo, de la que, desde entonces, ya no me he separado...

El retorno a mis nunca cortadas raíces, a mi Puerto de Menesteos, a mi río del Olvido, a mis araucarias, a mis retamas blancas y amarillas, dejando atrás unos años de desorientada soledad y angustiosa incertidumbre, se lo debo a una casual y misteriosa aparición que mi generoso destino, a pesar de los mayores desastres, siempre me ha ofrecido y que, como un último premio, me ha puesto un nuevo y cálido resplandor al final de mi camino:

*Para algo llegaste, Altair, descendiste  
de tu constelación en pleno día...*

<sup>3</sup> Publicado en *El País*, Madrid, 27 de octubre de 1992.

# Epílogo

Esta mañana, amor, tenemos veinte años.<sup>4</sup>

RAFAEL ALBERTI

## LAS NUEVAS RAMAS DE TU MUERTE<sup>5</sup>

NO lo puedo afirmar, amor. Yo no lo sé. Yo no sé nada. Sólo puedo decir que fue esta noche tu primera bajo la tierra, mejor, en un nicho sobre la tierra del blanquísimo cementerio de Majadahonda, la ciudad casi serrana de las afueras madrileñas, en donde tú, ya completamente perdida, ausente, en la clínica Ballesol, pasaste los últimos seis años de tu vida.

Pero ya no sé, ni podré saber nunca, si has desaparecido, si estás hoy aquí hablando sola con nosotros, en este día de huelga general en toda España. Moriste un martes 13, y te acaban de enterrar un miércoles 14, aquí, lejos de Madrid, rodeada de unos veinte amigos, que han podido llegar para acompañarte...

Todos nos vamos del cementerio, menos yo, que me voy, pero sin irme, y que sin verte he comenzado a hablar contigo, con bastante claridad, pero con desorden, sonriendo, riendo, ya que empiezas a escribir, que cantas, que penas entre los árboles, entre el frío claro del otoño, pisando las hojas carmines y doradas. Empiezas de nuevo a revivir. Me dices que vas a comenzar una nueva novela, a asistir por la tarde a la televisión, allá, en Buenos Aires, a volver por las playas frente a Nules. Allí te esperan las Guerrillas del Teatro. Edmundo Barbero y Santiago Ontañón nos acompañan. Viene esta tarde con nosotros Gerda Taro, la bellísima y genial fotógrafa húngara. La acaba de matar un tanque en Brunete. Fuimos los dos a buscarla a El Escorial, en donde la hallamos abandonada, como una desconocida, sobre una tabla en la enfermería de un hospital. ¡Oh terribles y bellos años, en los que tú, con tu pistola al cinto, estabas más relumbrante que nunca! ¿A dónde vamos ahora? Parece que se marchan las Brigadas Internacionales, que tú las despedirás representando el papel de España en mi *Cantata de los héroes* en un teatro de Valencia.

Afirman tantos que después de la muerte no hay absolutamente nada. Mas yo creo que no, compruebo que no es eso verdad, pues estoy hablando contigo, y puedo cambiarte la edad y a la vez hacer que tu melena se vuelva rubia, de dorados centelleantes, volviendo a la penumbra de aquel palco, o a aquellas playas de los veinte años, o a los balcones nocturnos de las islas, o a los dulces crepúsculos

<sup>4</sup> Verso del poema «Retornos del amor en las arenas» inscrito sobre la tumba de María Teresa León (1903-1988), sepultada en el pequeño cementerio de Majadahonda (Madrid).

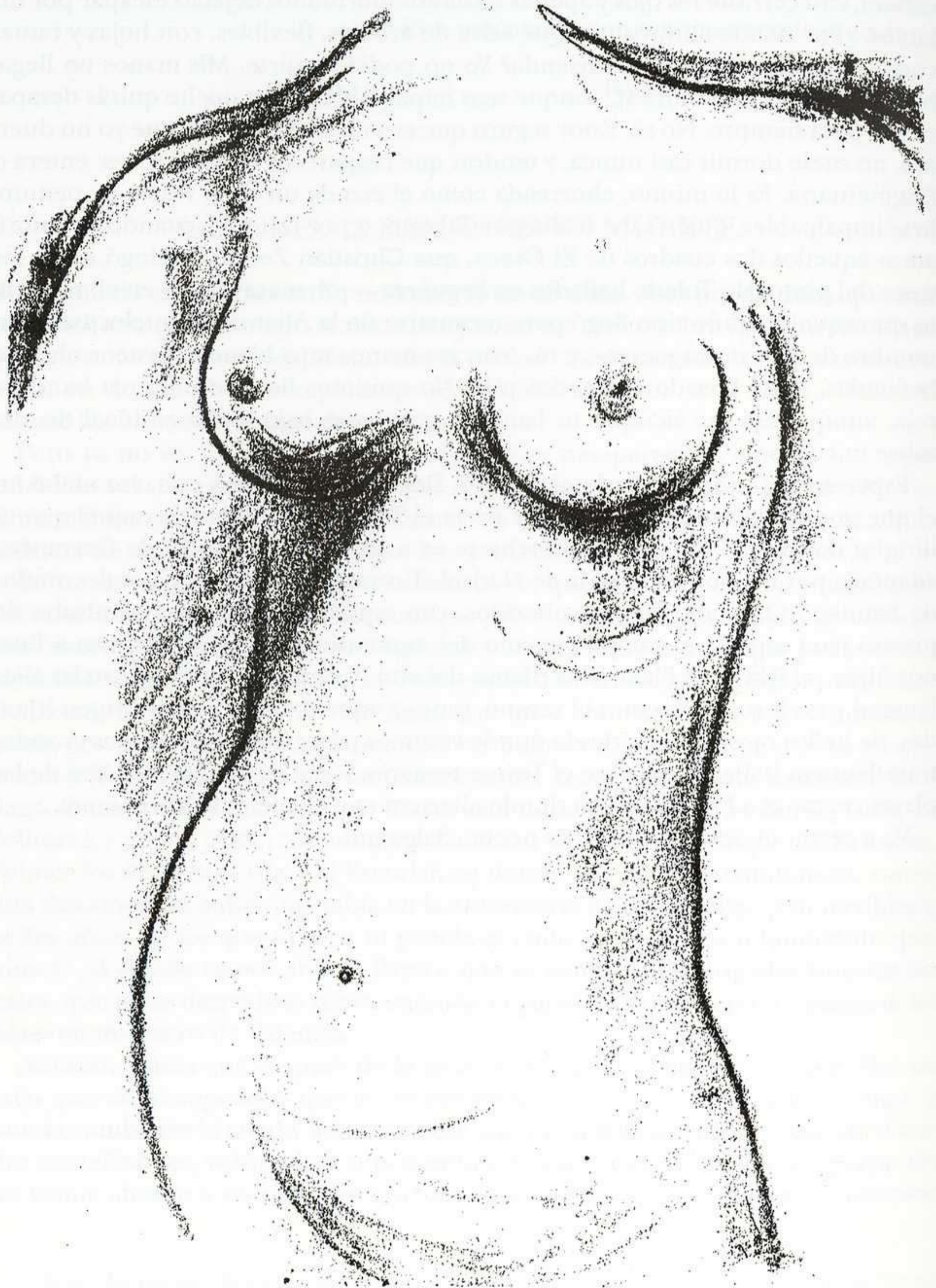
<sup>5</sup> Publicado en *El País*, Madrid, 26 de diciembre de 1988. (Fragmentos.)

madrileños con las plomizas torres de El Escorial al fondo. Siento estar renaciendo las nuevas ramas de *La arboleda perdida*, las ramas de tu muerte de hoy...

Hace más de seis años que dejaste de hablar, en los que pronto inclinaste la cabeza, casi cerraste los ojos y apenas mínimos murmullos dejabas escapar por tus labios. ¿Por dónde anduviste? ¿Qué selva de árboles, flexibles, con hojas y ramas como de nubes, crearon tu vivienda? Yo no podía seguirte. Mis manos no llegaban a tocarte. Pero ahora sí, aunque seas impalpable, y esta noche quizás desaparezcas para siempre. No sé. Estoy seguro que eso no sucederá. Porque yo no duermo, no suelo dormir casi nunca, y tendrás que reaparecer muchas veces: entera o fragmentaria. Es lo mismo, chorreada como el eco de un río o restos de penumbras impalpables, quién sabe si allá por Talavera o por Daimiel, cuando descubríamos aquellos dos cuadros de El Greco, que Christian Zervos catalogó entre los trece del pintor de Toledo hallados en la guerra —¡oh maravilla!— en el momento que aquel extraño tipo llegó para incautarse de la Alianza de Intelectuales en nombre de la «contraguerra», y tú, con tus manos muy blancas, lo acorralaste a bofetadas. ¡Qué bien lo recuerdo! ¡Ah! No quisimos llevarte ninguna bandera roja, aunque ésa fue siempre tu bandera, y reposas bajo un trozo ideal de ella sobre tu cuerpo...

Esperemos que se vaya todo el mundo. Dejaremos vacía esa caja, ese nicho en el que por ahora estás, y correremos hacia el Teatro de la Zarzuela, aquél que tú dirigías durante la guerra. Esta noche se va a estrenar *Numancia*, de Cervantes, adaptada por mí para la defensa de Madrid. Tuvimos mucho éxito. Los decorados de Santiago Ontañón fueron soberbios, con aquella muralla que se alzaba de pronto para separar el campo romano del numantino. Luego saltaremos a Buenos Aires, al Río de la Plata, a las riberas del alto Paraná, en donde, entre las altas iguanas y los loros pasaremos el verano, junto a aquellos gauchos de origen irlandés, de bellos ojos celestes, desde donde veremos pasar hacia Rosario los grandes trasatlánticos italianos, y, sobre el Tevere romano, volar las gaviotas venidas de las playas cercanas a Fiumicino, en donde alternan con el vuelo de los aviones...

Va a cerrar el cementerio. Ya es noche. Salgamos.



# Bibliografía

## I. Primeras ediciones <sup>1</sup>

- Poesías anteriores a Marinero en tierra*. Ediciones V:A., Barcelona, 1969.
- Marinero en tierra. Poesías, 1924*. Biblioteca nueva, Madrid, 1925.
- La amante. Canciones, 1925*. Litoral, Málaga, 1926.
- El alba del alhelí*. Edición privada de José María de Cossío, Santander, 1927.
- Cuaderno de Rute*. (Publicado por primera vez en *Litoral*, Málaga, 1977.)
- Cal y canto*. Revista de Occidente, Madrid, 1929.
- Sobre los ángeles*. Ediciones de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S.A., Madrid, 1929.
- Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos*. (Publicado por primera vez en *Poesía, 1924-1930*. Cruz y Raya, Ediciones del Árbol, Madrid, 1934.)
- Santa casilda (Misterio en tres actos y un epílogo)*. (Publicado por primera vez por la Diputación Provincial de Cádiz, 1990.)
- Entre el clavel y la espada*. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1941.
- El trébol florido (Tragicomedia en tres actos)*. En *Teatro*. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1950.
- Pleamar*. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1944.
- El adefesio (Fábula del Amor y las viejas) (Drama en tres actos)*. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1944.
- La gallarda (Tragicomedia de vaqueros y toros bravos, en un prólogo y tres actos)*. En *Teatro*. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1950.
- A la pintura. Poema del color y la línea*. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1948. (Subtítulo original de esa edición, luego modificado: *Cantata de la línea y el color*.)
- Retornos de lo vivo lejano*. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1952.
- Baladas y canciones del Paraná*. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1954.
- Noche de guerra en el Museo del Prado (Aguafuerte, en un prólogo y un acto)*. Losange, Buenos Aires, 1956.
- La arboleda perdida (Libros I y II de Memorias)*. Compañía General Fabril Editora, S. A., Buenos Aires, 1959. (Primera edición parcial: Séneca, México, 1942.)
- Abierto a todas horas*. Afrodisio Aguado, S. A., Madrid, 1964.
- Los 8 nombres de picasso*. Editorial Kairós, Barcelona, 1970.
- Canciones del alto valle del Aniene*, Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1972.

<sup>1</sup> Ediciones ordenadas según la fecha de composición.

*Amor en vilo.* Libro inédito.

*El matador (Poemas escénicos).* Editorial Seix Barral, S. A., Barcelona, 1979. (Edición ampliada de *Poemas escénicos*: Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1962.)

*Fustigada luz.* Editorial Seix Barral, S. A., Barcelona, 1980.

*Versos sueltos de cada día. Primer y segundo cuadernos chinos.* Editorial Seix Barral, S. A., Barcelona, 1982.

*Golfo de sombras.* Villamonte Ediciones, Madrid, 1986.

*Los hijos del drago y otros poemas.* Diputación Provincial de Granada, 1986.

*La arboleda perdida (Libros III y IV de Memorias).* Editorial Seix Barral, S. A., Barcelona, 1987.

*Canciones para Altair* (Libro recogido por primera vez en *Obra completa*, t. III. Aguilar S. A. De Ediciones, Madrid, 1988.)

*La arboleda perdida* (Páginas dispersas publicadas en *El País* a partir de 1987.)

*Poesía, 1924-1930.* Cruz y Raya, Ediciones del Árbol, Madrid, 1934.

*Poesías completas.* Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1961.

*Poemas de amor.* Alfaguara, Madrid, 1967.

*Poesía (1924-1967).* Aguilar S. A. de Ediciones, Madrid, 1977.

*Todo el mar.* Círculo de Lectores, Barcelona, 1985.

*Obra completa.* Aguilar S. A. de Ediciones, Madrid, 1988. (Tres tomos de poesía.)







# ÍNDICE

## El ángel del alba

### I

Niña 14 14 Balcones

### II

Sueño del marinero	16	20	Madrigal dramático de ardiente-y-fría
Rosa-fría, patinadora de la luna	17	21	<i>Branquias quisiera tener...</i>
Malva-luna-de-yelo	17	22	Pregón submarino
Balcón del Guadarrama	18	22	Dime que sí
<i>Mi amante lleva grabado,...</i>	19	23	<i>Recuérdame en alta mar...</i>
Dialoguillo de otoño	19	23	Ribera
Elegía	20	24	<i>Sin nadie, en las balaustradas...</i>

### III

<i>Por amiga, por amiga...</i>	25	27	<i>Otra vez el río, amante,...</i>
<i>Zarza florida...</i>	25	27	Madrigal del peine perdido (Nana)
<i>Madrugada, la amante mía...</i>	26	28	<i>Dormido quedé, mi amante,...</i>
<i>Debajo del chopo, amante...</i>	26	29	Despedida

### IV

<i>Todo lo que por ti vi...</i>	30	35	4. <i>No quiero, no, que te rías...</i>
La húngara	30	35	5. <i>Porque me robas los ojos</i>
1. <i>Quisiera vivir, morir...</i>	30	36	La encerrada
2. <i>Vas vestida de percal...</i>	31	36	1. <i>Tu padre...</i>
3. <i>... Y yo, mi niña, teniendo...</i>	31	36	2. <i>Sé que montas a caballo...</i>
4. <i>¡Por toda España, contigo!...</i>	31	36	3. <i>Una mano, sólo una...</i>
5. <i>Tan limpia como tú, tan peinada...</i>	31	37	4. <i>Sin que te sienta tu madre...</i>
6. <i>Me voy quedando sin sueño...</i>	32	37	5. <i>Porque tienes olivares...</i>
7. <i>No puedo, hasta la verbena...</i>	32	37	6. <i>Todas las piedras del pueblo...</i>
8. <i>Por una noche, a mi casa...</i>	32	38	7. <i>Solito, en este escalón...</i>
9. <i>Yo, por el campo, a las eras...</i>	33	38	8. <i>Lo sabe ya todo el pueblo...</i>
10. <i>¿Por qué vereda se fue?...</i>	33	38	9. <i>Sonámbulo entré yo anoche...</i>
La novia	33	39	10. Nocturno
La maldecida	34	40	11. <i>¡Saber que tengo que irme...</i>
1. <i>De negro, siempre enlutada...</i>	34	40	<i>Por nadie me cambio yo...</i>
2. <i>¿Para qué tanto misterio...</i>	34	41	La sirenilla cristiana
3. <i>¿Para qué tanta mentira...</i>	35		

### V

*Persianas, celosías...* 42 42 *¡Cierras los ojos, los abro!...*

## El ángel gongorino

Amaranta 46 47 Romeo y Julieta

## El ángel de las nieblas

Paraíso perdido	52	59	Engaño
El cuerpo deshabitado	53	60	El ángel de carbón
El ángel mentiroso	58	61	Tres recuerdos del cielo
Los dos ángeles	58		

## Los ángeles tontos

Harold Lloyd, estudiante	66	Buster Keaton busca por el bosque a su novia, que es una verdadera vaca	68
--------------------------	----	---	----

## Los ángeles crueles

### I

El milagro del pan vuelto flores, 72

### II

Aitana y Alción en la playa, 76

### III

La canción de Altea, 83

### IV

Venus y Adonis, 84

## El ángel nostálgico

### I

*La paloma...*, 90

### II

Bach, 91

### III

Tiziano	93	95	Mujer en camisa
Veronés	94		

### IV

Retornos del amor recién aparecido	96	Retornos del amor en medio del mar	104
Retornos del amor en los balcones	97	Retornos del ángel de sombra	105
Retornos del amor tal como era	97	Retornos del amor en las arenas	105
Retornos del amor en una azotea	98	Retornos del amor entre las ruinas ilustres	106
Retornos del amor ante las antiguas deidades	99	Retornos del amor con la luna	107
Retornos del amor en las dunas radiantes	99	Retornos del amor en las cumbres del viento	107
		Retornos del amor adonde nunca estuvo	108
		109 <i>Era alta y verde...</i>	

Retornos del amor	109	<i>¿Verdad que no te has ido, que te tengo...</i>
en los bosques nocturnos	100	110 El mirador de mira-al-río
Retornos del amor	110	110 <i>Los segundos vividos...</i>
en una noche de verano	100	110 <i>Soportando el peso de las grandes estrellas...</i>
Retornos del amor	111	111 <i>Sumergidas en dulce luz...</i>
en los vividos paisajes	101	111 <i>Maravilla cualquier penumbra...</i>
Retornos del amor	111	111 <i>Se van las noches...</i>
fugitivo en los montes	102	112 <i>Veo lo que pasó...</i>
Retornos del amor	112	112 <i>Tú esplendías muy sola...</i>
en la noche triste	103	113 <i>En los pretiles de la cal estaba...</i>

## V

Balada de lo que sucedió en	115	<i>Nada había...</i>
la cocina de la quinta del Mayor loco	114	115 <i>Cuando se va quien se quiere...</i>

## VI

Lo que yo hubiera amado	116	120 Lo que yo hubiera sido
La soledad	118	123 Funerales de arena

## El ángel en vilo

### I

Canción de amor	128	131 <i>Te vi al fin frente al mar de mi bahía...</i>
<i>Hay que llorar a veces, oh, amor, a todas horas...</i>	129	132 A Beatriz
<i>Estudias, sufres, anotas...</i>	129	132 Canción
<i>Las 4 menos cuarto...</i>	129	132 <i>Bajé hasta el mar...</i>
<i>He hablado...</i>	129	133 Canción
<i>Mi primer verso es para ti...</i>	130	134 <i>No me canso, mi amor...</i>
<i>No sé qué hacer...</i>	130	134 <i>Ven, mi amor, en la tarde...</i>
<i>Tú aquí vives ajena a mis dolores...</i>	131	135 <i>Te vi en las nubes dibujada...</i>

## El ángel erótico

### I

*Cántico de cánticos...*, 138

### II

#### Sonetos corporales

<i>Lloraba recio, golpeando, oscuro...</i>	139	141 <i>Cúbreme, amor, el cielo de la boca...</i>
<i>Asombro de la estrella ante el destello...</i>	139	142 <i>Nace en las ingles un calor callado...</i>
<i>Huele a sangre mezclada con espliego...</i>	140	142 <i>Vuela la noche antigua de erecciones...</i>
<i>Un papel desvelado en su blancura...</i>	140	143 <i>(Guerra a la guerra por la guerra.) Vente...</i>
<i>Por allí, hondo, una humedad ardiente...</i>	141	143 <i>Rubios, esbeltos mimbres, afilados</i>
		143 <i>Cuerpo entre yerba y pólvora soñado...</i>

Diálogo entre Venus y Príapo, 144

Metamorfosis del clavel

<i>Un clavel va de viaje...</i>	152	153	<i>El caballo pidió sábanas...</i>
<i>¿Qué tengo en la mano?...</i>	152	154	<i>Mamaba el toro, mamaba...</i>
<i>El caballo pidió sábanas...</i>	153	154	<i>La vaca...</i>
		155	<i>El perro lobo llamó...</i>

La siesta, 155

Mujer lagarto, 157

Las transformaciones del erizo, 159

III

Giorgione	160	165	<i>Pez relampagueante...</i>
<i>Cuando desnuda en la mañana...</i>	160		<i>Tú haces en un momento</i>
(Poema impublicable)	161	166	<i>contemplar maravillas...</i>
Cabellos...	161	166	<i>Caído, revolcado...</i>
<i>Sólo una pierna fuera de la sábana...</i>	161	167	<i>Tiemblas oscuro en tu nido...</i>
<i>Imborrable agonía del placer</i>		167	<i>Luz sin eclipse que te pongo...</i>
<i>con quejumbres...</i>	162		<i>Como un astro prendido</i>
<i>Vuelve otra vez y déjame...</i>	162	167	<i>sobre un mar de tormenta...</i>
<i>Escucho tu lejano fluir,</i>		168	<i>Dulces algas azules labios fuentes...</i>
<i>fuelle entreabierto...</i>	162	168	<i>Soñado desde lejos...</i>
<i>Alto el tallo de jade se despierta</i>		168	<i>Pudieras estar ebrio, trastornado...</i>
<i>y a oscuras...</i>	162	169	<i>Ríe, sonríe, ríe...</i>
<i>Está la flor cerrada...</i>	162	169	<i>Cuando abres tus piernas...</i>
<i>Inmortal...</i>	163	169	<i>Golfo nocturno, ábrete a mí, bañadas...</i>
<i>Yo te pongo los muslos...</i>	163	170	<i>Valvas que pueden ser...</i>
<i>No era flor...</i>	163	170	<i>A pesar de ser tantos tú eres uno...</i>
<i>Te abres insomne y cantas...</i>	164		<i>Cuando alcanza la luna</i>
<i>Anémona encantada...</i>	164	170	<i>su más luna en el cielo...</i>
<i>No tienes edad...</i>	165	171	<i>Despojada, bañado, descendido...</i>
<i>Escapado del centro de las piernas...</i>	165		

IV

<i>Para algo llegaste, Altair, descendiste...</i>	172	174	<i>No son tus labios labios, Altair, en la noche...</i>
<i>Cuando abre sus piernas Altair...</i>	172	174	<i>Buscaba tus colinas por el cielo...</i>
<i>Llega Altair, de pronto...</i>	173	175	<i>Ven...</i>
<i>En aquella alta noche, Altair alzó el vuelo...</i>	173	175	<i>Frenética Altair, desesperada y bella...</i>
<i>Cuando voló Altair de su constelación...</i>	173	176	<i>Cuando Altair se fue ya entrada la mañana...</i>

V

La pulsera de plata, 177

**El ángel profano**

I

La condición 182 182 El monje

II

De la Fornarina a Picasso 184 185 De Miguel Ángel a Picasso  
De Rafael a Picasso 184

## El ángel biógrafo

### Primer tiempo

Ascensión y metamorfosis	188	195	Retornos de «La Encerrada»
Glorieta de Salamanca	191	196	Muchacha filipina
Imagen primera de Sofía	192	197	Ángel de los pinceles
Huésped de las nieblas	192	199	La imposible al amor
Compañera de viaje	194	200	Ángel de salvación

### Segundo tiempo

Amor en vilo	202	205	Para algo llegaste, Altair
Vénere y Altair	203		

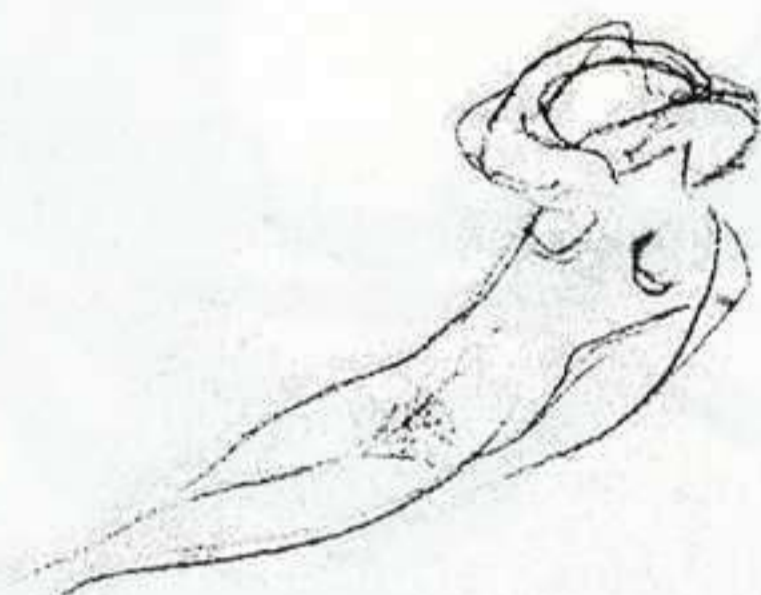
### Epílogo

Las nuevas ramas de tu muerte,	206
--------------------------------	-----

### Bibliografía, 209



R a f a e l,



mi más sincera felicitación desde  
este *Litoral de frentes serpentin*as en  
tu noventa y seis aniversario.

Que estos ángeles te guarden  
siempre a ti, el mejor capitán de  
navío que haya tenido la poesía  
española; a ti, el más *alegre* y mi  
más querido poeta.

JOSÉ MARÍA AMADO



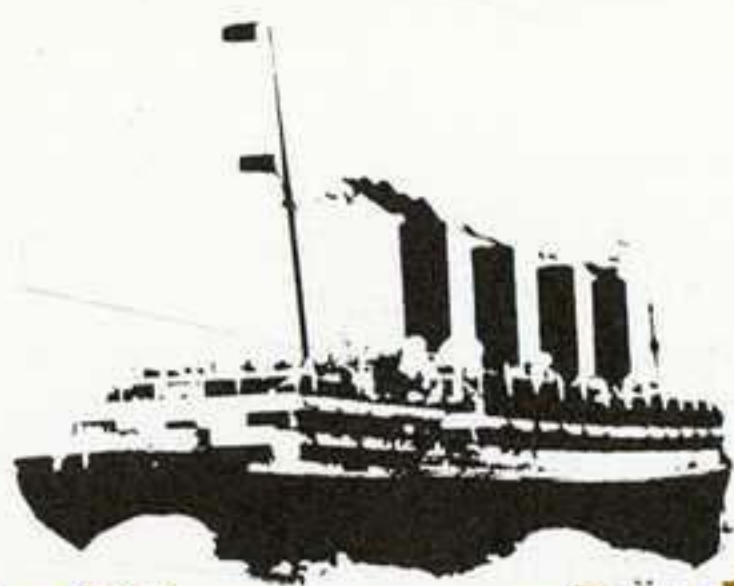




Esta edición de *Rafael Alberti. El amor y los ángeles* Se permitió de imprimir el día XVII de XI de MCMXCVIII, festividad de Santa Victoria en los talleres de Gráficas San Pan-

cracio de Málaga, compuesta en caracteres New Baskerville por Samuel Gómez Navarro bajo la orientación de Lorenzo Saval y José María Amado. ♡ Con el patrocinio de la Consejería de la Presidencia de la Junta de Andalucía, este Litoral quiere rendir un nuevo tributo a la figura de Rafael Alberti. ♡ Nuestro especial agradecimiento a Manuel Alés y a los pintores gaditanos por su inestimable colaboración. ♡ Hicieron posible su realización Aitana Alberti, María José Amado, Miguel Gómez Peña, Luis García Montero, José Antonio Mesa Toré, Antonio Jiménez Millán, Jacobo Gómez Navarro y Carmen Salval Prados

*Portada:* Lorenzo Saval, *El ángel Mensajero*, collage 1998 *Interior de cubierta:* Caligrafía de Litoral por Rafael Alberti *Viñeta de portada:* dibujo de Guillermo Pérez Villalta *Ilustraciones interiores:* Dibujos inéditos de Rafael Alberti dedicados a Aitana Alberti



### Primer año literario (1968)

- π 1. La Generación del 27 (Homenaje)
- π 2. Dedicado a Europa
- π 3. Desde Andalucía a **Rafael Alberti**
- π 4. La Fiesta de los Toros
- π 5. Dedicado a la Navidad
- π 6. A **Pablo Picasso**
- π 7. Los muros toman la palabras (Mayo, 68)
- π 8-9. Llanto de Granada por **Federico García Lorca**
- π 10. La poesía de la Generación del 70
- π 11. Poetas andaluces del 50
- π 12. Homenaje a **Antonio Machado**

### Segundo año literario (1969-1971)

- π 13-14. Homenaje a **Emilio Prados** y **Manuel Altolaguirre**
- π 15-16. Nueva Generación (Antología)
- π 17-18. Homenaje al escultor **Alberto Sánchez**
- π 19-20. Homenaje a **Carlos Edmundo de Ory**
- π 21-22. Ronda y un Torero
- π 23-24. A los 90 años de **Pablo Picasso**

### Tercer año literario (1971-1973)

- π 25-26. LITORAL 1926 (1ª Entrega: n<sup>os</sup> 1, 2 y 3)
- π 27-28. LITORAL 1926 (2ª Entrega: n<sup>os</sup> 4, 5, 6 y 7)
- π 29-30. LITORAL 1926 (3ª Entrega: n<sup>os</sup> 8 y 9)
- π 31-32. LITORAL MÉXICO 1944 (N<sup>os</sup> 1 y 2)
- π 33-34. LITORAL MÉXICO 1944 (N<sup>o</sup> 3)
- π 35-36. De Cádiz a Granada (Homenaje a **Manuel de Falla**)

### Cuarto año literario (1973-1974)

- ☉ 37-40. *La Claridad desierta*, de **José Bergamín**
- ☉ 41-42. Tres poetas andaluces  
Suplemento: Chile y la muerte de **Pablo Neruda**
- ☉ 43-44. *Roma, peligro de caminantes*, de **Rafael Alberti**
- ☉ 45-46. Los Andaluces Cuentan (Narrativa).
- ☉ 47-48. *Ilustración y defensa del toreo*, de **José Bergamín**

### Quinto año literario (1975-1976)

- π 49-50. 50 Números de LITORAL. Orígenes de la Vanguardia Española
- ☉ 51-52. *En breve*, de **Dionisio Ridruejo**
- ☉ 53-58. Portugal. La revolución de los claveles
- ☉ 59-60. Los poetas del exilio

### Sexto año literario (1976-1977)

- ☉ 61-63. Poesía en la cárcel
- ☉ 64-66. **Mao Tse-Tung**
- ☉ 67-69. Homenaje a **León Felipe**
- ☉ 70-72. *Cuadernos de Rute*, de **Rafael Alberti**

### Séptimo año literario (1978-1979)

- π 73-75. Vida y muerte de **Miguel Hernández**
- ☉ 76-78. Perfil de **César Vallejo**
- π 79-81. A **Luis Cernuda**
- ☉ 82-84. Poesía americana contemporánea

### Octavo año literario (1979-1980)

- ☉ 85-87. *Moheda*, de **Rafael Guillén**
- ☉ 88-90. *El hacedor de calendarios*, de **Lorenzo Saval**
- ☉ 91-93. *Señales*, de **Juan Rejano**
- ☉ 94-96. Cuatro Suplementos LITORAL. 1ª época

### Noveno año literario (1980-1981)

- π 97-99. **Fernando Villalón**. Dos Suplementos. 1ª época
- ☉ 100-102. **Emilio Prados**
- ☉ 103-105. **Vicente Aleixandre**
- ☉ 106-108. Poesía sueca contemporánea

### Décimo año literario (1982)

- ☉ 109-111. Correspondencia **Alberti-Bergamín**
- ☉ 112-114. **Antonio L. Bouza**
- ☉ 115-117. **Pedro Garfias**
- π 118-120. Antología de la Joven Poesía Andaluza

### Undécimo año literario (1983)

- ☉ 121-123. **María Zambrano**. Tomo I
- ☉ 124-126. **María Zambrano**. Tomo II
- ☉ 127-129. Poesía sueca contemporánea (2ª entrega)
- ☉ 130-132. **Cernuda-Alberti**. Dos Suplementos (1ª época)

### Duodécimo año literario (1983-1984)

- ☉ 133-135. **José María Hinojosa**. Tomo I
- ☉ 136-138. **José María Hinojosa**. Tomo II
- π 139-141. Poesía árabe-andaluza
- ☉ 142-144. **José Bergamín**. Antología periodística, I

### Décimotercer año literario (1984-1985)

- ☉ 145-147. **José Bergamín**. Antología periodística, II
- ☉ 148-150. **José Bergamín**. Antología periodística, III
- π 151-153. Poesía erótica, I
- π 154-156. Poesía erótica, II

### *Decimocuarto año literario (1985-1986)*

- π 157-159. Poesía árabe actual  
ϕ 160-162. **Gerald Brenan**  
π 163-165. **Jaime Gil de Biedma**  
ϕ 166-168. **Jaime Siles**

### *Decimoquinto año literario (1986-1987)*

- ϕ 169-170. Literatura escrita por mujeres  
ϕ 171. *El Guadalhorce*. Homenaje a **Ángel Caffarena**  
ϕ 172(-173). **Francisco Giner de los Ríos**

### *Decimosexto año literario (1987)*

- (172-)173. **Francisco Giner de los Ríos**  
∞ 174-176. Surrealismo. El ojo Soluble

### *Decimoséptimo año literario (1988)*

- ϕ 177. Poesía árabe clásica oriental  
∞ 178-180. Veinte años de LITORAL

### *Decimoctavo año literario (1989)*

- ≈ 181-182. **Manuel Altolaguirre**  
∞ 183-184. Poesía del Rock

### *Decimonoveno año literario (1990)*

- (183-)185. Poesía del Rock  
≈ 186-187. **Emilio Prados**. La ausencia luminosa  
ϕ 188. **Luis Antonio de Villena**

### *Vigésimo año literario (1991)*

- † 189-190. Navegaciones. **Pablo Neruda**  
† 191-192. **Nerhu**. Escritos

### *Vigésimoprimer año literario (1992)*

- † 193-194. Poesía norteamericana contemporánea  
† 195-196. Memoria de América en la poesía

### *Vigésimosegundo año literario (1993)*

- \* 197-198. Poesía ucraniana contemporánea  
\* 199-200. Poesía catalana actual

### *Vigésimotercer año literario (1994)*

- \* 201-202. Poesía italiana contemporánea  
\* 203-204. **Carlos Arniches**. El Alma Popular

### *Vigésimocuarto año literario (1995)*

- \* 205-206. Poesía vasca contemporánea  
\* 207-208. **Dionisio Ridruejo**. *Dentro del tiempo*

### *Vigésimoquinto año literario (1996)*

- \* 209-210. Poesía gallega contemporánea  
\* 211-212. Eros picassiano

### *Vigésimosexto año literario (1997)*

- \* 213-214. **María Victoria Atencia**. El vuelo  
‡ 215-216. Poesía cubana

### *Vigésimosexto año literario (1998)*

- \* 217-218. **Luis García Montero**. Complicidades  
\* 219-220. **Rafael Alberti**. El amor y los ángeles

π	Agotado
ϕ	2.500,— Ptas.
≈	3.000,— Ptas.
†	3.500,— Ptas.
*	3.700,— Ptas.
‡	3.850,— Ptas.
∞	4.000,— Ptas.

Dirige **Lorenzo Saval**

Adjunta a la dirección **María José Amado**

Edita **Revista Litoral, S. A.**

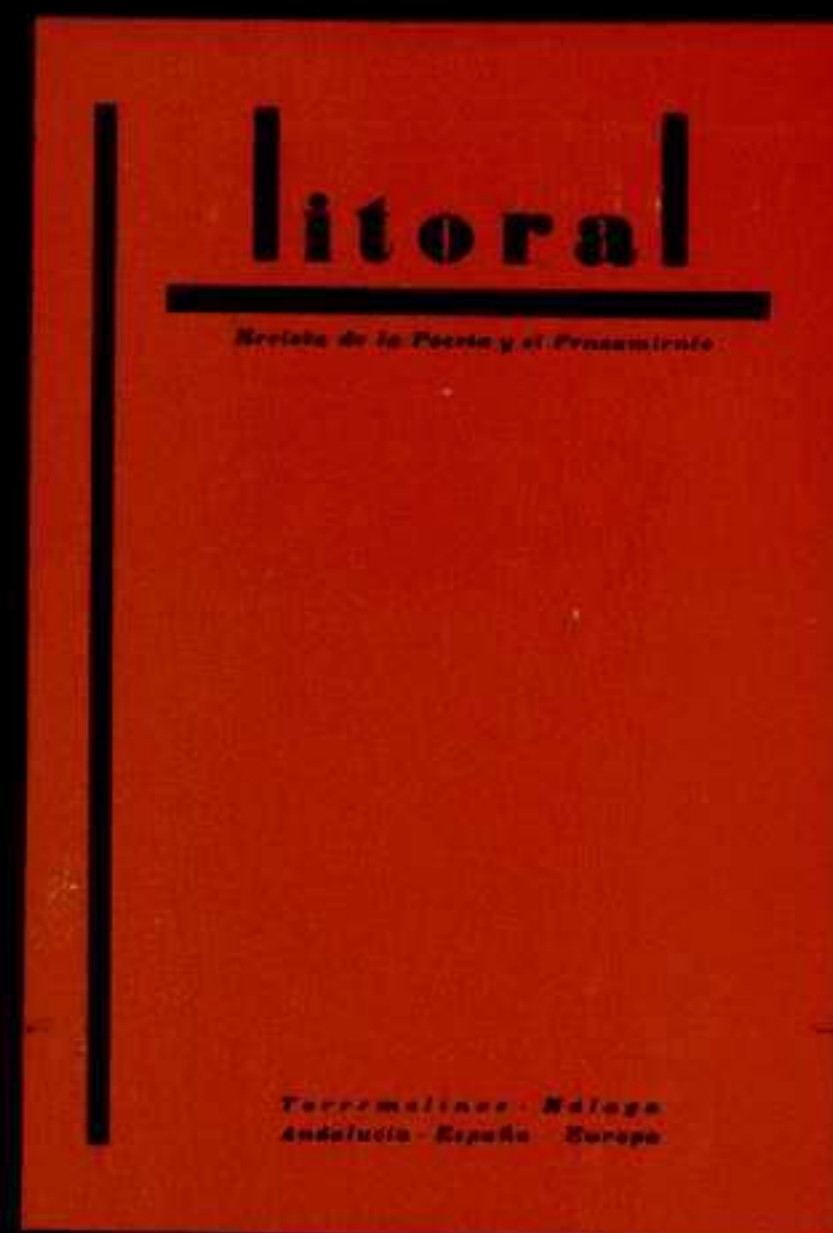
Redacción y administración **Carmen Saval Prados**  
Urb. La Roca, 107C. 29620 Torremolinos, Málaga  
Tel. 952 38 82 57 fax 952 38 07 58  
E-MAIL [litoral@apex-es.com](mailto:litoral@apex-es.com)  
PÁGINA WEB <http://www.apex-es.com/litoral>

Maquetación y diseño **Miguel Gómez Peña & Lorenzo Saval**

Distribución **LES PUNXES**. Sardenya, 75-81. 08018 Barcelona  
Tel. 934 85 63 80 fax 933 00 90 91  
**DISTRIFORMA**. Abtao, 25. 28007 Madrid.  
Tel. 915 01 47 49 fax 915 01 48 99

[Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page]

AL LITO  
LITORAL  
AL LITO  
LITORAL  
AL LITO  
LITORAL  
AL LITO  
LITORAL  
AL LITO  
LITORAL



**litoral** nació en Málaga en Noviembre de 1926. Fundada por dos poetas malagueños —Emilio Prados y Manuel Altolaguirre— fue uno de los principales exponentes del quehacer vanguardista en los inicios de la llamada generación del 27. En sus páginas publicaron sus primeros poemas Federico García Lorca, Rafael Alberti, José Bergamín, Luis Cernuda, Jorge Guillén, Juan Larrea, José Moreno Villa, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, José María Hinojosa, Dámaso Alonso, Ramón Gómez de la Serna, Pedro Garfias...

Con ellos, músicos como Manuel de Falla y Rodolfo Halffter y los pintores: Picasso, Juan Gris, Joan Miró, Manuel Angeles Ortiz, Benjamín Palencia, Joaquín Peinado, Salvador Dalí, Francisco Bores etc.

LITORAL, volvió a publicarse en la primavera de 1968 dedicando sus números a difundir la obra de sus creadores, reproduciendo sus ya históricos números iniciales y los de la etapa de México —con Juan Rejano, Francisco Giner de los Ríos, Moreno Villa—, cuando la revista reapareció en el exilio. Siguió su ruta incorporando a sus páginas otras voces de prestigio, así como a los nuevos poetas y pintores de la España de ahora; pero sin olvidar nunca la huella ejemplar, alentadora y libre de sus fundadores.

LITORAL ha publicado además —a lo largo de quince años— números monográficos de valor perdurable: a Rafael Alberti, a García Lorca, al escultor Alberto, a Picasso, a Manuel de Falla, a José Bergamín, a la Joven Poesía Andaluza, a Vicente Aleixandre, a María Zambrano, la Poesía Erótica, la Poesía Árabe-Andaluza y Actual, a Gerald Brenan etc. Y otras entregas extraordinarias entre ellas la publicación, por primera vez en España del libro de Alberti "Roma peligro para caminantes", "En breve" de Dionisio Ridruejo, "La claridad desierta" de J. Bergamín, así como recopilaciones temáticas dedicadas a la poesía española en el exilio.



# EL BA BO HE



*Selección Aitana Alberti*  
*Prólogo Luis García Montero*



LITORAL

RAFAEL

ALBERTI

EL amor y

los ángeles

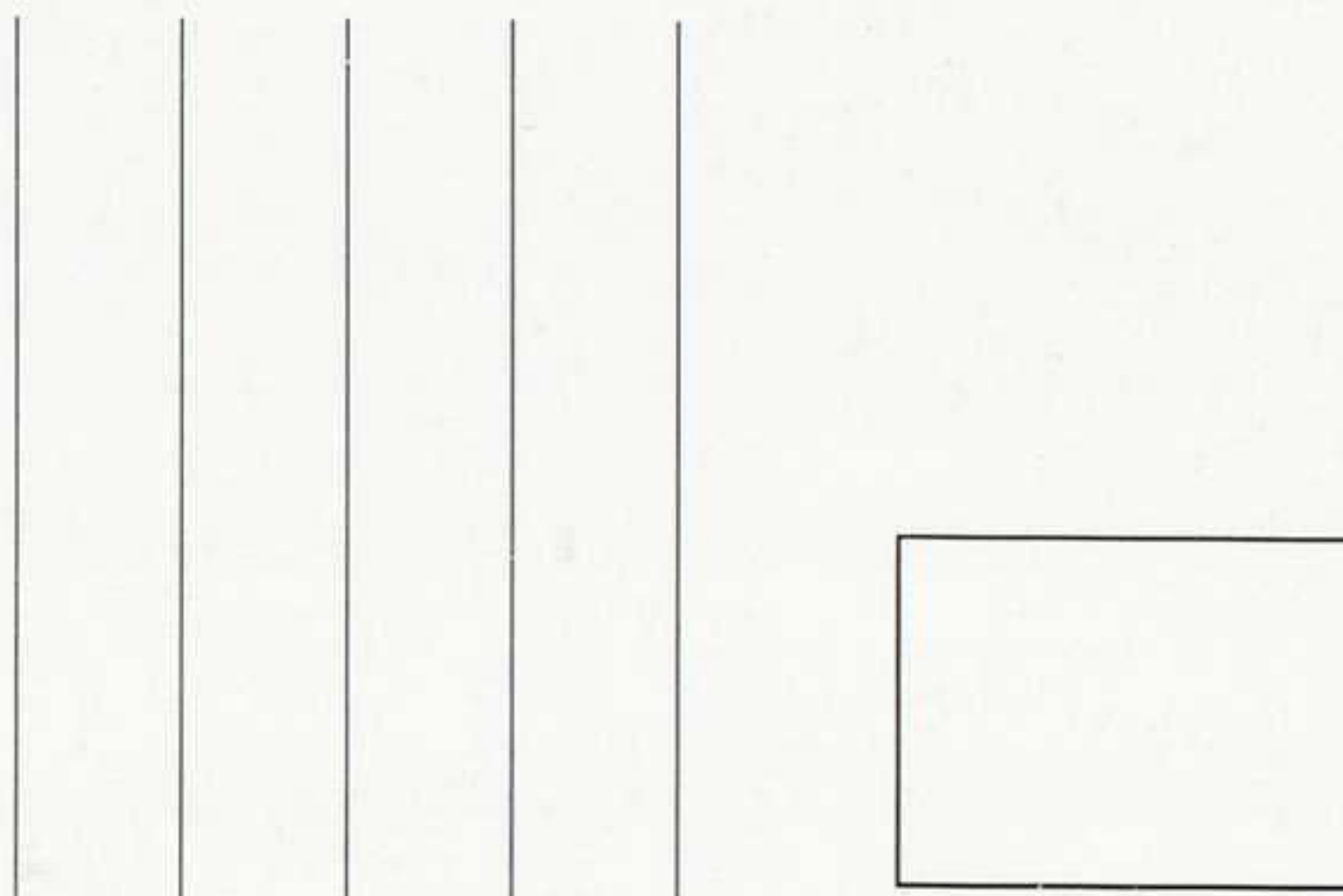


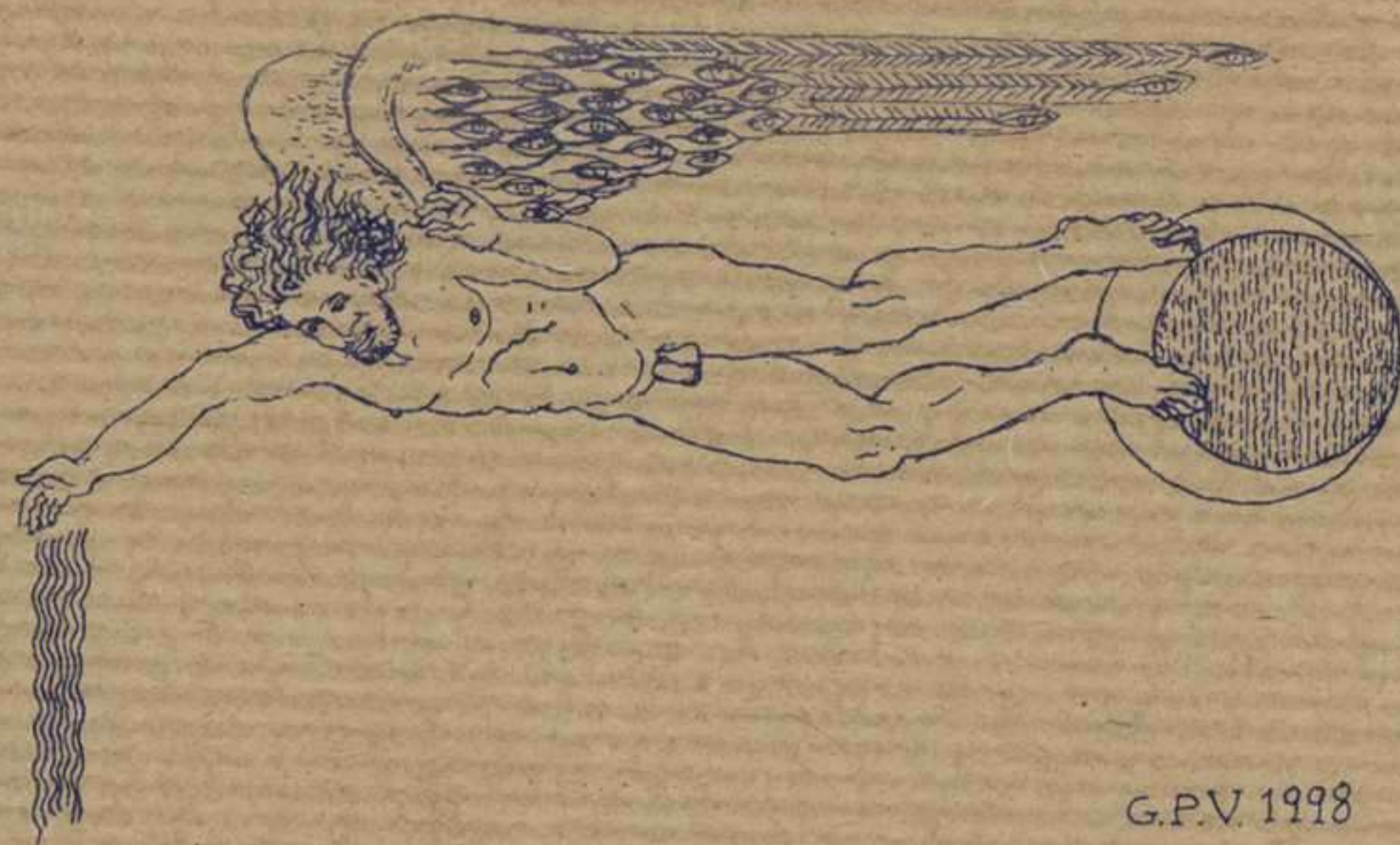


Lorenzo Saval. *El ángel mensajero*, 1998. Collage. t./m., 50 x 75 cm

# L I T O R A L

REVISTA DE LA POESÍA, EL ARTE Y EL PENSAMIENTO



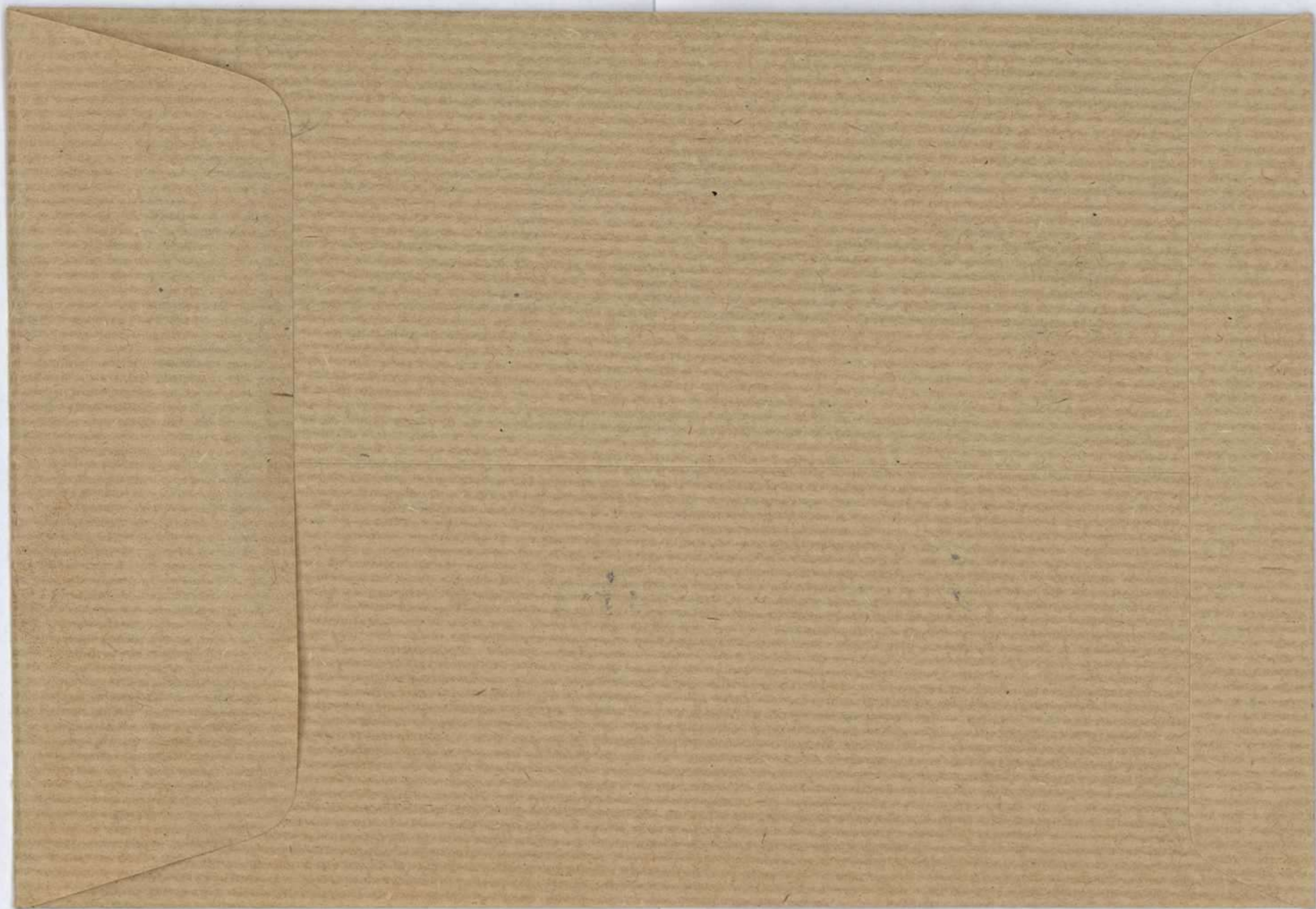


G.P.V. 1998

**Rafael Alberti**  
*El amor y los ángeles*

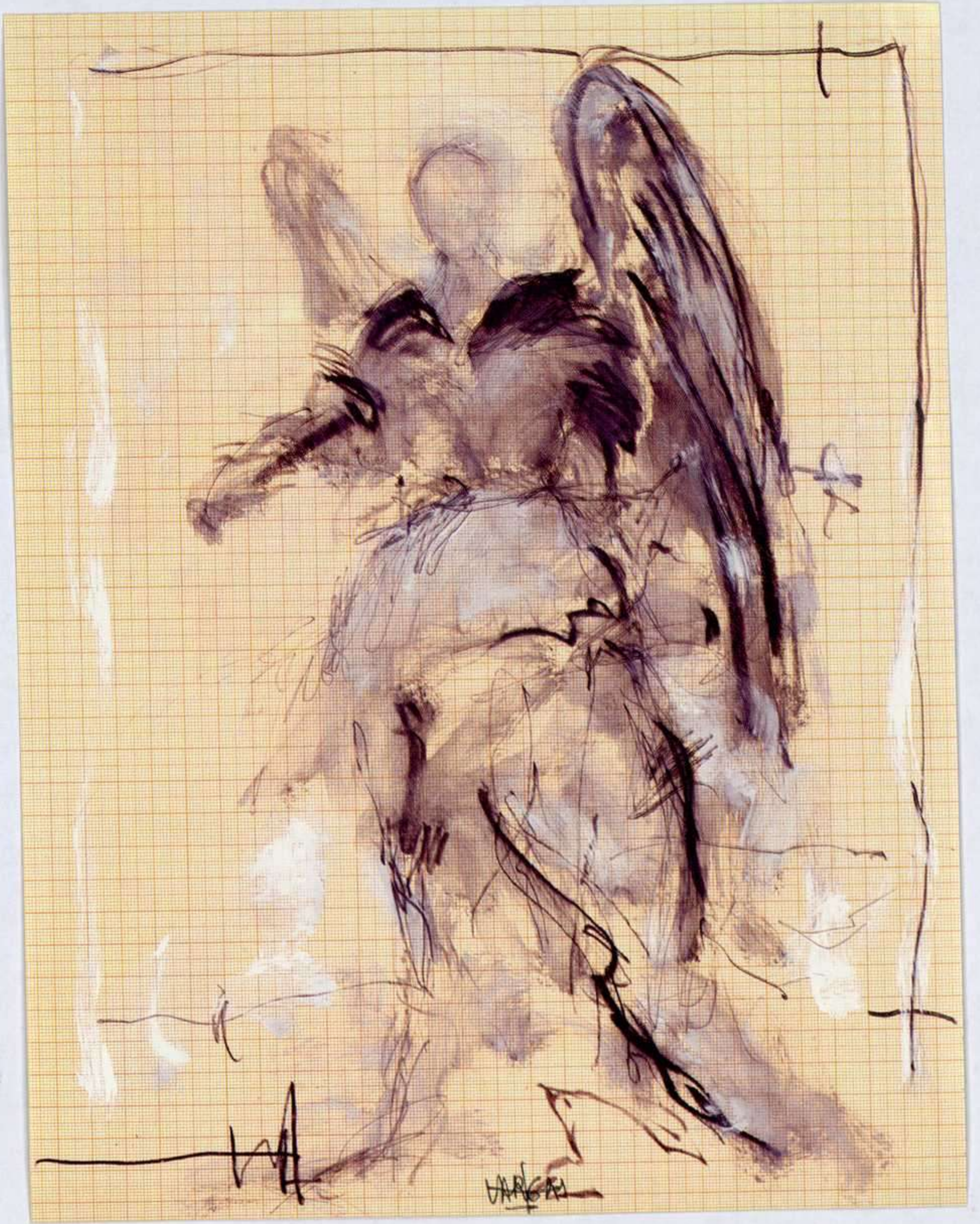
Litoral

MCMXCVIII











PEPE CANO





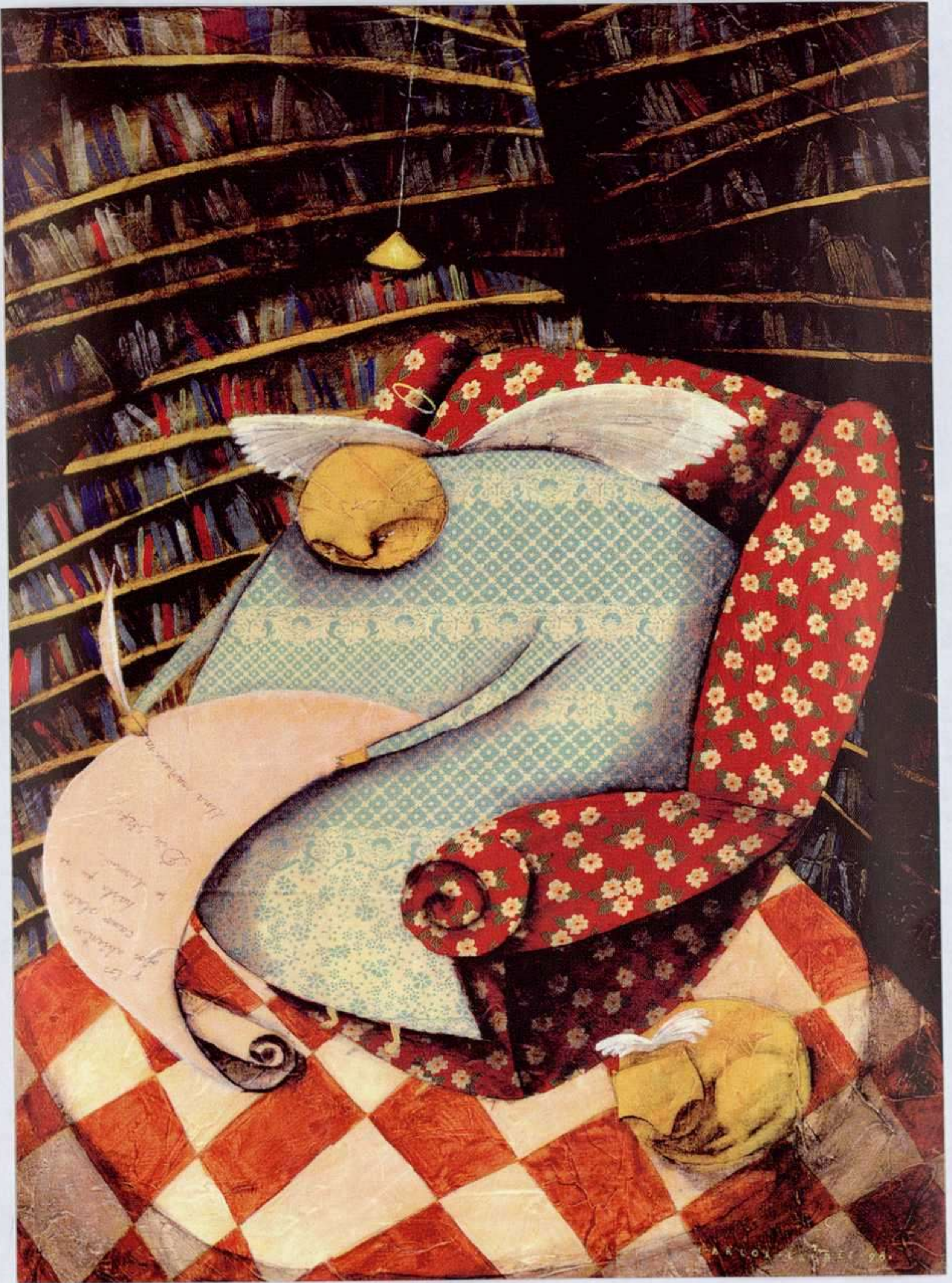


Channet 09



2011







*Antonio*  
**SOLER**

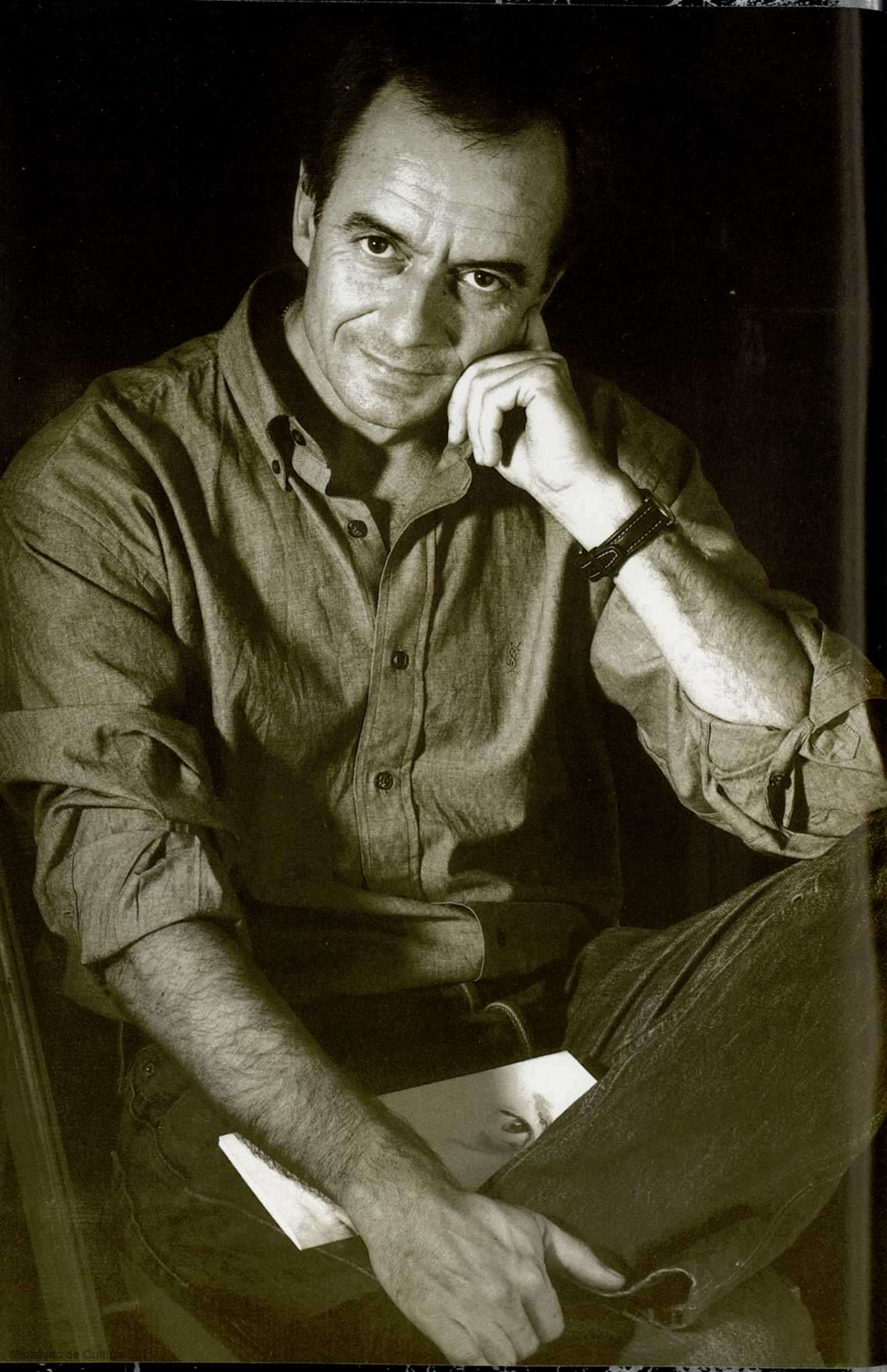
**6**

*El agua en la boca*  
*Litoral / Suplementos*



ANTONIO SOLER

6  
LITORAL  
*El agua en la boca*





**E**l policía Machuca, como algunos otros personajes, anda por más de un cuento, por más de una novela mía. Le voy reconstruyendo la vida a trozos.

Nació hace siete años, y nació mayor, cuando ya casi se estaba muriendo. Fue el protagonista de un relato largo, *El triste caso de Azucena Beltrán*, y allí, enfermo y atormentado, daba cuenta de su carácter. Despiadado, egoísta, cruel. Machuca representa el lado oscuro de mi obra, el mal. El demonio que cada cual lleva alojado en no se sabe qué parte de su ser. Va y viene como un coágulo destructor por las venas de mis sueños. Apareció en la novela *Las bailarinas muertas* (1996) para empozoñarla, para meter miedo, como ya había hecho cuatro años atrás en el relato *Cienfuegos* o ese mismo año hizo, joven y sangriento, en el cuento breve: *Machuca Primer caso*. Ahora, cuando esto escribo (noviembre de 1998), se ha metido en un relato titulado *Pedrea* para traicionar a su amante, para sembrar la desgracia entre gente ya largamente herida por los años y la historia.

A continuación se da cuenta de alguna de sus apariciones, en distintos libros, en distintos momentos de su biografía, de la mía. Machuca es mi sombra, el lado oscuro, el personaje del miedo.



## *El triste caso de Azucena Beltrán*

### El Rata encuentra a Machuca

**Y** entonces fue cuando lo vi, pero sin conocerlo, como si fuese un monigote sin cara allí puesto en una de las mesas más alejadas, la única persona en medio de aquella inmensa galería con olor a serrín y a lejía. Me miraba, quieto, como un lagarto viejo y confiado, dándole vueltecitas al vaso que tenía en la esquina de la mesa. Me dio miedo esa figura, como si pudiera reclamarme algo oscuro y soterrado que yo llevara escondido sin saberlo, así que me di la vuelta despacio y solté la copa y el dinero en el mostrador. Me despedí con un gesto del hijo del Zanco y eché a andar hacia la puerta con mi cajón. Sólo cuando estuve a un paso de la salida miré de nuevo a mi derecha y vi los ojos del hombre fijos en mi, medio muertos. Más que reconocerlo, tuve un presentimiento, pero mi cuerpo se resistió a pararse y todavía di un paso más, que me colocó fuera de su vista, ya en el umbral de la bodega. Me detuve, y al hacerlo caí en la cuenta de los latidos de mi corazón, secos y duros. Después de ver en un segundo imágenes del pasado, Azucena, el barrio, Carlitos, di un paso atrás y, con la frente arrugada y los ojos medio cerrados, miré al hombre aquel. No había movido la vista, seguro de verme retroceder, y todavía se me quedó mirando casi medio minuto con los ojos fijos, mientras yo dudaba entre acabar de marcharme o acercarme a él, fingiendo que no lo reconocía del todo. Y cuando hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, muy despacio, noté un hormigueo en mi espalda, como el que deben de sentir los perros abandonados y enfermos al ver a un enemigo desafiante. Aunque estaba seguro de que era él, viejo y demacrado, a punto de perder el aire propio de su persona, mezcla de vigor y soberbia, todavía fingí duda mientras caminaba hacia él y preguntaba, no a aquella esfinge pálida y con piel de papiro a la que me acercaba, sino al aire cuajado que flotaba en ese punto del bar, a los olorosos toneles de madera o al cielo encalado de verde, ¿Machuca? Pero el viejo no contestó, siguió mirándome con desprecio y se limitó a encoger el bigote como si fuese una oruga peluda que procesionara bajo su nariz. Ya detenido a su lado, aparentando no alegría pero sí un respeto teñido de admiración y algún resto de temor, me pasé la mano por el pantalón y se la tendí. Esta vez ni siquiera estremeció el

bigote, lleno de descoloridas púas grises, simplemente bajó los párpados y miró la silla que había frente a él, al otro lado de la pequeña mesa. Al inclinarme para dejar el cajón en el suelo y sentarme, de nuevo el pasado se hizo presente por un segundo, como un latigazo, y vi la calle Ancha, un trozo de cielo celeste por encima de los balcones, renacido todo por el olor olvidado de la colonia amarga de Machuca, un aroma que formaba parte de su fisonomía como su nariz o su cuello y que al contrario que sus rasgos no había cambiado.

Como él no decía nada, comenté yo, procurando sonreír y a la vez ser un poco amable, Cuánto tiempo, pero mis dos palabras se quedaron flotando en el aire, como un humo que tarda en deshacerse, oscilando delante de aquellos ojos verdosos y punzantes que bajo las cejas canosas me observaban con la indiferencia del que mira el mar o cualquier paisaje abandonado. Veinte años, dijo al fin Machuca, y paseó la lengua por el labio de abajo, despacio, gorda y roja. Y aunque en un momento hice las cuentas y realmente las cábalas me sumaron dos decenas, fingí sorpresa, ¿Tanto?, mientras pensaba que el miedo ciego que me producía la presencia de aquel hombre, su colonia barata, sólo tenía el sustento de los recuerdos, y a mí mismo me decía que nada debía temer de aquel tipo viejo y cansado, por mucho aire marcial y mirada podrida que tuviese. Pero podía más lo oscuro, el temor de que su rostro de ahora, ceniciento y cuarteado, fuese una careta que ocultase la verdadera, la antigua faz del policía Machuca, las cejas negras y el bigote corto y oscuro con púas azabaches que se combinaban con otras cobrizas y algunas entrecanas, la nariz poderosa en medio de unas mejillas sonrosadas, cruzadas de venillas rojas. No dejaba de mirarme el antiguo policía, pero lo hacía cansadamente, como si nos hubiésemos visto mucho en los últimos tiempos, y mientras, yo llevaba la vista a mi espalda, al hijo del Zanco, o a través de la sucia vidriera miraba el exterior, las aceras mojadas de lluvia, algún coche que con la velocidad aminorada atravesaba aquel sendero de socavones y asfalto agujereado. Sabía que Machuca estaba allí por mí, que aquel encuentro no era una casualidad a pesar de la indiferencia con que me miraba y de que probablemente me habría dejado marchar si yo no lo hubiera visto en el último instante, era algo muy propio de él, me habría mirado a través de la vidriera sin inmutarse ni mover un músculo, y cuando me hubiera visto desaparecer por el fondo de la calle le habría hecho una señal al hijo del Zanco para que le cobrase y se habría personado en el Cámara, el Café Cruz o en cualquier otro sitio por los que peregrino cada día limpiando zapatos, o quizás habría vuelto allí, a la bodega del Zanco, al día siguiente, y se habría sentado en el mismo lugar. Pero no había tenido necesidad de ello, su estrategia, como siempre, o casi siempre, había tenido éxito y allí me tenía, delante de él, a su antojo, sin encontrar el momento de levantarme y seguir mi camino, libre de

aquella presencia y de su olor, de aquella mirada de muerto que, dirigiéndose al mostrador, me preguntaba, Qué quieres tomar, Nada, respondí, ya me voy. Entonces, una copita de anís, y le hizo una indicación al hijo del Zanco, señalando con el índice nuestros respectivos pechos y marcando después en el aire con ese dedo y el pulgar el tamaño de una copa. Veinte años, repetí casi con mal humor, intentando averiguar el motivo de la visita de Machuca, sin acabar de creer que estuviese allí por el mismo motivo por el que dos décadas antes me había buscado por toda la ciudad. Jé, me contestó Machuca sacando el labio inferior exageradamente mientras observaba cómo el hijo del Zanco llenaba las dos copas delante de nosotros. Levantando la palma de la mano susurró Machuca, Deja la botella, déjala aquí, y al coger la copa oí el golpe cristalino de sus dedos en el vidrio, y mientras se llevaba el anís a los labios, vi su anillo de siempre, con el falso rubí casi opaco, apagado. Después de beber, gesticuló Machuca contrayendo el bigote y la nariz. Entonces fue cuando se metió la mano en el abrigo, y al hacerlo tuve un nuevo acceso de miedo que intenté atajar apurando de un trago mi copa. Aliviado, vi que lo que el antiguo policía sacaba del gabán era un trozo de papel doblado que, parsimoniosamente, desplegó media hoja de periódico. Machuca la miró un momento, y después, cogiéndola con dos dedos como si fueran unas pinzas, la volvió hacia mí. Esforzándome en descifrar el misterio de aquellas tintas y traducirlas en palabras, con la dificultad de mi torpeza en esos menesteres sumada al nerviosismo que me producía Machuca, balbuceé, Hallada en una caja... Más abajo, me ordenó con voz cavernosa, y mis ojos se fueron a las letras que tenían una línea de bolígrafo bajo ellas y empecé a leer despacio, salvando entonces lo problemático de la letra menuda y las rayas temblorosas del bolígrafo que a veces invadían el campo de las letras, La mujer cuyos restos fueron descubiertos en un descampado dentro de la caja de un televisor ha sido identificada como Azucena Beltrán Martín de cincuenta y dos años... Cincuenta y uno, dijo Machuca, pensativo. Aquí dice cincuenta y dos, murmuré, seguro de distinguir el palito del uno del retorcimiento propio del dos. Está equivocado, hasta diciembre no hacía cincuenta y dos, me miró Machuca. Bajé la vista e intenté seguir la lectura. El asesinato..., pero el antiguo policía me cortó, Ya está bien, y dobló el papel sin apartar sus ojos de los míos.

**Y** vivo bien con mi mujer, sabes, me cuida, decía Machuca con la vista perdida, con una nube delante de los ojos, y bebió muy despacio su copa, entera, y esa vez no hizo muecas ni arrugó el bigote, como si hubiera bebido agua y la ausencia de la mirada le alcanzase también el paladar. Pero ni una noche, mira lo que te digo, Rata, ni una noche en estos veinte años menos cuatro meses he podido cerrar los ojos sin ver antes a Azucena, estando de guardia en comisaría, en el coche patrulla o en mi cama, al lado de mi mujer, escuchando la lluvia en la negrura de la calle o asfixiado de calor en las noches de verano, ni una puta noche, Rata, he dejado de acordarme de aquella mujer que me envenenó a mí más que a Carlitos. Más a mí, repitió, dándole énfasis al «más», como si quisiera dejar claro que al otro también lo envenenó, Aunque de otro modo, añadió mientras llenaba de nuevo las copas y el ruido de su anillo de pedrería roja tintineaba en el cristal de la botella. Y siguió hablando después de echarse todavía un poco más atrás la gorra y dejar al descubierto el inicio de aquel cráneo calvo y chato que tenía mucho de calavera, lejos de la rosada y poderosa curva de antaño. Y así he tirado estos años, hasta que hace dos meses, hojeando el periódico en un bar, la aceituna que tenía en la boca se me pudrió como si fuera la hiel de un pescado. Llamé a un antiguo compañero de aquí para informarme minimamente de lo que había leído en el periódico, los indicios, las causas del crimen, etcétera, y a partir de entonces, sabes, Rata, pensé en Azucena de otra forma, ya no la veía desnuda y sonriente en su cama, como hasta la fecha me la había representado en mis noches de soledad, sino que se me aparecía en la sala del tribunal, como el último día que la vi, ya muerta para mí, y todo lo sucedido entonces, en aquellos meses de abogados y juicio, empezó a removerse muy despacio, a reavivarse como un animal ciego y torpe que no encuentra la salida dentro de una madriguera. Hizo una pausa y me miró más serio, Así que la semana pasada me decidí a coger el tren, y con la ilusión de que todavía estuvieses vivo, Rata, pasé toda la noche en mi asiento sin cerrar los ojos, mirando las sombras del departamento y la negrura de la ventanilla, preguntándome por lo que pasó entonces con toda la paciencia y la mala leche con la que se interroga a un criminal de niños o a uno de aquellos comunistas correosos y desafiantes, y cuando los fogonazos de los túneles o de las estaciones se estrellaban en el cristal, al pronto me parecía ver los ojos de Azucena y oler en la noche y en los campos el aroma de su sudor.

## Machuca conoce a Azucena

**Y** ahora, después de tantos años, tantos días en los que el olvido, los pasos y el tiempo nos habían ido alejando, lo tenía allí delante, transformado en una especie de momia que apenas conservaba sus rasgos y en la que sólo a veces, cuando su mirada se concentraba, era posible reconocer su brío, aquella templanza de hierro en los ojos y en la mandíbula, aquella mirada lenta que debió de recorrer el cuerpo de Azucena la noche que la conoció, cuando una madrugada lluviosa, con un compañero, llevó al hospital a un delincuente herido a causa de una paliza, caído de un primer piso al intentar huir, según la versión oficial. Lo imagino con su guerrera gris, echado en el mostrador de la recepción, mirando los pasillos vacíos de la clínica, y los ojos de almendra de Azucena bajados mansamente al encontrarse con aquella mirada en la soledad de la madrugada. Imagino las palabras de Machuca, susurradas, como si la caverna de su voz tuviera un siseo de serpiente, de esas que hipnotizan, mirando las caderas rotundas de Azucena, siguiéndola hasta la habitación que servía de almacén para los utensilios de limpieza y la ropa sucia de los enfermos, acercándose por la espalda y oliendo su perfume rancio mientras ella, sin responder, trasteaba en la pequeña habitación con olor a formol y a muerte, recogiendo unas bolsas de gasas usadas y sábanas sucias, la mirada rehuyendo la de aquel hombre maduro, pero los labios estirados por una inevitable sonrisa de orgullo y turbia complacencia al oír sus halagos. Y quizá cuando sintió la mano del policía en su cadera, aquellos dedos gruesos y firmes, pensó en Carlitos y en los años de vacío y miseria que le había proporcionado aquel cantante alcoholizado, y seguramente habría retirado con energía la mano si su mente no hubiera insistido en aquel pensamiento, en la imagen de su marido, en su sonrisa humillada y en su propio trabajo en el hospital. Ni siquiera cuando Machuca subió la mano por los riñones, acariciándola con la voz, y bajó los dedos hasta las costillas y los alrededores del pecho, ella insinuó cualquier amago de rechazo, se quedó inmóvil, inclinada hacia adelante, notando a su espalda cómo el policía se apretaba contra ella. Y sólo cuando oyó el golpe de tacón con el que Machuca cerró la puerta del cuarto, se incorporó Azucena y se dio la vuelta, mirando desafiante a aquel hombre cuya sonrisa cruel titubeó ante la mirada intensa, casi feroz, de Azucena, y que sólo unió su cuerpo al de ella cuando ésta alzó levemente la barbilla y separó los labios en un gesto ambiguo que tenía tanta química de desafío como de aprobación. Machuca la apretó contra sí, la miró

ladeando la cabeza y acercó despacio su boca a la de ella, pero se retuvo en el último instante y se quedó allí, a las puertas del aliento, saboreando aquel vaho cálido y retiró un poco la cabeza para ver la boca entreabierta, la lengua adormecida, los ojos entornados que, sorprendidos por la demora, ya se volvían a abrir, pero que hubieron de cerrarse ante la acometida definitiva del policía, feroz, intensa. Y entonces vino la desesperación, los besos retorcidos y sedientos, los labios y la saliva corriendo por el cuello, las manos soliviantadas, cruzándose en caricias rápidas. Machuca sentó a Azucena en la mesa que había detrás de ella, y ella, medio asfixiada, rodeó con las piernas la cintura del policía y se apretó contra él, sintiendo el contacto áspero de la guerrera a través de los guantes de goma que le cubrían las manos, todavía con un atisbo de inquietud por la posible irrupción de alguna enfermera en el cuarto, una inquietud que no parecía afectar a Machuca, que desabotonaba ahora la bata de Azucena, recostándola sobre la mesa hasta que la espalda de la mujer se apoyó en la pared. Entonces, sólo unidos por las piernas de ella, sus rostros separados y distantes, estuvieron contemplándose unos instantes, callados, recuperando el aire, y Azucena, mirando los ojos de aquel hombre desconocido, dejó que la bata se deslizara por sus hombros desnudos y murmuró, casi con un aliento, Ven, dame la muerte.



## Machuca y el Rata

**T**ú tienes que saberlo, Rata, tienes que saber lo que pasó aquella noche, la verdad, noté en su voz un ligero temblor, una vibración que tenía escondido un residuo de súplica. Y aunque sabía que a Machuca le daba asco, después de apurar la copa, chupé los bordes y pasé la lengua por el interior, deleitándome con mis ideas y con el regusto del licor. Pero él, consciente de que yo hacía aquello en respuesta a sus palabras poco autoritarias, recuperando la serenidad, me dijo con una sonrisa cínica y acanallada, No seas guarro, no seas tan guarro, por lo menos delante de mi, Rata, si no quieres que te eche abajo los dientes que te quedan. Hay más de media botella, y si se acaba te pido otra, dijo mientras me llenaba la copa, así que no seas más guarro. Y al coger la botella escuché otra vez el tintineo de su anillo en el cristal, y me di cuenta de que la piedra roja de la alhaja, en otros tiempos situada en el meñique, estaba colocada en el dedo anular, y aun así, la piedra oscilaba, demasiado grande el anillo para agarrarse con firmeza al encanijado dedo. Me vas a decir lo que entonces te callaste, Rata, porque ya nada importa y los años han apagado todos los odios, yo ya sólo tengo curiosidad, fíjate, sólo curiosidad. Saber si se equivocó, le dije, y él asintió a la fuerza, para sí mismo, entornando los párpados y tragando una saliva que debía de saberle a veneno.

## Machuca, amante de Azucena

**M**uy lejos de su estampa de entonces, cuando llegaba al barrio y uno sentía miedo al verle, aunque sonriera, peor cuando sonreía, el bigote de púas recién cortadas encogido por alguna palabra graciosa, y aquel olor a colonia. Más de una vez me puso la mano en la cara y, dándome unos golpes secos que me llevaban la barbilla para un lado, me decía enseñándome los dientes amarillos, Tú tranquilo, Rata, tranquilo y convida de mi parte a Carlitos, que disfrute, que beba, todos tenemos derecho a disfrutar, y me dejaba pegado aquel olor, mezclado con el tufo a calabozos y a lana mojada que desprendía su guerrera. Entraba al portal penumbroso en el que vivían Azucena y Carlitos y subía las escaleras, poderoso y ágil, a pesar de contar entonces casi sesenta años. En los primeros tiempos de aquella situación se veía a Carlitos inquieto, sumido en pensamientos que le embebían los ojos como si mirase el horizonte del mar o el almanaque y los desconchones de la taberna fuesen la boca de un abismo que se abría delante de él. Fueron los de la duda los tiempos más amargos para el pobre cantante, porque a pesar de todas sus miserias, hasta entonces no acabó de aceptar hasta la médula su fracaso, hasta entonces no lo sintió en su interior como un frío inmisericorde, como la única realidad de su vida, el fin de cualquier esperanza. Hasta aquellos tiempos había logrado resistirse a la total resignación porque, a pesar de todas las miserias que había vivido, en un rincón podrido de su cerebro había conservado la infantil idea de que habría de hacerse justicia y que estaba por llegar el día de su revancha. Pero todo entonces se le desmoronó. Y fue Machuca, con sus llegadas al barrio, sus pasos de mariscal y su mirada verde, quien lo acabó de despertar a la realidad. Machuca y Azucena. Porque si bien al principio disimulaban lo suyo, pasadas unas semanas apenas se preocuparon por ocultarlo, y más de una vez se encontró el pobre Carlitos con Machuca sentado en el comedor, con la guerrera desabotonada y mirándolo de arriba abajo, como si fuese él, Carlitos, el intruso.

## Machuca amenaza al Rata

**S**í o no, decía Machuca, sólo tienes que contestar eso, si quieres me lo dices con la cabeza. Me lo estaba poniendo fácil aquel perro viejo que con la jubilación y los años parecía haber perdido las facultades que en activo lo hacían temible hasta para el que tuviese el corazón de mármol. Yo ya dije lo que sabía en el juicio, argumenté casi con rutina, para hacerle el juego, Ya lo dije todo. Y sus ojos verdosos, nublados por una telaraña casi transparente, se quedaron mirándome fijos, como si nada tuvieran que ver con el movimiento de sus labios, que en ese momento decían, Pues si ya lo has dicho todo, hijoputa, voy a arrancarte la lengua. Y después del silencio añadió, sin ningún gesto que acompañara a sus palabras, yo ya no tengo ganas de vivir, Rata, es como si estuviese muy cansado y siempre tuviera sueño, todo me da igual, pero antes de morirme voy a saber lo que pasó aquella noche, tú me lo vas a decir, aunque sea por caridad con este pobre viejo, y se sonrió, porque si no, ya puedes contar con que te voy a joder la borrachera, antes de que te pongas de pie te suelto tres tiros en la barriga, así que deja reposar la pistola en el bolsillo de mi abrigo y habla. Y al decir esto arrugó el bigote, como si sorbiera una mucosidad que no tenía, y por un momento, mezclado con el anís y el olor de la colonia que flotaba alrededor de él, sentí el miedo, el vértigo que Machuca me había inspirado en mi juventud, titubeé. Ha pasado mucho tiempo, qué más da lo que pasara entonces. A mí sí me da, ya te lo he dicho, qué te dijo Carlitos la tarde que murió. Cosas, nada, estaba amargado, diría yo... No empieces con las mariconerías del juicio, me interrumpió Machuca, inclinándose hacia adelante, enseñándome los dientes de abajo, ladeados y medio podridos. Carlitos me había elegido a mí entre toda la gente del barrio, yo había sido su amigo, su confidente a ojos de Machuca, y si me había escogido a mí era porque nadie como yo respetaba su arte, y porque yo soy agradecido y no podía olvidar los tiempos pasados, cuando él cantaba en el París y me arregló allí lo de la venta de tabaco. Yo no podía olvidar aquellos tiempos de prosperidad, cuando más de un día amanecí con el cantante en alguna venta de las afueras y, cortando el helor de las primeras luces, encogido en el asiento de atrás, volvía en la moto de Carlitos al barrio. Así

que mi gratitud se la demostré yo después invitándolo a beber y hablando con él de todo lo que queríamos, como hicimos la víspera de su muerte. De modo que cuando a la mañana siguiente se supo que el cantante había muerto envenenado todos los ojos se volvieron a mí mil veces tuve que oír cómo me preguntaban sobre lo que la tarde anterior habíamos estado hablando en el bar. Y yo, que nunca había querido meterme en nada ni ser obstáculo que detuviera nada y menos aún ser resorte que impulsara al movimiento, me vi en medio de aquel revuelo que llevó hasta mí a policías y abogados. Siempre alegué ignorancia, y ni las lágrimas de Azucena ni el temible Machuca, vigilado y comprometido por la situación, consiguieron sacar de mí ningún dato que aclarase sus dudas. Me preguntaban por el viaje que al parecer iba a hacer Carlitos, por su caligrafía, por cada palabra de las que habíamos cruzado en los últimos meses. Lo del viaje, Rata, qué te dijo de un viaje, me preguntaba Machuca veinte años después mientras llenaba mi copa y ponía en la suya sólo unas gotas de anís. Se refería a la despedida de aquella tarde, cuando al marcharse, Carlitos me dijo desde la puerta que iba a mandarme una postal. Aquella frase fue lo que condenó a Azucena, esas palabras desmintieron la dudosa nota de suicidio, sobre todo por el tono alegre con que fueron dichas, que en nada hacían prever un inminente suicidio. Habla, Rata, me repitió Machuca, habla o te mato aquí mismo. Y como vio que yo, después de relamer nervioso la copa, sin apurarla, negaba con la cabeza, sacó la mano del bolsillo y, alargándola por debajo de la mesa, oí un golpe metálico, puso entre mis muslos la boca de una pistola, y con el pulso temblando, como el de una vieja, murmuró, volcado hacia adelante y con la cara casi pegada a la mesa, No te haré nada, han pasado los años y puedo comprenderlo todo, no lo entiendes, no quiero venganza, sólo la verdad, la verdad, Rata, porque me voy a morir. Y mientras me miraba con conmisericordia, con la cara de pena con que miran los perros, yo, temblando más que él, aupé la botella lentamente y me llené la copa hasta que el líquido rebosó y cayó espeso sobre la mesa. Bebí despacio, procurando olvidar que en cualquier momento Machuca podía apretar el gatillo y sentir yo en la entrepierna una explosión y un taladro al rojo vivo atravesándome. Me vas a contar lo que sabes porque aunque lleves una vida miserable, de las que da asco vivir, quieres continuar revolcándote en ella, y además porque en medio de tu miseria tienes conocimiento de lo que es la lealtad. Afirmé con la cabeza, Eso sí que es verdad. Eso es, y aunque yo te importe una mierda, tienes una deuda contigo mismo, Rata, con los recuerdos, y no los puedes traicionar, le debes lealtad a los muertos y al pasado, porque si no, qué eres, te lo pregunto, sólo un tipo que anda arrastrándose delante de los pies de la gente para limpiarle el polvo de los zapatos, si matas el pasado, sólo tienes tu miseria de hoy. Me di cuenta de que los años, al contrario de lo que había pensado hacía unos instantes, no

habían corroído el cerebro del policía, y ante aquel rostro consumido, espolado por los recuerdos y con los sentimientos reblandecidos por el miedo y el anís, tuve ganas de llorar, la cara se me contrajo con un puchero que me debió de desbaratar la expresión. No puedo, murmuré dejando escapar algunas babas entre las muelas. Sí puedes, es fácil, dijo Machuca inclinándose todavía más, rozando con la barbilla la superficie de la mesa a la vez que golpeaba ligeramente con la pistola la parte inferior del tablero .

## Machuca y los fantasmas

**E**sa imagen, que en medio de una borrachera Carlitos revivió, la tenía yo en la cabeza en el momento de decirle a Machuca que lo comprendía y que me parecía normal que no se hubiera resistido a dejar pasar la ocasión de expansionarse con Azucena, eso se llevaba. Y él se me quedó mirando desde abajo, con la barbilla casi apoyada en la mesa, y medio se sonrió al decir, No me llevo nada, eso es lo gracioso, es como si fuese un fantasma y aquello, lo de Azucena, le hubiese pasado a otro o lo hubiera imaginado. Y al pronunciar estas palabras se quedó con la mirada extraviada, y poco a poco fue incorporándose, volviendo a su posición normal. Sacó la pistola y la puso sobre la mesa, a su lado, y tapándola cuidadosamente con dos servilletas de papel, la señaló con los ojos y me dijo, Ya sabes, si no quieres quedarte sin huevos sigue hablando, y no vuelvas a decir que me comprendías.

## Machuca y la duda

**E**ntonces crees que se suicidó, murmuró sin inmutarse Machuca, aunque yo noté cómo los dientes se le estremecían muy levemente, como si se le fuesen a caer de un momento a otro. Pudiera ser, contesté bajando los ojos, mirando los restos de la botella esparcidos por el suelo, el pequeño y oloroso charco de anís. Machuca carraspeó. Me quieres decir que Azucena se estuvo pudriendo en la cárcel sin tener nada que ver con aquello, que yo la esposé y la metí en el furgón y me he estado jodiendo veinte años por gusto. Yo, no sé..., susurré entrecortado, mirando la pistola bajo las servilletas de papel, No se puede asegurar nada. Serás hijoputa, serás cabrón, qué vas a asegurar, si los peritos dijeron que la nota de suicidio la había escrito Azucena con la mano izquierda. Me encogí de hombros, Yo qué sé, tampoco había ninguna carta de Carlitos ni una mala firma con la que comparar la letra, era casi analfabeto y llevaba años sin escribir, qué iba a escribir, además, digo yo, los peritos ésos se pudieron equivocar. No se equivocan nunca, rechinó los dientes Machuca, queriendo destrozarme con la vista. O a lo mejor la escribió ella de verdad, cuando volvió del hospital y se lo encontró muerto, porque, después de tantas peleas, de que todo el mundo supiera que ella lo quería dejar, quién no iba a sospechar que ella lo había envenenado, como sospecharon de usted. Se lo encontró muerto y en medio del nerviosismo escribió la nota, eso pudo ser. Se quedó mirándome Machuca, con la vista perdida, al principio seguramente sin pensar en nada, estudiándome después los accidentes de la cara, las ojeras, el serpenteo quebrado de las arrugas y la barba a medio crecer, y aquella mirada me recordó la mía propia cuando yo estuve observando en el juicio a Azucena, cuando declaró que al volver del hospital había encontrado a su marido tirado en mitad del comedor, bañado por la luz amarillenta de la bombilla y por el reflejo azulino y transparente del amanecer, que ya entraba por el balcón cuajado de geranios. Dijo haber encontrado una nota escrita, apenas legible, en el desorden de la mesa, entre unos vasos derramados y migajas de pan. Se quedó mirando el cuerpo de Carlitos antes de descifrar el papel, convencida de que estaba muerto, que no era una borrachera lo que lo había tumbado allí, en pijama,

con un cuenco de sopa en la mano y la cara hundida en un charco de liquido amarillento, espumarajos, bilis y más sopa. Después leyó la nota, pasó los ojos por aquella ortografía epiléptica que hablaba de la imposibilidad de seguir viviendo y del callejón sin salida al que lo había conducido su mujer, y que terminaba señalando que todo era igual, que ya sólo quería dormir y no pensar en nada. Y repetía aquello Azucena de un modo impasible, como si ella no fuese más que un testigo lejano de la desgracia de aquel hombre que había muerto abrasado por el veneno, acosado por tantas desgracias, altiva, casi orgullosa, la melena de color castaño en contraste con la blancura sonrosada de su cutis, con aquellos pómulos redondeados bajo los que los labios, gruesos y destacados por el carmín, tenían un rictus de desdén y superioridad. Te dijo él que se iba a matar, me preguntó Machuca. Y yo, aserenándome, recordando al pobre Carlitos aquella tarde, víspera de su muerte, le contesté: Sí y no, ya digo que todo fue confuso, y que él lo decía todo con mucho misterio. Pero tú crees que se mató. Es una opinión, me encogí de hombros pasándome la lengua por los labios en busca de algún resto de anís. Y tú crees que una persona que va a matarse se entretiene en echar el veneno en la sopa y se pone a cenar en pijama como si tal cosa, gilipollas. Cada uno tiene sus maneras, Carlitos era muy suyo, y aunque no tuviese dónde caerse muerto tenía estilo, eso siempre se lo habían dicho, no me lo invento yo. La sopera tenía desinfectante para matar a un regimiento, la gente no se mata así, Rata, por mucha mierda de clase que se tenga. No, si eso no es todo, murmuré, eso no es todo, es que él me dijo que hacía una tarde muy hermosa, como cuando era niño, y que se acordaba de su madre y que el tiempo parecía que no hubiera pasado, por mucho que él hubiera corrido, por muchas cosas que hubiera hecho, allí estaba, en el punto donde había partido, decía que entre los años en que era un chiquillo y esa tarde nada había sucedido verdaderamente, y también dijo que creía comprenderlo todo y que al ver las cosas tal como eran le daban ganas de reír. Machuca se quedó mirando por el ventanal, como si quisiera desentenderse de lo que allí estaba pasando, de lo que él había querido averiguar durante tanto tiempo, una palabra, un dato mínimo que acabase de confirmarle la culpabilidad de Azucena y le ayudara a enterrar la pequeña pero dolorosa duda que ahora, ante sus pies, se abría, se ensanchaba como un pozo pestilente. Y, fingiéndose distraído, como si ya nada le importara y empezase a preparar la despedida, se arregló el abrigo, deseoso en el fondo de salir de allí sin que el castillo de naipes de su alma se le derrumbara, sin tener la certeza de que Carlitos se hubiera suicidado y él hubiese cambiado veinte años por nada.

## Machuca y la soledad

**E**se pasillo oscuro y pantanoso por el que Machuca se adentraba, agarrándose a unas paredes resbaladizas de humedad y hundiendo los pies en un cieno que le subía piernas arriba, viscoso, empapándole los muslos y el vientre, tan apestoso como el barro líquido que debía de correr por sus venas podridas. Ese fango de sus recuerdos en el que una y otra vez se hundiría hasta la hora de su muerte, sintiendo cómo le entraba por la boca y le cubría la cara, obligado a despegar los labios para intentar en vano evitar una asfixia dolorosa y larga. Ya siempre pensaría en el error que había llevado a Azucena a la cárcel y después a la muerte, y lo que era peor, que a él lo había privado de veinte años de paz y se lo habían mudado en resquemor y angustia. Mil veces cada día, antes de su muerte cercana, recordaría el viejo policía la imagen de Azucena en el momento de ser detenida, cuando él cerró las esposas alrededor de aquellas muñecas blancas, de piel olorosa a ciruelas, y cada vez que pensara en ella recordaría mi imagen y una nube negra le crecería en el pecho y se le revolvería el ánimo al verme en su mente, tenebrosa y desvencijada, sorbiendo los bordes de una copa de anís, la lengua roja y brillante, hablando con indiferencia de lo que para él había sido una lentísima agonía, y hasta el último segundo de su último día se arrepentirá de no haberme matado entonces, cuando le di la espalda y caminé muy despacio hasta la salida. Quizá no soporte tan larga agonía, tantos dolores combinados, y una noche, devorado por las dentelladas de su dolencia y los recuerdos, recostado junto al cuerpo de su mujer en la oscuridad de una habitación con olor a orina y a enfermedad, vuelva hacia sí el cañón negro de su pistola y apriete el gatillo, y su mujer se despierte sobresaltada por el estampido del disparo, bañada en un líquido pegajoso, sin saber qué está ocurriendo hasta que encienda la luz de la mesilla y vea a su marido desfigurado, todavía palpitante, con un agujero azul en la frente y la cara y las sábanas y ella misma salpicadas de sangre. Probablemente elija Machuca esa solución antes de verse cada día más sumido en su inmovilidad, enmarañado cada vez más en un proceso de destrucción en el que el pasado y todo lo que perdió veinte años atrás cobrarán más vida segundo a segundo y él no será más que un pelele en manos de médicos y enfermeras, pensando en una carta que nunca existió, que nunca nadie escribió, en una historia falsa que yo inventé para él, para vengar a mi amigo Carlitos y para vengarme a mí mismo.



### Machuca amenaza a Cienfuegos

Una tarde Machuca la esperó en una de esas esquinas que tú dices. Le siseó, y como ella ni siquiera volvió la cara, el policía, de paisano, se puso a andar a su lado, hablándole con mucha tranquilidad de lo vacío que parecía el mundo las tardes de los domingos, de lo tarde que iba a llegar ese año el buen tiempo y de cosas que a nadie le importaban. Hasta que pasaron delante de un portal y él la cogió del brazo y antes de que la Chelo se diera cuenta ya estaban dentro, ella con el brazo retorcido y el otro hablándole con los labios pegados a los de ella, rozándose los con las púas de su bigote y sin atreverse a acercarse más, no por falta de ganas, sino porque sabía a la Chelo capaz de arrancarle medio labio de un bocado. Y así apretándola contra la pared, la amenazó y le despachó los insultos que le parecieron. Le arrancó el bolso de las manos y después de buscar en su interior y trastear sin encontrar la foto, lo puso bocabajo y volcó en el suelo todo lo que había dentro. Con el pie separó las cosas para asegurarse que no estaba allí lo que buscaba, y entonces le dijo a la Chelo que al día siguiente la iba a esperar en el mismo sitio, y que ella podía elegir entre llevarle una fotografía que no era suya o que en ese mismo portal le partieran las dos piernas, para que otra vez tuviera en cuenta con quién jugaba. Y mirándola con una sonrisa pastosa, le dijo: ¿No la llevarás escondida por ahí, la foto? Te debería registrar. Y le pasó los dedos muy despacio por los pechos, la sonrisa temblándole, y después, mientras le bajaba la mano por el vientre y pellizcándole el vestido le despegaba la braga de la piel, murmuró: ¿O la tendrá escondida por aquí? Y ya la Chelo no pudo contenerse y le dio un manotazo en la cara y le escupió, se apartó de él y ya iba a salir corriendo cuando Machuca, dándose la vuelta, le soltó un puñetazo en mitad del estómago, un golpe seco que la dejó asfixiada y con la vista perdida, sin oír cómo el policía, tragándose las ganas de soltarle una patada y emprender una paliza que no sabía dónde podía terminar, susurraba mañana, so puta, por la cuenta que te trae.

## *Machuca: primer caso*

**E**n realidad no se sabe si aquel fue el primer caso del policía Machuca o si es el primero que el Rata, el limpiabotas del Perchel, recordó en aquellas reuniones nocturnas que en el portal del Búho tenía con el propio Buho, con Carlitos y el Solé. Hace referencia la narración a los tiempos de Barcelona, cuando Machuca estaba recién ingresado en el cuerpo, y fue recopilada tal como aquí se cuenta por el Solé, con su verbo largo y un poco empachoso que ustedes le sabrán perdonar. La historia dice así:

Imagino a Machuca regresando a su casa con los zapatos encharcados y los calcetines actuando como una especie de bomba de agua, expulsando líquido y absorbiéndolo a cada paso con un bufido sordo. La calva precoz del policía también la veo mojada, y las hombreras del uniforme, oscurecido por la lluvia, casi negro en la penumbra de una casa que supongo llena de sombras y con unas luces tan amarillas como la palidez de los muertos. No fue fácil dar con el Mondelo. A pesar de que en los billares todo el mundo lo tenía por anormal –Mondelo, agárrame un huevo, Mondelo, mira cómo te pego–, en cuanto se supo buscado por la policía se las arregló para poner tierra por medio y borrar su rastro como un profesional del crimen. Machuca fue el primero en entrar en los retretes de los Billares Tesán, donde la Ursula, Consuelito y las demás hacían sus servicios a los jugadores, a los mirones y a esa clientela que nada tenía que ver con el arte de las carambolas y los tacos y solo acudía a aquel local inmenso y umbrío para que alguna de las muchachas los aliviase en medio de aquel aroma a alcanfor, orina y lejía vieja.

En el espejo de aquel armario ventrudo que Machuca tenía en su habitación, el policía se miró un instante a los ojos y después, con los dedos untados en saliva, se pasó el pulgar y el índice por la línea del bigote, recta y negra. Sin apartar la vista del vidrio, mirando las manos en él reflejadas como si fuesen las de otra persona, empezó a desabrochar los botones del metal barato de su guerrera.

Lo de los billares ocurrió en esa primera hora en que el local estaba vacío y Nemesio el encargado se estaba metido en aquella especie de jaula en la que estaban los contadores de las mesas y la caja del dinero. La Ursula tenía la

cabeza dentro del retrete y por todas partes había manchas de sangre. Las bragas las tenía enredadas en un tobillo, y en la suela de uno de sus zapatos –falso charol y tacón de aguja– se veía un boquete casi tan grande como una moneda. Machuca despertó de un manotazo a Nemesio y le ordenó que llamara al hospital y pidiese una ambulancia. Todavía con las ojós turbios por el sueño y con la coronilla revuelta, mientras cargaban en una camilla el cuerpo apaleado de la Ursula, el encargado contaba a los curiosos cómo Machuca, al llegar a los billares en una de sus visitas rutinarias, había visto correr al Mondelo, con los ojos más ahuevados de lo habitual y la cara llena de espanto.

Los tirantes de la camiseta y el vello negro de los hombros también los tenía reblandecidos por la humedad Machuca. Aquel, según oí contar, fue un año de mucha lluvia en Barcelona, un año gris en el que la luz de las casas debía ser encendida al poco de pasar el mediodía, como si se hubieran llevado Barcelona a las proximidades del polo norte.

Los muelles de la cama se quejaron con el peso del policía. Muy pronto se corrió la voz de que buscaban al Mondelo. Nadie lo había visto en el bar de la Estación de Francia. El tugurio donde dormía estaba vacío, todo lleno de esos restos de cuerdas con los que el Mondelo hacía trenzas y nudos de marino. Al Ramó, su amigo, hubo que estar tirándole de la lengua –pellizcándose con unos alicates exactamente– más de una hora para que al final dijera lo mismo que al principio, que hacía dos días que no veía al Mondelo. Al final lo encontraron en el lugar mismo donde fue hallada la Ursula, colgado del techo de un retrete, camuflado en las sombras. Una lluvia fina de cal hizo levantar la cara al cabo Pedroso y enchufar la linterna en la cara ahuevada del fugitivo.

Cansado por la dureza del día, Machuca se quitó los pantalones sin levantarse de la cama, balanceándose al compás ruidoso del somier. Al Mondelo hubo que meterle mucho miedo en el cuerpo para que confesara, darle mucho azote con toallas mojadas y castigarle con la porra las plantas de los pies. Pero finalmente lo reconoció todo: Desacostumbrado como estaba al trato con las mujeres, una vez acabado el servicio de la Ursula no pudo evitar darle un golpe y después otro y así hasta perder la noción del mundo y despertarse con la mujer medio muerta a sus pies. Machuca se pasó, cuidadoso, los dedos por la herida del muslo. Hay mujeres que tienen ojos color de río y otras con mirada de niebla. La Ursula era de estas últimas. Machuca la recordaba con los ojos vacíos y la boca entreabierta, arrodillada ante él y asombrada al recibir el primer golpe, casi sonriendo antes de reaccionar y lanzarle al policía aquel bocado que casi le desgarró el músculo. Los ojos con una neblina medio gris, igual que cuando en el hospital Machuca le puso delante la denuncia contra el Mondelo y, acariciándole muy suave la mejilla, le dijo que

lo mejor que podía hacer en el mundo era firmar aquel papel y olvidarse para siempre de lo que había ocurrido en los retretes de los Billares Tesán. La vida es larga, Ursula, muy larga, le susurró el policía.

Imagino la noche cayendo sobre Barcelona y la fachada gris de la casa de Machuca. Su ventana de luz moribunda como un ojo mirando la penumbra de la ciudad. El agua descendiendo como una babosa por los cristales.

## Las bailarinas muertas

Machuca aparece en *Las bailarinas muertas*

**E**l encargado le señaló con la barbilla a un tipo alto, con las mejillas arreboladas y un bigote fino y negro que, a pesar de ir vestido de paisano, desde lejos se veía que tenía el cuerpo y las maneras hechos a los uniformes. Machuca no sacaba dinero a ninguna de las prostitutas de los Billares Tesán como había dicho el Austríaco. Nada más que era cliente, sólo que un cliente especial, que no pagaba por los servicios que le hacían en los cuartos de aseo y que en más de una ocasión había abofeteado a la muchacha que acababa de aliviarlo. «A Consuelo le partió el labio, y a la Bocas le estrelló la cara contra la pringue de los azulejos y la dejó con la nariz rota y medio desangrándose, con la cara metida en el retrete», le susurraron a Padilla cuando Machuca salió de los billares después de que Avelino hubiese hablado con él. «Es un cabrón. Hoy ha venido nada más que para ponernos nerviosas, por saludarnos y ver si tenemos el chocho averiado, dice él. Nos suelta unas porquerías que sólo se le ocurren a un degenerado y ya se va con la medio risa esa de puerco que tiene», me dijo mi hermano que le dijeron las niñas de los Billares Tesán a Padilla.

El policía tenía un olor raro, como huelen las casas que llevan mucho tiempo cerradas, que uno ya no sabe si es la transpiración de las paredes, la humedad o la inmundicia que a su paso van dejando las ratas. Y le salía el olor por la boca, como si dentro de Machuca todo fuese sótano. Mientras Avelino lo sondeaba, mientras le decía que lo estaban molestando, que una persona molestaba de continuo a su jefe y que él estaba dispuesto a darle un escarmiento a esa persona, Machuca lo miraba con la boca entreabierta, no se sabe si a punto de una carcajada o de un insulto. Tenía las pupilas de color verdoso y parecía que flotaran en agua o que ellas mismas fuesen un agua a la que acaban de removerle sus posos de lodo. Machuca no dejó que Kid Padilla terminara de hablar. Con una voz un poco quebrada le preguntó a Avelino quién era su jefe, y como el aspirante a boxeador empezara a argumentar que su jefe no quería que su nombre saliera a relucir ni venía a cuento mentarlo, que él era el encargado de aquel asunto, Machuca, con mucha tranqui-

lidad, le dijo en voz baja, Anda, dime quién es, que si no nos vamos a tener que ir a los retretes y allí te voy a partir las dos rodillas y luego voy a meterte en la cárcel, por soborno y por lo que me salga del nabo. La voz venía llena de la peste de los pulmones, del olor rancio de los sótanos, y aunque Avelino Padilla se sintió preso, atrapado en una oquedad tan oscura como el lugar de donde procedían aquel vaho y aquella voz, todavía intentó la huida. Me parece que no nos vamos a poner de acuerdo, dijo con la calma que pudo, acariciando con un dedo el borde de una mesa de billar a la vez que hacía un amago de darse la vuelta. No, si ya estamos de acuerdo, dijo la peste, la voz. El nombre ese o los retretes y la cárcel, no hay más. La noche que fue a despedirse al cabaret le dijo Padilla a mi hermano que nunca se le iba a olvidar la cara de Reyes, una de las mujeres de los retretes, el miedo que tenía en los ojos al mirarlo a él y al policía y que era la estampa del miedo que él mismo tenía por dentro, la cara de su resignación y de su cobardía.

Llegaron al cabaret Machuca y Padilla cuando las bailarinas ya habían concluido su trabajo y Rovira y mi hermano Ramón, que ahora se llamaba Carlos del Rio y tenía el tupé con las pasadas exuberancias medianamente aplacadas, ya se habían ido de vuelta a la pensión, solos y cansados por varios días de poco dormir. El policía Machuca parecía que en vez de pies llevase ruedas o cojinetes, que por todos lados se deslizara sin pasos ni esfuerzo, mirándolo todo con parsimonia, siempre con aquel reflejo de estanque sucio asomando a sus pupilas. Nada más posar sus ojos de charca en don Mauricio Céspedes adivinó el policía que ése era el jefe del pluma Padilla, aunque en vez de acercársele se limitó a echarle una sonrisa, como el enamorado que desde lejos ve a su novia y con la mirada le habla de sus complicidades y sus secretos, sólo que en este caso don Mauricio nada sabía del personaje aquel que, apoyándose en la barra, le hacía un gesto con el mentón a Padilla para que éste fuese a hablar con el dueño del cabaret. Y desde allí, desde la barra, saboreando la bebida transparente que el camarero Álvarez le acababa de servir, observó distraído el policía Machuca cómo Avelino informaba sobre su persona a don Mauricio, y los gestos de ira contenida, mal disimulada del empresario, las miradas de reojo a Machuca y a la sonrisa de Machuca, como una esfinge el policía, con su bigote fino y los labios colorados, brillantes por el ron, entretenido en mirar el ajeteo de la clientela y el bullicio de los músicos y las bailarinas hasta que don Mauricio, dejando atrás a Avelino y el eco de sus excusas, se dirigió hacia él ondeando sobre su frente sudorosa su famoso pañuelo blanco.

Así que ya sabes lo que ocurrió con el policía Machuca, ya sabes de qué le habló el policía a don Mauricio y cómo una noche, cuando Rovira y yo ya íbamos llegando a la pensión, se nos apareció el policía, asomando muy despacio de un portal oscuro y siseándonos para que nos detuviésemos. Tú ya no

vas a ir más al cabaret del señor Mauricio Céspedes, le dijo Machuca a Rovira después de que a mí me ordenara retirarme. Tú ya no vas a ir más a darle por culo al señor Mauricio ni te vas a acercar en tu puta vida a la bailarina esa que le dicen Soledad Rubí, que si quieres acordarte de ella te haces una paja, pero lejos del cabaret y de la calientahuevos esa. Yo, le decía mi hermano a Padilla, los oía cuchichear, y vi cómo Rovira se encaraba con el tipo aquel que decía que era una autoridad, de la policía, pero luego vi cómo el hombre se sonreía, como si todo fuese una broma, y cómo Félix lo miraba fijo.

-Yo -le dijo Machuca a Rovira- no sé si voy a poder levantar el caso otra vez, si algún testigo de entonces va a venir a contarme algo de tu mujer y del incendio aquel, algo que entonces se le pasara por alto, ya sabes, algo que de pronto alguien recordara de tanto preguntarle yo. Yo tengo mucha paciencia para preguntar, fotógrafo. No sé si voy a poder meter en la cárcel a tu mujer o nada más que va a estar unos cuantos meses yendo a la comisaría a contarnos cosas, yo soy ignorante y no sé adivinar el futuro, a lo mejor le pregunto al chino mago ese que tenéis en el cabaret. Pero lo que sí sé, fotógrafo, es que a mi no va a dejar de verme la cara tu señora, la Lina, y la voy a llevar a ver la casa que se quemó, o que quemaron, y al piso donde se le ahorcó el amante, para que me explique dónde estaban escritas las letras y todo eso. Vamos a repasar tu mujer y yo el álbum familiar, las fotos del niño chamusquina, y vamos a ir a ver a la madre del niño en persona, que me han dicho que nada más que tiene media cara, para charlar de los viejos tiempos.

Le escupió Rovira en la cara a Machuca, le agarró el cuello mientras el otro se metía la mano en el bolsillo de la chaqueta y hacía un ruido metálico que detuvo al fotógrafo y, como si ya hubiera sacado la pistola que allí llevaba, también me frenó a mi, que había empezado a correr hacia ellos, le dijo mi hermano a Padilla.

-Te lo voy a perdonar, Rovira. Mira cómo soy. Te lo voy a perdonar -le dijo el policía Machuca al fotógrafo dejando que la saliva de éste se le derramara muy despacio por un lado de la cara y le pasara rozando los labios-. Y tampoco voy a ir a hablar con tu mujer. Eh, mira cómo soy. Pero tú, favor por favor, ya no vas a ir más a lo del señor Mauricio, ni vas a ver en ninguna parte a la bailarina Rubí. Y si quieres hacer retratos te metes la máquina por el culo y le das al botón. Ponle el flas, Rovira, porque va a estar muy oscuro.

[The following text is extremely faint and illegible due to low contrast and scan quality. It appears to be a multi-paragraph document.]



*Antonio Soler*  
(Málaga, septiembre 1956)



Sus relatos, aparecidos en ediciones minoritarias y alguno de los cuales había recibido los premios Ignacio Aldecoa o Ateneo de Valladolid de novela corta, fueron recogidos en el volumen *Extranjeros en la noche* (Edhasa, 1992). Ha publicado las novelas *Modelo de pasión*, por la que obtuvo el Premio Andalucía en 1993 (Ed. Guadalquivir, 1993, Plaza y Janés, 1997), *Los*

*héroes de la frontera*, premio de la Crítica de Andalucía, premio Arzobispo Juan de San Clemente (Anagrama, 1995) y *Las bailarinas muertas* (Anagrama 1996) por la que obtuvo los premios Heralde y nacional de la Crítica.

Colaborador de prensa y guionista de televisión, ha sido traducido al portugués, alemán, rumano, francés, italiano y griego.



Este sexto cuaderno de

*El agua en la boca.*

nombre barajado por Hinojosa, Cernuda, Aleixandre y Prados en 1929 para una publicación de signo surrealista que sucediera a las dos primeras etapas de Litoral, se edita como suplemento de la revista al cumplirse el setenta aniversario de la aparición del primer número de Litoral, con la intención de difundir la obra de artistas malagueños. • Colabora en la realización de este cuaderno, dedicado al escritor Antonio Soler, el fotógrafo Ignacio del Río. • Se imprimió en Málaga el día XXVII de XI de MCMXCVIII con el diseño y bajo el cuidado de Lorenzo Saval y Miguel Gómez Peña y el apoyo del Ayuntamiento y la Diputación de Málaga.

